

RELATOS

Historias de mujeres



Ramona Palomares Andújar

RELATOS
HISTORIAS DE MUJERES

Relatos. Historias de mujeres.

© Ramona Palomares Andújar

© Esstudio Ediciones (Editfuss, S.L.)

c/Arroyo de Pozuelo, 109 • 28023 Madrid

Diseño editorial: Esstudio Ediciones

Primera edición: diciembre, 2019

ISBN: 978-84-17980-18-4

Maquetación y preimpresión: Esstudio Ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización de los titulares del copyright, cualquier forma de reproducción total o parcial de este libro, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, salvo excepción prevista por la ley, así como la distribución de ejemplares por medio de alquiler o préstamo público. La infracción de estos apartados puede constituir un delito contra la Propiedad Intelectual.

El papel utilizado para la impresión de este libro no daña el medioambiente, por lo que está considerado como papel ecológico.

RAMONA PALOMARES ANDÚJAR



RELATOS
HISTORIAS DE MUJERES

narrativa



*A las mujeres de mi vida:
Mi abuela, mi madre, mis hijas y mi nieta.*

ANTONIA

Cuando en el pueblo se comentaban las aventuras amorosas de Antonia, las voces de las «buenas vecinas», que hacían el comentario, siempre ponían la coletilla: «Es que Antonia siempre fue una rebelde». Era la quinta hija del matrimonio formado por Simón y Julia, y desde luego que era una rebelde; claro que esto siempre según el criterio de los demás, porque según el suyo, de rebelde nada: ella era natural, y si los otros no lo entendían, pues peor para ellos. Lo que está claro es que su manera de ser provocó en su familia más de un disgusto. Las costumbres de la época en la que nació no eran ni mucho menos las más adecuadas para su forma de ver la vida. Esto fue una constante, y las broncas con sus hermanos también, sobre todo con el mayor. «Pareces un sargento semana», le decía ella cuando este gritaba; pero....

En fin, que Antonia pasaba de todo y de todos. Solo temía, y poco, a su padre. Con su madre la cosa era distinta: la quería mucho, pero no por eso iba a hacer lo que ella quisiera. Lo que de verdad ponía a su madre de los nervios eran los novios que tenía, raro era el día que no había un «mocito» rondando la puerta de su casa. De dar

el aviso de que alguien esperaba a Antonia se encargaba su hermana pequeña, que tenía diez años menos que ella, y esto la venía bien, porque la daba autoridad sobre la niña. Claro que para Fina, su hermana, todo era como un juego y lo hacía encantada. No entendía por qué cuando salía con ella la gente la llamaba «sujetavelas». No lo entendía, pero tampoco le importaba; a su edad lo único que le importaba era salir de paseo, y con el cuento de acompañar a su hermana podía estar en la calle más horas de las que estaría si no iba con ella.

La verdad es que viendo la historia a estas alturas de la vida, lo que hacía Antonia no era para tanto; hoy en día el que una mujer conozca a varios chicos, sin que lleguen a ser novios, no tiene importancia. Pero en la época en la que transcurre nuestra historia sí que la tenía. Por eso las habladurías le hicieron tanto daño. Ella no lo quería reconocer, pero así era. «Estas *chinchorreras* ya se podían dedicar a limpiar sus casas en vez de criticar tanto», opinaba. Pero por mucho que pensase así, esos chismes la calaban y muy hondo, hasta el extremo de llegar a quedar con algún muchacho en otro pueblo cercano al suyo. Claro que esto también tenía consecuencias en casa, sobre todo si perdía el tren de regreso, porque entonces tenía que hacer noche fuera. Normalmente solía escoger un pueblo donde tenía familia; si ese era el caso se quedaba en su casa. Pero era peor el remedio que la enfermedad, porque en cuanto tenían

ocasión de hablar con sus padres, la llamaban de todo menos bonita.

Su comportamiento cambió, un poco, cuando conoció al hermano de su cuñado, lo cual sucedió el día de la boda. Como el novio de su hermana era de un pueblo próximo, no hubo oportunidad de conocer a toda la familia antes del enlace, así es que cuando le vio se quedó encantada con él. La atracción fue recíproca, porque a Pedro (así se llamaba el mozo) también le gustó ella. Empezaron poco a poco, Antonia quería ir despacio, después de los desengaños que se había llevado no le apetecía hacerse ilusiones y que le pasara lo mismo.

La relación con Pedro se hizo formal. Se veían poco, porque al estar en diferentes pueblos, él no tenía muchas posibilidades de ir al de Antonia. A la madre le gustó el cambio que había dado su hija. Estaba más tiempo en casa y hacía las labores, y sobre todo no había comentarios dañinos. Claro que la felicidad no era completa: para sus padres esta no había sido la mejor elección. No les gustaban ni el yerno ni su hermano, pero no querían problemas con ellos. Además pensaron que tal vez estuviesen equivocados y estos dos hermanos no fueran tan malos; pero es que eran muy raros, o al menos la familia los veía así.

Se casaron dos años después. En principio decidieron vivir en el pueblo de él, pero la convivencia con su suegra no era muy buena, así que antes de que se hiciera mala de verdad Pedro le propuso a su mujer ir a vivir

cerca de la familia de ella. Así lo hicieron, y si bien es verdad que Antonia no era la joven rebelde que había sido, también es verdad que no dejaba de hacer cuanto le apetecía sin hacer caso a nadie. Su madre temía que algún día su marido se enfadase y ocurriera un gran disgusto; pero al parecer a él no le importaba que su mujer fuese así: decía que era como la había conocido y así le gustaba. Y si alguna vez su madre se decidía a decirle algo a ella, se ponía por las nubes y a voz en grito le dejaba bien claro lo que pensaba:

—¡Vamos a ver, madre! Si a mi marido no le molesta mi manera de ser, ¿por qué le tiene que molestar a usted? Además, que yo ya soy una mujer casada, y si a alguien tengo que hacer caso es a mi marido, así que déjeme en paz.

Y se acababa la discusión.

La madre callaba, pero pensaba que algún día su yerno se cansaría y tendría problemas. No obstante, de momento estos eran felices; con sus altibajos, pero felices. La llegada al mundo de su primer hijo fue una alegría para el padre. Este había dicho que a él no le iba a pasar como a su hermano, que iba ya por la segunda hija; y aunque fuese por casualidad se salió con la suya y fue niño. Los días transcurrían sin muchos sobresaltos: el campo para él y la casa para ella. No es que estuviera demasiado en la casa; lo justo para cuidar del recién nacido, limpiar, hacer la comida, después el mercado y, ya en este, hablar

con las vecinas. Antes de ir a la compra llevaba al niño a casa de su madre, y encargaba del cuidado de este a su hermana pequeña; muchas veces, cuando iba a recogerle, su madre le echaba una buena regañina. Pero a ella le daba igual.

Esta era la vida de Antonia. Algunas veces se acordaba de sus años mozos, pero como no le iba mal con Pedro, no le importaba demasiado haber dejado esa época atrás.

En 1936 dio a luz a su segundo hijo, y cómo no, Pedro volvió a salirse con la suya: nació una niña. Parecía como si la casualidad se hubiese aliado con él y siempre conseguía lo que quería. Cuando se declaró la guerra se unió al bando republicano. Le hubiese gustado estar en el «otro bando», pero su hermano y sus cuñados le convencieron para que lo hicieran en el «legal». Su mujer también estaba de acuerdo en que estuviera en él, así que no le quedó más remedio que hacerles caso. Enfrentarse con toda la familia no le apetecía demasiado.

Con su marido, su cuñado y sus hermanos en el frente, Antonia tuvo que valerse por sí misma para sacar adelante a sus hijos. Se unió a toda la familia cuando estos tuvieron que salir del pueblo por haber sido tomado por los nacionales; como todos los hombres (salvo su padre y su tío) estaban en el frente republicano, no les quedó otra que ir de pueblo en pueblo, pues la represalia por pertenecer a una familia «roja» para muchos era la

muerte. Fue en uno de estos cambios de ciudad donde le dieron la noticia de que Pedro había caído en el frente. De no haber sido porque estaba rodeada de su familia, quizás no lo hubiera superado. La verdad es que estaba muy enamorada de su marido. No obstante, superó pronto el dolor; no es que se olvidara de él, sino que se sentía todavía joven y no veía lógico estar toda la vida guardando luto.

Pero como sus hijos eran pequeños y además estaban con gente extraña, Antonia pensó que de momento lo mejor sería hacer caso a sus padres y comportarse como una «buena viuda». A su madre le gustó este cambio de actitud.

—¿Habéis visto cómo ha cambiado Antonia? —le dijo a su tía Josefa.

—No te fíes mucho —le contestó esta—. No te enfades, hermana, pero mi sobrina ha nacido así y así se morirá. No quiero decir que sea mala, pero es rebelde, y como te digo no creo que cambie.

—Pero yo la veo mejor —insistía su madre—. Cuida más a sus hijos y no se pelea tanto con sus hermanas, y además ya no está tan pendiente de los hombres.

—Si tú lo ves así, así será. Pero ya sabes el dicho, «la cabra siempre tira al monte».

Dejaron la conversación, no se iban a poner de acuerdo; además bastante tenían con pensar en los que estaban en el frente. Estos sí que les producían una gran pena, no sabían si volverían a verlos con vida.

¡¡Por fin terminó la guerra!! Deberían volver al pueblo, pero eso les daba mucho miedo; les contaban muchas cosas... aunque no les quedaba más remedio, y así lo hicieron. La llegada fue peor de lo que se habían imaginado. Se encontraron con que les habían embargado las casas; los hijos varones estaban detenidos; la hermana mayor de Antonia estaba muy enferma; y para colmo ella no podía trabajar porque era «roja». No es que hubiese mucho trabajo, solo podía ir al campo o a servir, pero eso únicamente era para los que habían estado luchando con el bando vencedor. No le quedó más remedio que buscar trabajo en la capital, pero esto era un problema: no se podía llevar a los niños, porque eran muy pequeños, y su madre no podía quedárselos, su hermana no había superado su enfermedad, y al morir esta la abuela se hizo cargo de sus cuatro hijos. A través de una amiga tuvo la oportunidad de ir a una casa en la que no le preguntaron sus ideas, así que de momento se quedó en su pueblo, pero esto no la dejó muy satisfecha: con lo que ganaba apenas podía mantener a sus hijos, y por otro lado a ella el pueblo se le estaba quedando pequeño. No soportaba las miradas de los vecinos que se habían quedado en el otro bando. Su madre la decía que tuviera paciencia, que todo aquello pasaría; pero Antonia veía que no pasaba, al contrario, cada vez iba a peor, por lo que habló con su madre muy seria: se iría a Badajoz, buscaría un trabajo de lo que fuera, y en cuanto encontrara una casa, aunque fuese pequeña, se llevaría a sus hijos.

—Y no me diga que no, madre. Me voy, porque si no, nos vamos a morir de hambre.

—Si yo lo comprendo —decía su madre con resignación—, pero tú ya sabes cómo están aquí las cosas. Con las raciones que nos dan apenas nos podemos mantener en pie.

—¿Qué quiere que haga? ¿Seguir en esa casa trabajando como una burra por cuatro cochinas pesetas?

—Sí, lo sé, sé que se aprovechan de la situación; pero en el pueblo estamos toda la familia junta, y allí vas a estar sola.

—Mejor si no me conoce nadie, así no me podrán criticar. Y no se preocupe, que me llevaré a los niños en cuanto pueda.

La madre calló. ¿Para qué le iba a llevar la contraria? Ella sabía que cuando su hija tomaba una determinación, no había quien la hiciera cambiar de opinión. Se apañarían como pudiesen, ya vendrían tiempos mejores.

Y en el verano del «célebre» año 1940 Antonia partió para Badajoz. Estaba decidida, y aunque le costase tenía que conseguir un futuro mejor, no solo por sus hijos: ella aún era joven, y pensaba que allí lo encontraría.

La vida en el nuevo destino le resultó más dura de lo que había pensado, pero desde luego mucho mejor que en su pueblo. Tuvo suerte y encontró trabajo pronto; no ganaba mucho, pero sí más que en la casa en la que había estado en el pueblo. En un primer momento alquiló una

habitación; no era muy grande pero no pagaba mucho de alquiler, y esto hizo que, aunque poco, pudiera ahorrar algunas pesetas. Cuando escribía a su madre le decía que pronto iría a por sus hijos, pero los meses pasaban y de ir, nada de nada.

En el otoño de ese año murió su padre. No pudo ir a su entierro porque (según dijo) no le daban permiso en el trabajo, y no podía dejarlo porque a lo mejor después no iba a encontrar otro empleo donde se la mirase tan bien. A su madre esta actitud no la sorprendió; ya se esperaba eso o algo parecido. Se estaba acostumbrando a las acciones de su hija. No le parecían correctas, pero como no podía hacer nada para que esto cambiase, se dijo que lo mejor era no decirle nada.

Desde la muerte de su padre Antonia apenas escribía, y cuando lo hacía eran cartas escuetas, solo para interesarse por la salud y poco más. Lo que sí ponía siempre en esas cartas era la coletilla «ya queda poco para que me traiga a los niños». Pero ese «poco» no se sabía cuánto sería.

La vida siguió su curso, y las semanas se convirtieron en meses, y por último, en un año. En las navidades de 1941, Antonia volvió al pueblo. Había cambiado tanto que a su madre le costó trabajo reconocerla: estaba muy guapa y lucía unas ropas demasiado caras (según su madre) para el sueldo que cobraba su hija. La verdad es que no sabía cuánto era, pero ella intuía que por mucho

que ganase no podría costearse esa forma de vestir. Como en los últimos tiempos, decidió no preguntar; además se la veía muy contenta.

La madre no preguntó, pero su hermana sí que lo hizo, y la contestación no fue muy explícita: simplemente le contestó que tenía un buen trabajo, y que no se preocupase, que no estaba robando. Y que ya estaba bien, que ya era mayorcita para tener que dar tantas explicaciones. No fue hasta la noche cuando comunicó a toda la familia que se llevaba a los niños. Había encontrado una casita que no era muy cara, algo pequeña, pero para ellos tres estaba bien. No era muy céntrica, pero había colegio cerca; y como los niños tendrían que ir solos, pues era lo mejor. No hicieron más comentarios, y aunque su madre se quedó con ganas de saber, le pareció que lo mejor sería callar y ya se lo contaría ella cuando quisiera hacerlo.

A los dos días de haber llegado al pueblo dijo que se tenía que ir. No podía quedarse más, pues tenía que incorporarse al trabajo. Cuando se despedía de su madre notó que esta hacía grandes esfuerzos por no llorar. La besó, y con mucho cariño le dijo:

—No llore por mí, estoy bien y no estoy haciendo nada malo.

—Eso es lo que yo quiero, que tú estés bien. Y ahora que tienes a los niños tienes que ser más responsable. Cuídalos mucho. Y ya sabes que aquí dejas a tu familia;

si algún día quieres volver a casa no lo dudes, te recibiremos con los brazos abiertos.

Se marchó, y durante un año apenas tuvieron noticias de ella. Pero un día, por esas casualidades que tiene la vida, una antigua vecina fue al pueblo a ver a su familia, se acercó a saludar, y de paso a decir a su buena vecina que, por casualidad, había visto a Antonia. Se llevó una gran sorpresa, pues no tenía idea que esta estuviese en Badajoz. Y ya que estaba, la buena vecina le explicó a su madre y hermana que la había visto muy bien y muy guapa, pero que no le había gustado la gente con la que iba.

—¿Por qué no le ha gustado esa gente? —preguntó rápidamente la hermana—. Ya que está usted aquí podía explicar qué es lo que ha visto, para que nosotras lo sepamos.

—No he visto nada, no te pongas así. Lo que yo quiero decir es que como tu hermana está viuda, no me ha parecido bien que fuese acompañada de dos hombres.

—Supongo que serían compañeros —dijo su madre—. Ella nos ha dicho que tiene un trabajo bueno, seguramente también trabajen hombres con ella.

—Seguramente sea así. No me lo tomen a mal; yo lo he dicho sin mala intención.

Cuando la visita se marchó, las dos mujeres se quedaron pensando. En realidad la madre había tenido dudas del trabajo que hacía su hija. No era normal cómo vestía; además a ella le había dado algo de dinero. Estaba claro que de un sueldo de sirvienta no podía ser. Pero una

cosa era que ella lo pensara y otra muy distinta que viniese una «de fuera» a contar chismes.

Su hija María la observaba. Sabía que a su madre no le gustaba criticar; cuando se encontraba con alguien que le iba con algún cotilleo ella solía contestar:

—Cuentos, eso es lo que son. Lo que no me explico es que, con los problemas que tenemos todos, nos tengamos que meter en la vida de los demás.

De esta manera zanjaba la cuestión. Ya tenía bastante con pensar en la hija pequeña, que se había ido a Madrid, con los dos mayores que estaban en prisión, por rojos; en su Lolo, que se fue a «esa guerra que hay en otros países»; y por si todo esto no fuese suficiente, ahora su yerno se quería llevar a sus nietos a su pueblo con sus padres. Con todos estos problemas, en lo que menos se podía fijar era en el trabajo que haría su hija; aunque por supuesto esto también le daba que pensar.

Cuando por fin Antonia volvió a visitar su pueblo, después de haber pasado más de un año sin ir, la alegría de toda la familia fue grande al verla.

—Se la ve muy feliz —exclamó con alegría su hermana—. Y los niños, ¡qué guapos! Se ve que le va bien en el trabajo, ¿no le parece a usted, madre?

—Eso parece, hija, pero yo no puedo dejar de pensar que todo esto es muy raro. Nadie que se ha ido del pueblo a servir gana tanto, ni tan siquiera tu hermana, y eso que está en Madrid.

—A usted le sigue rondando por la cabeza lo que nos dijo la vecina, pero yo creo que lo que pasaba es que la tenía envidia.

—¡Ojalá sea así! Miedo me da pensar en otra cosa, y que no sea un trabajo honrado.

—Venga, madre, no le dé más vueltas. ¿No ha visto lo bien que está? Pues eso es lo que nos tiene que importar.

La madre pensó que quizás estuviera equivocada, y solo fuese el recuerdo de los problemas que le dio en su juventud, así que decidió pensar en que la tenía en casa y disfrutar de ella y de los niños. Pero si creía que podía estar tranquila se equivocó; aquella noche, cuando terminaron de cenar, la buena de Antonia le dio una noticia: se había echado un novio, y estaba muy contenta porque era un buen hombre, se llevaba muy bien con los niños, y en cuanto pudieran se casarían.

—¿No le alegra la noticia, madre? —le preguntó. Y al ver que esta no decía nada continuó—: Es que parece que no le ha sentado bien, ha puesto usted una cara...

—Claro que me alegra. Lo que pasa es que ha sido una sorpresa. Como no me habías dicho nada en tus cartas...

—La cosa no era para comunicarla por carta. Además, quería decírselo en persona, me hacía más ilusión.

La madre asintió, pero le quedó la duda de cómo le habría conocido. No quiso preguntarle, ¿para qué? Seguramente no le diría la verdad.

Los días que duró la estancia de su hija y sus nietos fueron para la abuela una bendición. La manera de comportarse de ellos le hizo ver que tal vez todos sus miedos fueran infundados; claro que esto se lo repetía una mil veces, sobre todo cuando la veía tan formal, pero cuando se iba la duda volvía.

Y la vida le dio la razón. Después de su última visita, y a pesar de haberle prometido que la escribiría más a menudo, las noticias llegaron como siempre, tarde. Pero también como siempre, se presentó sin avisar. Claro que esta vez lo hizo con una buena sorpresa: estaba embarazada, y dijo que se quedaría en el pueblo hasta que naciese su hijo. Su madre no sabía qué hacer. Si le decía que se quedase quizás volviesen las habladurías de antaño, pero si no la dejaba se vería sola. Tenía la sensación que allí conocería a pocas personas. Y el padre de la criatura, ¿dónde estaba? Su hija no le había mencionado ni una sola vez desde que había llegado. Aunque con un poco de reparo, se decidió a preguntar.

—¿Qué pasa con el padre? Supongo que no le gustará que te quedes aquí. ¿O es que va a venir él?

—No, madre, él no va a venir. Me ha dejado en cuanto ha sabido lo del embarazo. No quiere saber nada del tema.

—Bueno, llamar «tema» a un hijo... ¿Y qué vas hacer? ¿Dónde vas a dejar al niño? Ya sabes que estoy

intentando que tu cuñado deje que sus hijas vuelvan; si lo consigo no habrá sitio, la casa es muy pequeña.

—Ya pensaré algo. De momento no nos tendrá que dar de comer, yo tengo algo de dinero. ¡Y deje ya de preocuparse!

—De acuerdo, no me preocuparé más, si es que eso es posible. No volveré a tocar este «tema». Cuando tú quieras, si es que quieres, me cuentas algo.

Y así fue. Los meses siguientes fueron más o menos tranquilos. A los niños los llevaron al colegio, y Antonia se dedicó a ayudar a su madre y a preparar el ajuar para el pequeño. Todo estaba tranquilo, hasta el día en que Antonia volvió hacer de las suyas. Una mañana, viendo su madre que los niños aún no estaban preparados para el colegio, se acercó a su habitación, y con sorpresa vio que su hija no estaba en su cama y esta estaba hecha. No supo qué pensar. Por un lado creyó que se había levantado pronto y había salido a la calle; pero por otro su intuición le decía que seguramente se había marchado sin despedirse. La duda la despejó su hija María.

—No la busque, madre. Se ha marchado a Badajoz. Me lo dijo anoche, pero me recomendó, muy seria, que no le dijese nada hasta esta mañana. Además, dijo que volvería enseguida, así es que usted no se preocupe.

—¡Que no me preocupe, que no me preocupe! Eso se dice pronto. Pero con ella cualquiera no se preocupa. Anda, hija, lleva tú a los niños.

María vistió a sus sobrinos y los llevó al colegio. No le quería dar la razón a su madre, pero desde luego que la tenía: su hermana era una inconsciente. ¿Qué tendría ella que hacer ahora en Badajoz? Si además no tenía casa, cuando llegó le dijo a su madre que la había dejado.

—Esta hermana mía va acabar con mi madre, como si no tuviera ya bastante. En fin, esperemos que sea verdad que vuelve pronto.

Y esta vez cumplió lo prometido. Volvió al día siguiente y sin dar explicación alguna; solo le dijo a su madre que ya estaba resuelto el problema. Tenía el sitio adecuado para el niño, pero seguía en pie lo del nacimiento: ella quería que naciera igual que sus hermanos, en el pueblo. Y con esto zanjó la cuestión.

A principios de 1944 nació Juan. Era, según su madre, el niño más bonito que había visto después de Pedrito.

Cuando el niño cumplió dos meses, se lo llevó. No dijo dónde, solo que estaría bien. Los dos mayores se quedaron en el pueblo, con la promesa de que volvería pronto a por ellos. Su madre le rogó que fuese verdad lo de la vuelta, porque como ya tenía a los otros nietos en la casa no cabían. Antonia le dijo que sí y que no fuese tan pesada, se despidió, y se marchó.

Su regreso no fue hasta principios de verano. Dijo que no había ido antes para que los niños no perdiesen el colegio, y ya está, no contó nada más. Bueno, no se lo contó a su madre, pero sí a su hermana. Le explicó que

al niño lo tenía en una «casa cuna» con las monjitas, pero que no lo iba a dar en adopción, solo estaría allí hasta que encontrase una casa, y después se lo llevaría. Al preguntarle su hermana que quién lo iba a cuidar, le contestó que como los otros ya eran mayorcitos se ocuparían de él cuando ella estuviera trabajando.

—No lo entiendo —le dijo María—. ¿En qué trabajo vas a tener las horas que necesitas para cuidarle? Lo digo porque no creo que en ninguna casa te vayan a dar esas horas.

—¿Y quién ha dicho que yo vaya a trabajar en una casa?

—¿Dónde si no?

—Ya lo sabrás. Pero no le digas a madre lo que te acabo de contar, ella no lo entendería.

A los dos días se marcharon los tres. La abuela sintió pena por sus nietos; no sabía qué sería de ellos. Cuando iba hacia su habitación se quedó mirando el cuadro de la Virgen del Carmen; siempre que le ahogaba la pena le rezaba a su «Virgencita» y se quedaba más tranquila. Y como si la Virgen la hubiese escuchado, a la semana de irse una hija, le vino otra: su pequeña, *la madrileña*. Llegó de improviso, y esto la dio una gran alegría.

Cuando su madre le contó la historia, Rufina (su hija más pequeña) le prometió a que viajaría a Badajoz y vería cómo estaba su hermana.

—Es que yo no tengo la dirección —le dijo su madre—, y no sé cómo te vas a enterar de dónde vive.

—Ya veremos cómo lo hago, usted no se preocupe por eso.

Cómo lo consiguió era un misterio para la madre, pero lo cierto es que lo hizo, y como había prometido fue a verla. La sorpresa de Antonia fue enorme; no se imaginaba cómo la había encontrado su hermana, pero lo cierto es que allí estaba, y esta se alegró de verla.

Aquella noche se acostaron tarde, tenían muchas cosas que contarse. Al principio Antonia no respondía a las preguntas, se limitaba a asentir o a decir:

—De eso ya hablaremos.

Pero como Rufina era tan persuasiva, terminó por decir toda la verdad de su situación. Y así su hermana pequeña supo que no trabajaba en ninguna casa; que lo que hacía era muy peligroso, pero ganaba mucho dinero; que cuando los hombres iban a su casa no era para acostarse con ella, como pensaban en el pueblo. Era otra cosa, pero no lo quería decir para que no les pasara nada a ninguno de la familia. Antonia hablaba y hablaba sin parar, y Rufina cada vez estaba más asustada. ¿Qué sería lo que estaba haciendo su hermana? ¿Por qué diría que era peligroso? La verdad es que no entendía nada. De pronto, la voz de su hermana la sacó de sus pensamientos. Ahora no hablaba de su trabajo; lo hacía de su hijo, del lugar donde le tenía, de lo guapo que estaba, y de que pronto lo llevaría a casa. Y fue en ese momento cuando Rufina, casi a gritos, le preguntó:

—¿Qué me estás diciendo, que te vas a traer el niño a casa?

—Vaya, por fin me escuchas, llevas un rato... que parece que estás en Babia. Sí, me voy a traer el niño a casa, he encontrado una vivienda algo más grande que esta, así es que en cuanto la tenga me lo traigo.

—¿Y cuándo se le puede ver? Es que me gustaría ir antes de volver al pueblo. Lo digo porque, como tardarás todavía en traerlo...

—Solo se puede ir dos veces a la semana, jueves y domingo. Si te vas antes del domingo, me puedes acompañar el jueves.

Y en eso quedaron. Pero cuando llegó el día de ir a la casa cuna, Antonia se disculpó con su hermana. Le dijo que no podía ir, que fuera ella sola. Le dio el nombre de la monja por la que tenía que preguntar, y le dijo cuando esta la recibiera dijera que era su hermana, y ya estaba. Y le prometió que el próximo domingo, sin falta, iría ella.

Y Rufina fue a ver a su sobrino. Se quedó prendada del niño. Su madre le había dicho que era precioso, pero ahora veía que se había quedado corta. El tiempo se le pasó volando. Era la hora de irse, pero no podía separarse de él, y no lo hizo hasta que la monja le dijo que era el momento del biberón. Se despidió, y creyó ver en la carita del niño que la sonreía. «Qué tontería», se dijo. «Es demasiado pequeño».

Cuando llegó a la puerta le salió al paso la hermana Clara, la monja que la había recibido. Con paso ligero, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué tal le ha visto? Bueno, qué pregunta. Está claro que bien, eso salta a la vista. Así que su hermana no ha podido venir a ver el niño, ¿no es eso?

—Así es, pero el domingo seguro que viene. Además, está muy contenta, porque pronto se lo va a llevar.

—¿Cómo has dicho? ¿Cómo se lo va a llevar, si no tiene una casa en condiciones? Bueno, eso es lo que nos ha dicho.

—Sí, pero ya lo tiene arreglado. En pocos días tendrá una casa más grande. No sabe usted lo contenta que está. Y mis sobrinos también tienen muchas ganas de ver a su hermanito, y tenerle con ellos es lo que más desean.

La monja no contestó. Se limitó a asentir con la cabeza y decirle adiós. Cuando Rufina estaba saliendo oyó un gran portazo. De milagro no le dio con la puerta. Se volvió asustada y sorprendida. No entendía a qué venía ese comportamiento; tampoco comprendía por qué se le cambió la cara a la dichosa monja cuando le comunicó que dentro de muy poco se llevarían al niño a casa.

Cuando a llegó a casa y Antonia le preguntó cómo estaba el niño, y si la hermana Clara le había puesto algún impedimento para verle, Rufina le contó lo que había pasado en el momento en que le dijo que próximamente se le iba a llevar.

—Y no veas cómo se puso —terminó Rufina—. Hecha un basilisco; yo me asusté.

—No me extraña —contestó su hermana—. Es que no te lo he dicho, pero cuando lo llevé, la hermana Clara me dijo que debía darlo en adopción, que yo no iba a poder criarlo sola, que había muchos matrimonios que le cuidarían y le darían todo lo que necesitase, que... Bueno, no sabes la lata que me dio con este tema. Así que no me fio de ella, y tengo ganas de que llegue el domingo para ver a mi niño.

—¡Vaya, pues sí que lo siento! Yo creí que se alegraría al saber que lo ibas a tener contigo.

—Bueno, no te preocupes. Seguramente yo estoy equivocada y de verdad es como tú piensas. Es decir, que sí se alegra, pero tiene miedo de que las cosas no vayan bien. Sea lo que sea ya te lo contaré. ¿Te vas mañana? ¿O te quedas un poco más?

—No me puedo quedar. Me faltan pocos días de permiso, y quiero estar con madre. ¡Sabrá Dios cuándo volveré! Pero tú me lo tienes que contar todo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Te escribiré y te iré diciendo cómo van las cosas; pero no le cuentes nada a madre, ya sabes que sufre por todo, y ya tiene bastante.

Rufina prometió contar a su madre solo algunas cosas, y como tenía previsto se marchó al día siguiente. Durante la tarde del viernes y todo el sábado, estuvo contando a su madre lo que había visto en casa de su

hermana. Repitió una y otra vez la misma conversación; su madre no se quedaba conforme con lo que le decía, y ella no podía contar otra cosa que fuera lo que esta quería que contase.

El domingo por la mañana se marchó a Madrid. Se pasó las trece horas de tren recordando lo que vio y escuchó en Badajoz. Por más vueltas que le daba, no conseguía adivinar en qué trabajaba su hermana, pues por mucho que lo intentó no logro sacarle la verdad.

La vida continuó con normalidad, más o menos, porque el sábado de la semana siguiente, quien se llevó un buen susto fue la madre, cuando vio aparecer por la puerta a Antonia. Iba sola, y su cara parecía un cuadro. La madre no sabía qué pensar, se puso en todo lo malo que se pudo ocurrir, y como la hija permanecía callada y con la mirada perdida, por fin le preguntó:

—¿Se puede saber qué es lo que pasa? Me parece raro que vengas tan pronto, y sola. ¡Por Dios, hija, dime ya lo que te pasa!

—¡Me he quedado sin mi hijo! ¡Me he quedado sin mi hijo! Se ha muerto, madre, se ha muerto.

—¿Quién se ha muerto? ¿Pedrito?

—¡No! Juan. ¡Mi Juan, madre, mi Juan!

—¿Pero qué me estás diciendo? ¿Cómo puede ser, si me dijo tu hermana que el niño estaba muy bien? Anda, cálmate y dime cómo es posible que haya pasado eso.

—Eso fue lo que me dijo la hermana Clara: «¡Tu hijo se ha muerto! Al día siguiente de estar aquí tu hermana se puso muy malito, y no se pudo hacer nada por él». Y no me dio más explicaciones.

—¿Pero cómo no te avisaron para el entierro? Y además, ¿te han dicho dónde está enterrado?

—No, no me han dicho dónde está. Cuando se lo pregunté me dijeron que para qué quería saberlo si ya no se podía hacer nada, que mejor lo olvidase y pidiera a Dios por él, y ya está, eso fue todo.

La madre pensó que aquello era muy extraño. Si de verdad el niño se había puesto tan malito, lo lógico era que la hubiesen avisado.

«Esto es muy raro, muy raro», se dijo para sus adentros; pero a su hija no le comentó nada, ¿para qué? Lo único que iba a conseguir era ponerla más triste si cabe. Así es que se lo calló, y como pudo la consoló.

Antonia se quedó en el pueblo dos días, y después se marchó. Había dejado a sus dos hijos con una vecina, y no quería abusar de ella. Cuando se estaba despidiendo de su madre le dijo que ella sabía lo que había pasado con su hijo, que las monjas no podían engañarla: su hijo no estaba muerto, y eso no había quien se lo pudiese negar. Como vio que su madre no comprendía lo que quería decir, le dijo algo que a esta le pareció mentira y la riñó; no le parecía bien que dijera esas cosas sin saber si eran verdad o no, porque se podía meter en un lío. Pero

Antonia ya estaba lanzada, y le contó a su madre lo que pensaba.

—Sé que no lo va a creer, pero a mí me parece que mi niño se lo han dado a alguien para que lo adopten. Ya le he dicho que la hermana Clara me insistió mucho, cuando lo llevé, en que debería darlo a otros padres, que cuidarían de él mejor que yo. Me lo dijo una y mil veces. Lo sé, madre, lo sé, mi niño no está muerto, se lo han dado a alguien.

—¡No digas esas cosas, que te pueden oír! Aunque así fuese, ¿crees que te iban a creer? Ocúpate de los dos que tienes y no pienses más. Si Dios lo ha querido así, Él sabrá por qué.

—¡Dios, Dios! Siempre igual, no sé cuándo se va a dar cuenta: si Dios existiese, no consentiría que pasase lo que pasa.

—Bueno está, tengamos la fiesta en paz. Vete con los niños, cuídalos bien, y vive la vida lo mejor que puedas, y no pienses más cosas raras. El niño ha muerto, y punto.

Así quedo la cosa. Antonia se marchó, pero su madre supo que aquello no quedaría así: conocía bien a su hija, y sabía que revolvería Roma con Santiago hasta quedarse a gusto. Entró en casa e hizo lo que siempre hacía: dirigirse al cuadro de la Virgen del Carmen y pedirle que su hija no se metiera en más líos. Ya tenía bastante con los actuales y el trabajo. ¿En qué trabajaría? Esto era algo

que también la tenía preocupada; pero por más que lo intentaba no había manera de sacarle el empleo.

—No sé por qué está usted siempre con el mismo tema —le dijo María cuando le contó la conversación que había tenido con su hermana—. Ya sabe que no se lo va a decir. ¡Ah!, de lo de hoy, ni caso. Mi hermana siempre ha sido muy fantasiosa y novelera, seguro que esta es otra de sus fantasías.

—Dios te oiga, porque solo nos falta que haga algo malo y tengamos que ir a verla a la cárcel, como a tus hermanos.

Antonia siguió con su vida, como si nada hubiese pasado. Aunque eso era de cara al exterior; su corazón le decía que lo de su niño no era normal. Se decía que iba a hacer todo lo posible para lograr saber la verdad, pero... ¿cómo lo haría? Estaba claro que legalmente no podría hacerlo, pero ella conocía a gente que quizás la pudiera ayudar. Con este pensamiento durmió aquel día y el siguiente, y... Bueno, toda la vida; porque no consiguió saber si aquel niño murió o no. De algo se enteró muchos años después, cuando ya no le quedaban ganas de luchar, cuando todo su arrojo y valor se había esfumado. Aún le quedaba genio para enfrentarse a la vida, pero tan poco que no merecía la pena.

En los años siguientes, Antonia trabajó en aquel trabajo extraño. Pero llegó un momento en que aquel trabajo ya no tenía sentido, y dejó de hacerse. Para entonces sus

hijos ya eran mayores y se buscaban la vida solos, así que ella se buscó una casa para estar fija. Tuvo que buscarse varias, porque no aguantaba a las señoras: a ella no la gritaba nadie. Y había muchas casas para elegir. La convivencia con su hija no era fácil, y con su hijo menos, porque no dejaba de molestar a su nuera —eso decía su hijo—. Pero como era muy mal pensada, siempre creyó que a quien molestaba era a él.

La verdad es que la vida de Antonia fue muy interesante, y hubiese sido un ejemplo de esfuerzo y superación. Vista en esta época es apasionante, y digna de admiración. Realmente no hizo nada que hoy día se pueda reprochar; pero nació antes de tiempo, fue una adelantada, como hubiera dicho su madre.

Cuando estaba en su lecho de muerte, su hija le hizo dos preguntas. Llevaba muchos años con ganas de saber, pero no había manera de que le contestara cuando la interrogaba. No obstante, viéndola tan mal y sabiendo que le quedaba tan poco tiempo de vida, se atrevió, otra vez, hacer las mismas preguntas:

—Madre, quiero que antes de que ocurra lo que desgraciadamente tiene que ocurrir, me digas dos cosas: ¿Qué pasó con mi hermano? ¿Qué trabajo hacías en aquella época?

La madre la miró. Por un momento estuvo tentada de contestar como siempre, pero ya qué más daba. Sabía que le quedaba poco tiempo de vida. Después de todo,

el saber la verdad ya no haría daño a nadie. Con gran esfuerzo se incorporó, se apoyó en la almohada, miró fijamente a su hija y habló.

—Mi trabajo... ¿tú sabes qué es el estraperlo? Me imagino que sí. Ahora no hay, pero hubo un tiempo en que era necesario. En este país apenas había lo más imprescindible, y era demasiado caro. Pero los que tenían dinero tampoco podían comprar aquello que les gustase, porque no lo había. Así surgió el estraperlo. Yo no tengo ni idea de lo que quiere decir esa palabra; pero sí lo que hacíamos los que nos dedicábamos a ello.

Antonia guardó silencio, recostó su cabeza, y durante un tiempo pareció que dormía. Pero no era así. Volvió a abrir los ojos y contempló a su hija. La miró con cariño, como hacía mucho tiempo que no lo hacía, y cogiendo aire siguió con su relato. Estaba decidida a contar aquello que tantas veces le habían preguntado y nunca quiso contar.

—Cuando tu padre se marchó al frente, yo quise irme con él. Sí, no me mires así. Yo quería ir a la guerra, quería hacerme miliciana. Pero tu padre no me dejó; decía que con uno que se enfrentara a la muerte ya era suficiente. Así que me quedé con las ganas. Pero cuando le visitaba procuraba ver a los compañeros, y les preguntaba cómo era la guerra, y sobre todo qué hacían las mujeres en ella. Pero como sabes, no fui. Conocí a varios compañeros de tu padre, y cuando terminó la guerra me vino bien ese conocimiento.

Antonia descansó un poco. Su hija le dijo que lo dejara para otro día, porque la veía muy fatigada. Se sentía culpable. Pero por más que le insistía, ella no quería parar.

—Ya que he empezado voy a seguir; si te preocupa mi salud, no haber preguntado.

—¡Esta bien, continúa! No hay manera de que obedezcas, tienes que hacer siempre tu santa voluntad.

—Pues si lo sabes, ¿para qué preguntas?

Y la madre continuó con la historia.

—Pues como te decía, aquellos compañeros de tu padre me ayudaron a conseguir el trabajo, el trabajo que os dio de comer a ti y a tu hermano. En España, durante la posguerra, apenas había alimentos. Se tenían que comprar en el extranjero. Y claro, había gente que no se atrevía a ir, y prefería comprárselo a quien sí se atrevía. Era muy arriesgado, y solo lo hacíamos los que necesitábamos el dinero.

—¿Era eso lo que tú hacías? Ahora entiendo por qué te asustabas cada vez que veías a la Guardia Civil.

—A la Guardia Civil y a los carabineros. Esos sí que me daban miedo. Pero bueno, a lo que vamos. Durante bastante tiempo estuve pasando a Portugal, y me traía todo lo que podía, sobre todo café; ya sabes que lo que bebíamos aquí era achicoria. Pasé miedo; pero como te he dicho tenía que hacerlo. La otra opción que tenía era la de ponerme a servir, pero ya sabes lo poco que pagaban.

Además, había que aguantar, y mucho, a las nuevas ricas, y yo no estaba hecha para eso.

—Pero el no decir la verdad hizo que todos, incluida la abuela, pensaran mal de ti. A veces, cuando creían que no las oía, hablaban mal de ti. Decían que tenía que haber hombres de por medio, porque si no era así, a ver de dónde sacabas el dinero. Además, decían que con la fama que tenías era lo más lógico.

—¿La abuela también lo decía?

—No, ella siempre reñía a las que te criticaban. Pero ya sabes el poco caso que tu hermana y tus primas la hacían cuando se referían a ti.

—Bueno, la verdad es que en parte tenían razón para pensar así. Pero como ves, estaban equivocadas. Después morir tu padre solo estuve con Enrique, y ya sabes cómo terminó.

—Hablando de Enrique, ¿conseguiste saber qué pasó con el niño? De ese tema no hemos vuelto a hablar.

Antonia cerró de nuevo los ojos. Durante unos minutos su hija pensó que esta vez sí que dejaría la conversación, pero de nuevo se equivocó. Bebió un poco de agua y siguió con su relato.

—Durante un tiempo estuve buscando a alguien que me pudiera dar una pista; pero no había manera, nadie sabía nada. Hasta que un día encontré a un antiguo compañero de tu padre, que tenía muchos conocidos y, a pesar de haber estado en el bando perdedor, todavía

conservaba amistades que se habían quedado en el otro bando. Me prometió hacer algunas averiguaciones.

—Que no hizo, claro; porque si las hubiese hecho, seguramente habría conseguido algo.

—Pues te equivocas: sí que hizo averiguaciones, pero no fueron buenas. No para mí. Me dijo que era mejor dejar las cosas como estaban, que era muy delicado y posiblemente peligroso.

—¿Peligroso? ¿Qué peligro podía haber? Solo era preguntar si el niño murió o no. Repito lo que te he dicho: no hizo nada de nada, y punto.

—Qué cabezota eres. Luego dices de mí, pero tú no te quedas atrás. Claro que preguntó; por eso me dijo que lo dejara. Verás, hija: en ese tiempo, cuando una mujer joven, o no tan joven, se quedaba embarazada estando soltera e iba a un hospital, las monjitas hacían todo lo posible para convencerlas de que dejaran a los niños en la casa cuna. Así podían darlos en adopción a matrimonios que no podían tener hijos, sobre todo si estos eran afines al nuevo régimen.

—Así que tú tenías razón, mi hermano puede estar vivo.

—Ya lo creo que tenía razón. Acuérdate de que cuando Juan tuvo edad para hacer el Servicio Militar, le buscaron en el pueblo; según los municipales, en el registro no constaba que estuviese muerto. En fin, hija, es posible que tu hermano esté aún vivo. Solo deseo que

quienes le adoptasen le hayan querido mucho, tanto como le hubiese querido yo de haber estado conmigo.

Esta vez sí que Antonia cerró los ojos y quedó callada, muy callada. Su hija comprendió que había sido demasiada emoción; su corazón no estaba fuerte para aguantar todo lo que aquella tarde había confesado. Así que Antoñita decidió que ya había sido suficiente, besó a su madre, le deseó buenas noches y la dejó descansar.

Antonia murió aquella madrugada, pero su hija no lo supo hasta que se levantó por la mañana y fue a comprobar cómo estaba. En principio pensó que estaba dormida: estaba muy serena, muy tranquila. Antoñita pensó que nunca la había visto así, parecía que estaba en paz con el mundo.

Posiblemente, si Antonia hubiese nacido cuarenta años después, su vida habría sido de lo más normal. Una mujer con carácter, con empuje, con deseos de triunfar, e incluso hubiese sido admirada por esa forma de ver la vida. Pero nació demasiado pronto para ser como era, y eso lo pagó caro. Aunque a ella le dio igual; nunca tuvo la impresión de haber hecho nada malo. Si los demás no lo entendían, era cosa de suya. Su mayor pena había sido el no saber. Eso sí que la había atormentado. Pero cuando la situación del país cambió, no tuvo fuerzas para buscar; ya daba igual.

Si tuviéramos que resumir la vida de Antonia en una frase, quizás nos sirviera la que le dijo a su hija. En una

ocasión en la que estaban hablando de la muerte, la chica preguntó:

—¿Prefieres sepultura en el suelo o en un nicho?

Y esta, que eso de la muerte la daba igual, contestó:

—¡Quiero que me enterréis en un nicho! Y si puede ser, el de arriba, el último. Lo digo porque así estaré encima de los demás.

AÑO 2008

Año 2008; bonito año. Desde siempre me ha gustado el número 8. El día de mi nacimiento terminaba en 8; claro que, de eso, me enteré años después. Yo siempre pensé que había nacido otro día... error administrativo. Bueno, a lo que iba: este número es el número que más me gusta, sobre todo el año. Se cumplen doscientos años de un hecho histórico: el levantamiento del pueblo contra la ocupación francesa.

Cuando yo era pequeña y leía esta gesta, me llenaba de orgullo pertenecer a una raza que no se somete y lucha por su libertad y en contra de las injusticias.

Hay otro centenario histórico. Este no fue en España, sino que ocurrió a muchos kilómetros de aquí, y fue protagonizado por mujeres, y demostró de qué pasta está hecho el género femenino (¿qué queréis que os diga? Estoy encantada de pertenecer a él).

Pero... Ahora que caigo, hay un ocho que no me gustó nada de nada: el dieciocho de julio, que fue el culpable de mis muchos sufrimientos en la vida. Sí, porque a partir de ese día, yo pasé de ser una niña feliz y mimada por mis padres y hermanos (era la pequeña de nueve)

a ser una jovencita triste y asustada. Mis hermanos mayores, así como mis padres, decidieron quedarse en el bando «legal», y todos sabemos qué pasó con los que tomaron esa decisión. No sé si fue por esta circunstancia o porque realmente yo había nacido en una época que no me correspondía, es decir, antes de tiempo, por lo que no pensaba ni sentía como las demás mujeres de mi edad.

Las normas que existían me parecían malas; me parecía injusto que, si los niños y las niñas nacían iguales, salvo por esa «cosita» que se llama sexo y cuando son recién nacidos apenas se notan... si como digo los seres humanos éramos iguales, estaba mal que no se tuvieran normas para ambos sexos sin distinciones. El pensar así ya era raro en mis tiempos; si además, era una mujer la que lo hacía, podéis imaginar cómo era vista.

Claro que, a mí, eso me daba igual. Como pensaran de mí me era indiferente; yo creía, como la mayoría de vosotras ahora; en la IGUALDAD. Sentía que tenía que ser así, y luché a mi manera porque así fuese.

Lo primero que hice con dieciocho años fue emanciparme: dejé a mis padres y hermanos, y emigré a otra ciudad más grande, y con más posibilidades que en la que había nacido. En parte lo hice por necesidad económica, pero también por el deseo que tenía de ver cosas nuevas, distintas a las que había conocido.

La familia, las calles que has pisado desde que naciste... Todo eso lo dejé atrás por saber cómo se vivía en

otros lugares, que por lo que decían estaban más adelantados que en mi pequeña ciudad; y eso, más que asustarme, me motivaba. Porque, como ya os he dicho, sentía que tenía que hacer algo, o por lo menos, colaborar en que la sociedad cambiara y fuese más justa con las mujeres.

Pasé muchas calamidades. Me vi sola y si conocer a nadie, tuve que buscarme la vida como pude; lloré, me desesperé, y a veces, sentía la tentación de dejar todo y volver al abrigo de los míos. Pero... no lo hice, seguí adelante, me puse el mundo por montera y toreé a la vida con ganas. Y aunque esta se empeñó en cornearme, me curé de todas las heridas. Bien es cierto que me quedaron cicatrices; pero yo las tapé y... seguí adelante, con esos sentimientos tan grandes de libertad, de cambios, de igualdad. A veces tuve la sensación de que iba a estallar.

Fui madre de una niña, en un año, ¡cómo no!, terminado en ocho. La tuve que criar sola, pues mi compañero se marchó. Le di todo lo que pude y más, trabajé duro por lo material, me empleé a fondo por inculcarle las ideas de libertad e igualdad en las que yo creía, y tengo que reconocer con orgullo que no se me dio mal.

Llegó el momento en el que pude descansar un poco: mi hija ya era mayor, y teníamos una vida más o menos estable. Pero eso se rompió, y de nuevo tuve que luchar.

Otra vez contra las normas; pues si bien estas habían avanzado mucho desde que salí del hogar paterno, no lo habían hecho lo suficiente como para proteger a la mujer,

cuando esta era maltratada por su pareja. Así que volví a la carga. Ahora no solo luchaba por mis derechos: lo hacía por mi hija, mis nietas... y por todas las hijas y nietas de las demás.

Yo sabía que era apenas una gota en un vaso de agua, pero, ¿no es verdad que si en el vaso se echan muchas gotas, este se acaba llenando? Pues esa gota se unió a otras muchas, y contribuimos a llenar el vaso del cambio.

Sé que no fui comprendida, y que mucha gente me criticó. También se os critica ahora, aunque lo que pedís sea legal sobre el papel. Pero a pesar de ello, no me arrepiento de haber pensado, de haber sentido, de haber obrado como lo he hecho; solo siento no continuar en esa lucha. Mi tiempo ya pasó, es hora de dar paso a otras mujeres para que sigan intentando hacer de este mundo un lugar más justo, más igualitario... un lugar mejor.

Han pasado cien años desde el sacrificio de las mujeres americanas. Se han hecho cosas por la mujer en este periodo; pero casi nada comparado con todo lo que queda por hacer. Y tendréis que hacerlo vosotras, las que estáis ahí; yo, desde donde estoy, os veo y os animo mentalmente.

No puedo hacerlo físicamente, porque físicamente no existo. Dejé de hacerlo hace ocho años, a la edad de setenta y ocho años. Después de sesenta años de lucha, me llegó el momento de descansar. Ahora, desde donde

estoy, no le doy tanto valor a lo material; pero cobra fuerza lo justo, y detesto aún más la injusticia.

Por eso os digo: seguid luchando por la igualdad, y haced que las mujeres que os precedimos nos sintamos recompensadas con vuestros logros.

¿DESTINO?

SILVIA

—¡Buenos días! ¿Ya vamos a dar el paseo? Mejor a esta hora, porque luego hace mucho calor.

—Así es; además a esta hora no hay mucha gente y se pasea mejor.

Todos los días la misma rutina: salir del apartamento, bajar la escalera (andar es un buen ejercicio), saludar a la señora de la limpieza, a la que se encontraba todos los días, porque Silvia baja todos los días a la misma hora y la señora de la limpieza realizaba su tarea a la misma hora. Rutina, rutina y más rutina. Pero a Silvia le gustaba la rutina, le gustaba tener todo atado; y si hiciese las cosas sin programar, quizás no saldrían bien. Claro que algunas veces no estaría de más dejar la rutina y hacer algo imprevisto... pero eso no se lo planteaba; y cuando su amiga se lo aconsejaba, porque según ella era algo bueno, le contestaba que no, que las cosas hay que hacerlas con previsión: si no, no salen bien. Su amiga no estaba de acuerdo, pero se callaba; no le merecía la pena contradecirla.

La calle estaba solitaria, igual que otros días. Miró hacia el cielo, parecía que estaba nublado. No creyó que llovería, pero si lo hiciera, no había bajado el paraguas. Silvia sonrió, pensó que si llegase a llover su amiga le diría: «¿Pero cómo no lo has previsto?». Siguió andando, siempre pensando en su vida. Su abuela solía decir: «¡Cuántas vidas se viven en una sola!». Ella no lo entendía entonces, pero después de todo lo vivido, ahora sí que lo hacía. Volvió al presente; no quería pensar en cosas que ya se habían ido, que ya no existían. Pero era muy difícil. Lo intentaba, y para ello lo mejor era fijarse en el paisaje que tenía delante. Estaba llegando al mar, y eso la calmaba mucho. Nunca había entendido la *morriña* de aquellos que nacieron a orillas de él; había conocido a algunos y siempre les oía lo mismo: «¡Cómo echo de menos el mar!». «Qué tontería», pensaba ella. Pero cambió de opinión cuando lo vio por primera vez. Era de noche, y se quedó impresionada; experimentó la misma sensación que había sentido unos años antes, cuando en un viaje a Extremadura visitó el Teatro Romano de Mérida. Pisar el suelo que, siglos antes, habían hollado aquellos romanos, contemporáneos de Jesús, fue un impacto indescriptible. Pues fue lo mismo sintió cuando vio el mar por primera vez. Si se hubiese quedado con la imagen de la noche posiblemente no le habría gustado volver; pero no sintió lo mismo cuando lo vio de día. Quedó impresionada, sí, pero de otra manera: si por la

noche había notado un escalofrío ante aquella masa inmensa de agua negra, después, ante un mar tranquilo, con aguas tan azules como el cielo, pensó en los misterios de la naturaleza.

Por eso todos los días salía temprano y paseaba por la orilla del mar, y dejaba que el agua llegase a sus pies una y otra vez. Hacía siempre el mismo recorrido: empezaba donde terminaban las piedras y comenzaba la arena, y cuando esta terminaba daba la vuelta. Rutina, siempre rutina.

PEPE

—¿No bajas, papá? Hace una mañana estupenda, como a ti te gusta, con sol pero con una brisita... ¡Vamos, que ya te quedan pocos días para disfrutar!

—No tengo ganas de salir, prefiero quedarme leyendo el periódico.

La hija dejó al padre por imposible. Él pensó que quizás estaba obrando mal; desde que murió su mujer no tenía ánimo para hacer otra cosa que no fuera leer, y jugar alguna que otra vez con sus nietos. Pero en el fondo de su ser, sabía que esta postura suya hacía sufrir a su hija. No sabía qué hacer: su vida siempre había estado planificada. Era muy amante del orden, y no le gustaba la improvisación; su mujer sabía cómo llevarle, y a pesar

de sus manías habían sido muy felices. Cuando ella murió su mundo se desmoronó; y por mucho que su hija y sus nietos le animasen, no era capaz de superar la pérdida tan grande que había supuesto la muerte temprana de su Manuela, «la mejor mujer del mundo», como solía decir.

Se habían conocido en la escuela. Tontearon durante algún tiempo, pero sin llegar a ser novios formales. Cuando él se fue a Madrid a «cumplir con la patria» se declaró, y le pidió que le esperase, que quería que fuesen novios. A Manuela le hizo gracia que hubiese estado tanto tiempo sin decirle nada y que ahora que se iba se lo dijese; pero ante la sorpresa de sus amigas, que le decían que no le guardase la ausencia, ella le dijo que sí, que le esperaría todo el tiempo que hiciese falta. Y le esperó. Se casaron un año después de que él se licenciara, y se marcharon a Madrid. Pepe había hecho amistad con un chico de la capital, que le dijo que allí podría labrarse un futuro mejor que en el pueblo. Pepe le dijo que sí, pero que tendría que emigrar con algún trabajo, pues no quería ir a la aventura; su amigo lo entendió, y cuando tuvo un empleo para él le llamó. Su idea primera era irse solo y después casarse y traerse a su mujer; pero Manuela dijo que no, que si se iba solo que no volviese a por ella. Así que se casaron y se fueron juntos. Pepe no quería dejar a su novia, y como no vio otra solución que el matrimonio, aunque este se hiciese «a la carrera», se casaron y punto. Fueron muy felices, a pesar de que al

principio las cosas no salieron como ellos habían planeado; pero superaron las dificultades, y llegaron a tener una buena situación económica. Tuvieron dos hijos, niño y niña. Mientras estos eran pequeños, Manuela se dedicó a ellos y a la casa; pero cuando fueron al colegio se buscó un trabajo. No era mucho; pero con aquellas horas que hacía, tenía para sus cosas y los libros de los niños. Al principio Pepe no estaba de acuerdo, pero poco a poco fue cediendo, y lo aceptó. Próximo a la jubilación, le dijo a su mujer que en cuanto esta llegase ella dejaría de trabajar. La idea era pasar parte del tiempo en Madrid y cuando les apeteciese irse a un apartamento que habían adquirido en la playa. Pero el destino es como es, y faltando dos años para cumplir sus sueños, Manuela falleció. Pepe no lo superó. Mientras estuvo trabajando pudo sobrellevarlo; pero cuando por fin se jubiló el mundo se le echó encima, y a pesar del ánimo que le daban sus hijos se fue hundiendo más y más. Después de mucho insistir, su hija consiguió que se fuese con ella a aquel apartamento que con tanto cariño habían adquirido sus padres. Pero por más que insistía, no había manera de que saliese de él.

SILVIA

—¡Vaya, me he vuelto a dejar el reloj! Un día me voy a dejar la cabeza. Ahora no sé qué hora es.

Tenía por costumbre pasear (aproximadamente) una hora, después comprar bollos o churros y subir enseguida para que su amiga no se enfadase, pues le gustaba desayunar nada más levantarse. La verdad era que ese día no le apetecía subir rápido al apartamento, la mañana estaba preciosa con ese sol tan brillante, el agua tranquila y de un azul cielo que hacía que se sintiese en calma, en paz, con ella y con el mundo.

—Qué cosas tan raras me ocurren, ¿cómo me va a hacer sentir en calma el mar? A lo mejor tiene razón Lidia y soy muy rara.

Cuando Silvia decía que prefería la mañana y muy temprano, para ir a la playa, Lidia la llamaba rara; si le decía que había estado andando más de una hora, la llamaba rara; si prefería estar en la terracita leyendo en vez de estar tomando el sol, la llamaba rara... Hiciese lo que hiciese, siempre que no fuera lo que a ella le gustaba, era rara. Pero a pesar de este dichoso calificativo las dos amigas se llevaban muy bien. Lidia la había ayudado mucho cuando su divorcio, seguramente de no haber estado a su lado le habría sido más difícil superarlo.

—Bueno, espero que no me haya retrasado. Me parece que voy bien de hora, porque ya está llegando la señora con su hamaca y sombrilla, a esta no le quitan la orilla... ¡Pero ya le vale, madrugar tanto solo por coger el sitio!

Subió por las piedras en dirección a la carretera. «Ya podrían echar arena hasta arriba», pensó Silvia. La playa

estaba muy limpia y en la orilla del mar tenía una arena muy blanca, pero en cuanto uno llegaba al camino de acceso a la carretera no pisaba más que piedras. Siguió caminando y mirando todo lo que había a su alrededor. Era todos los días lo mismo, pero a ella siempre le gustaba observar, y así se había ido conociendo a todos los que, como a ella, les gustaba pasear temprano, hacer ejercicio al aire libre, correr... No eran muchos, pero precisamente por eso era más fácil conocerlos. Nunca había hablado con ninguno de ellos, pero verlos todos los días le alegraba.

A punto de pisar el arcén de la carretera, vio a un paseante. A este no le había visto nunca. Lo primero que le llamó la atención fue su cara seria; parecía que iba a un velatorio en vez de ir a disfrutar de la mañana tan buena que hacía.

Dejó de mirar y se centró en cruzar la calle, había estado a punto de chocar con un coche. «Menos mal que estaba parado, si no me lleva por delante, ¿Qué me importará a mí ese señor?».

Llegó a la churrería. Había bastante público esperando.

—Es que se han quedado sin masa —le dijo una señora.

—¿Sabe usted si tardaran mucho en hacer más?

—No, me parece que ya está.

Menos mal, porque Silvia ya se estaba arrepintiendo de haber empezado la conversación. Esa mañana se

estaba comportando de manera diferente a otros días. Por fin le tocó la vez, pidió sus churros y se marchó. Cuando llegó al apartamento, Lidia ya estaba levantada y con el bañador puesto, estaba claro que en cuanto desayunase bajaría a la playa.

—Hoy has estado más tiempo, ¿ha sido por algo especial?

—No, simplemente había mucha gente en la churrería.

—¡Si tú lo dices! Anda, que se enfría el café. ¿Te vas a venir conmigo? ¿O me voy a la playa sola?

—Ya veré, de momento voy a recoger.

PEPE

—¿Qué tal te ha ido el paseo? Parece que vienes de buen humor, eso es que te ha ido bien. ¡Vamos, papá, no lo niegues!

—Yo no niego nada. Me ha ido bien, pero tampoco es para tirar cohetes, así que no empieces a divagar.

—Vale, no divago, pero cuéntame.

No tenía mucho que contar, solo había estado paseando arriba y abajo. Sí, era verdad que le había venido bien aquel aire tan fresco, aquel aroma de mar que hacía mucho tiempo que no respiraba, todo eso era verdad; pero también era verdad que hubiese sido mucho más

agradable pasear con su querida Manuela. Recordarla le rompía el corazón, pero no podía evitarlo, todo lo que hacía le llevaba a ella; habían estado muchos años juntos y esto no se podía olvidar. De pronto, a Pepe se le dibujó una sonrisa en los labios, Manolita se dio cuenta y le preguntó a su padre de qué se reía.

—De nada —le contestó—, figuraciones tuyas.

Su hija se calló, pero aquella sonrisa se quedó grabada en su memoria. «Ya me lo dirá», pensó, «de momento lo dejaré así». Y así quedó. Pero lo cierto era que Pepe sí había sonreído, lo hizo recordando a la mujer que se había cruzado en su camino. Era la primera vez que la veía; claro que como no salía de casa, poco podía haberla visto. ¿Sería de allí? ¿Estaría de paso? Lo segundo era lo más probable, era un sitio de veraneo, así que lo más lógico sería eso. «¿Y a mí que mi importa? Vaya tontuna que me ha dado, ¡pensar en ella!».

Pero la tontuna no se le pasó, y durante todo el día estuvo pensando en aquella mujer. Estaba seguro de que se le había quedado mirando. ¿Sería una apreciación suya? «¡Qué tontería! Mira que a estas alturas de la vida estar pensando en que las mujeres me miran; bueno no las mujeres, esa mujer. Bueno, ya está bien, no voy a darle más vuelta al tema, la edad de la tontería ya ha pasado. Yo no he querido nada más que a una mujer y esa ya no está, y además no tengo edad para pensar en enamoramientos. ¡Pero juraría que me miraba! ¡Si casi se choca con el coche!»

Estaba claro, ella se había fijado en él, ¡y qué demonio!, él se había fijado en ella.

SILVIA

Como temía Lidia, Silvia no bajó a la playa. Se quedó en casa, prometiéndole que cuando preparase la comida bajaría a la piscina. Claro que eso se lo dijo para que la dejase en paz, no tenía idea de hacerlo, no le gustaba el cotilleo de las vecinas del bloque, ¡que ya podían ocuparse de los niños y dejar a cada cual que viviese como le diera la gana! Pues no, tenían que criticar a todo bicho viviente. Pensándolo bien, a ella qué más le daba si criticaban o no; con no meterse en la conversación, asunto arreglado.

Terminó de ordenar el apartamento, preparó la comida y bajó a la piscina. Se alegró de no encontrar a las «criticonas», la verdad es que no había mucha gente; mejor, así se podía bañar a gusto. No le gustaba bañarse cuando había mucha gente porque apenas sabía nadar, y estando sola le daba menos apuro. No estuvo mucho tiempo en el agua, porque quería terminar el libro que estaba leyendo; pero no estaba «concentrada», como le hubiese dicho su amiga, y esa desconcentración se la proporcionaba la imagen del señor de la playa. Una y otra vez le venía su cara. «Vamos, que a estas alturas de mi

vida venir con tonterías de adolescente...». Pero no había manera, la imagen iba y venía. Ya hasta le parecía que él la había sonreído; no, aquello era una solemne tontería. Ella no estaba por la labor de dejar que ningún hombre volviera a entrar en su vida, lo pasó muy mal con el divorcio. El engaño de su marido la dejó hundida. Cuando se recuperó un poco de aquel golpe juró que ningún hombre la volvería a hacer daño, y lo cumplió: no había vuelto a salir con ningún otro, y eso que su amiga había hecho todo lo posible por emparejarla. Pero no lo consiguió, así que pensar ahora en lo contrario no entraba en sus cálculos, y menos con la edad que tenía. ¡Pasaba de los 60! ¿Se iba a plantear la posibilidad? Pues no, de ninguna manera. Con uno ya había tenido bastante. Además, hay una edad para todo, y desde luego, pasar de los 60 ya no era edad para «eso».

Después de comer, Lidia preguntó a su amiga si tampoco iba a bajar a la playa esa tarde; ella contestó que no le apetecía, pero que si quería que lo hiciese...

—¡No sé qué demonios te pasa! Estás muy rara. Bueno, más que otras veces, porque ya sabes que....

—Si, que rara siempre soy; pero yo no veo que esté diferente a otros días, no es la primera vez que no bajo contigo.

—Ya, pero es que hoy te noto distinta. Tú dices que como siempre, y a mí no hay quien me quite de la cabeza que esta mañana ha ocurrido algo.

—¡Qué pesadita estás! ¿Cómo quieres que te diga que no ha pasado nada?

—Bueno, como tú quieras; si dices que no ha pasado nada, pues bueno, allá tú. Pero tienes una cara que no es normal, lo digo por la sonrisita que a veces se asoma a tu boca. Pero nada, nada, yo me callo y punto. Si quieres esta tarde no me voy a bañar y nos vamos por ahí, vamos de paseo. Eso sí, arregladitas, que tú eres capaz de ir de trapillo. ¡Mira que te gusta poco arreglarte! Con lo mona que estás cuando te pintas un poquito.

—Está bien, pero solo para que me dejes en paz. ¡Hoy me maquillo! ¿Contenta? Pues hale, a callar, que es hora de la siesta.

PEPE

—Papá, esta noche nos vamos a cenar fuera. Le he dicho a Gracita, la hija del conserje, que se quede con los niños; así que ponte elegante, que tu yerno nos va a llevar a un restaurante de postín.

—No sé por qué tienes que pagar a nadie para que cuide a los niños. Lo mejor es que os vayáis vosotros solos y yo me quedo con ellos.

—¡He dicho que te vienes y te vienes! Ya está bien, a ver si te entra en la cabeza que el hecho de que mamá

esté muerta no significa que tú lo estés también. Además, a ella no le gustaría verte así.

—¿Así como?

—Como un alma en pena. Ya sé que la querías mucho, como yo. ¿O es que crees que porque no esté llorando todos los días, la he olvidado? Nada de eso. Pero la vida sigue, y hay que continuar adelante, y esta noche te vienes con nosotros y punto.

«Y punto, se acabó la discusión». Pepe conocía lo suficiente a su hija para saber que cuando se le ponía algo entre ceja y ceja, lo mejor era hacerla caso, así que se preparó para ir de cena. No sabía cómo iba a terminar, pero lo que sí sabía era que tendría muchas ganas de volver a casa. Estaba a gusto con su pena, con sus recuerdos, con su dolor. Alguna vez se había planteado salir con algún compañero de trabajo, pero tardaba más en pensarlo que en desechar ese pensamiento. Lo tenía muy claro: nunca olvidaría a su Manuela. Y desde luego nunca, nunca, estaría con otra mujer.

—Vamos, papá, que ya es hora de prepararse, te he sacado la ropa que te vas a poner.

—No estoy inútil, sé vestirme solito.

—Vestirte puede que sí, pero elegir la ropa lo dudo. Si por ti fuera irías en chándal o vaqueros, y esta noche me apetece verte como ibas cuando era mamá la que te vestía. Así que andando.

Pepe dejó de protestar. Su hija había salido a él: cuando se le metía algo en la cabeza no había manera de sacárselo, y él ya no era lo que fue; ahora era su hija la que había cogido el mando. Decidió, por el bien de la familia, callar y hacer lo que decía; después de todo, si su hija obraba así era por el cariño que le tenía. No quería verle triste, apagado, y como le solía decir, «estás de un melancólico que asusta». Y no quería asustar.

SILVIA

—Bueno, al final, ¿se puede saber dónde vamos? Lo digo porque te estás acicalando como si fuésemos a la ópera.

—Vamos a Castellón, a cenar a un buen restaurante. Nos quedan tan solo tres días de vacaciones y solo hemos tomado algo en los chiringuitos de playa. Hoy nos vamos a desquitar: vamos a cenar por todo lo alto, y después nos jugamos unos cartoncitos en el bingo. Un día es un día.

Silvia no contradijo a su amiga. ¿Para qué? Sabía que cuando quería hacer algo, lo hacía. Así que no la llevó la contraria y se puso, como ella le había dicho, un vestido elegante, y se maquilló. No le gustaba mucho abusar del colorete, pero como había dicho Lidia, un día es un día. Bajaron al garaje y Lidia le preguntó si le apetecía llevar el coche. Ella le contestó que de noche no le gustaba conducir.

—Últimamente, ni de noche ni de día —le reprochó su amiga. Y era verdad, no sabía por qué, pero cada día le apetecía menos conducir.

—Es cosa de los años —se justificó.

—¡Qué tontería tienes con eso de los años! Yo soy mayor que tú y ya ves cómo conduzco. Estás obsesionada con la edad. ¡La edad se lleva en el alma, y no en el carnet!

—Lo que tú digas, pero llevas el coche tú.

Se acabó la discusión. Salieron del garaje y se pusieron en camino. No tardó mucho Lidia en quejarse del tráfico: no aguantaba los atascos, ni los semáforos; tenía la certeza que todos se ponían de acuerdo y se ponían en rojo al mismo tiempo para fastidiarla.

—¡Y ahora este!

—¿Se puede saber qué te pasa? Desde que hemos salido no has hecho nada más que protestar: que si los semáforos en rojo, que van a paso de tortuga, que... A ver, ¿qué es lo que pasa ahora?

—Pues que parece que hoy han salido a la carretera todos los domingueros. Eso, o es que les acaban de dar el carnet a todos y están de prácticas. Mira, ¿ves ese coche rojo? Sí, ese en el que van un matrimonio joven y un viejo. Pues ese, es la segunda vez que hace que nos paremos sin necesidad.

—Mujer, sin necesidad... será porque se ha cerrado el semáforo, ¿o no? Anda, no gruñas más, que no tenemos prisa.

—Vale, pero en cuanto pueda le adelanto, verás cómo no nos hace parar más.

Dicho y hecho, en el siguiente semáforo se puso al lado del dichoso coche rojo, le miró de reojo, se volvió a su amiga y le dijo:

—Este no me hace parar más, y... ¡Oye, que parece que el viejo te mira! Eso es que le has gustado.

—Ya estamos, ¿por qué inventas? Habrá mirado porque le habrás parecido una loca del volante. Anda, mira la carretera, que al final nos la damos.

—¡Vale! No lo creas si no quieres, pero el viejo te ha mirado a ti.

Silvia calló. No podía contestar sin decirle que posiblemente tuviera razón, y si se lo decía tendría que contarle el encuentro de aquella mañana en la playa, y no estaba por la labor. Su amiga habría empezado a imaginar cosas que desde luego no eran. No volvieron a decir palabra alguna hasta que llegaron al restaurante. Aparcaron el coche cerca, cosa rara en el barrio que estaban; era zona de restaurantes y salas de fiesta. Pero ellas habían llegado pronto, y por eso los aparcamientos no estaban ocupados.

Ya en la puerta les recibió un portero muy galante.

—¡Portero con librea! Así nos costará la dichosa cena.

—Deja de quejarte, que voy a pagar yo. Además, apenas hemos gastado en estas vacaciones, porque lo hagamos hoy... ¡Vamos, que no es para tanto!

El local estaba casi vacío, así que pudieron elegir mesa. Escogieron un lugar desde donde se podía ver perfectamente la puerta de entrada, esto les permitió observar a todo el que entraba. Poco a poco las mesas fueron ocupadas. El público entró en tropel, como dijo Lidia. Parecía que se habían puesto de acuerdo para entrar todos a la vez. Menos mal que ellas habían llegado pronto; unos minutos más y les habría costado trabajo encontrar mesa.

—¡Anda, mira quién acaba de llegar! Tiene narices, con la cantidad de restaurantes que hay, y estos vienen precisamente aquí.

—¿De quién hablas ahora, Lidia?

—¿De quién quieres que hable? De los ocupantes del coche que nos ha venido haciendo la pascua todo el camino. Y los han sentado precisamente en la mesa de al lado, ¡vaya casualidad!

—Bueno, pues con no mirar, todo solucionado. Pero si tanto te molesta verlos, te cambio el sitio.

—¡JA, JA Y JA! Tú lo que quieres es mirarlos; bueno, mejor dicho, mirarle. Porque lo que está claro es que tú le conoces, y él a ti también. Venga, ya me lo estás contando.

—¡Está bien! Te lo contaré, porque si no me vas a dar la noche, aunque te advierto que hay poco que contar. Le he conocido esta mañana; mejor dicho, le he visto esta mañana. Pero solo le he visto, no hemos hablado nada, ni tan siquiera me ha saludado.

—¡Pues cualquiera lo diría! Es que te ha mirado de una manera... pero yo sigo con mi tema, tiene que haber algo más, porque tú esta mañana has vuelto de la playa muy, pero que muy rara.

—De verdad, Lidia, no hay nada, solo lo que te he dicho. Si fuera otra cosa te lo diría, ya lo sabes.

Terminaron de cenar, pagaron la cuenta y se dirigieron a la salida. A punto estuvieron de chocar con Pepe y su familia, que también se preparaban salir. Cuando Pepe se dio cuenta cedió el paso a las amigas, les hizo una reverencia, y mirando a Silvia sonrió y le deseó buenas noches. Ella contestó con un «Buenas noches» muy seria. Entonces él se volvió y dijo:

—¡Hasta mañana!

Estas palabras sí que sorprendieron a Silvia. Por lo visto, o mejor oído, pensaba verla mañana.

—¿Te apetece ir a el bingo o no? Yo creo que algunos cartoncitos nos podíamos jugar, ¿no te parece?

—¡Vale, cansina! Como se te meta una cosa en la cabeza... pero solo unos cartoncitos, que te conozco, te emocionas y se te va el santo al cielo.

Llegaron al apartamento de madrugada. El bingo no se les dio mal, así que prolongaron la estancia en él algo más de lo que en principio habían programado. Se fueron a dormir sin apenas hablar, Silvia pidiendo a todos los santos que no le preguntase nada, y Lidia diciéndose: «¡Mañana te espero!».

Cuando abrió los ojos al nuevo día y se dio cuenta de la hora que era, Silvia se dijo que lo mejor sería no bajar a la playa; pero lo pensó mejor y al final siguió su rutina: se aseó, se puso su pantalón corto, cogió el reloj (esta vez no se le olvidó) y se marchó. Se notaban los minutos de retraso: ya había terminado su trabajo la señora de la limpieza, en la calle no encontró a los corredores de todos los días, y en la playa había más sombrillas; aun así, todavía se podía pasear sin pasar mucho calor. Y así lo hizo, dio sus paseos de costumbre; pero no era igual, porque ese día no estaba pensando en la señora de la sombrilla, que como siempre había llegado pronto para coger el sitio. Su pensamiento estaba puesto en aquel viejo que la saludó en el restaurante, en aquel que le dijo «¡Hasta mañana!», y no había aparecido.

«Lo que no entiendo», se dijo, «es por qué me lo tomé en serio. Me dijo: ¡hasta mañana! ¿Y qué? Solo le he visto dos veces; estoy más tonta que tonta, y a mis años... Si fuese una jovencita, sería normal sentir lo que siento; pero, ¡por el amor de Dios, que paso de los sesenta! Ahora solo falta que cuando suba al apartamento Lidia se ponga pesada con el tema».

Cuando estaba llegando a la carretera, le vio aparecer. Iba deprisa, mirando a un lado y a otro; cuando la vio le cambió la cara. A Silvia le dio un vuelco el corazón cuando se acercó a ella.

—Buenos días. ¿Ya se iba?

—Sí, voy con prisa, mi amiga ya debe de estar esperando el desayuno.

—¿Puedo acompañarla? Si no la molesto, claro. ¿Me permite una pregunta?

—Sí, a las dos cosas: me puede acompañar y me puede preguntar; que yo conteste es otra cosa.

Por un momento Pepe dudó en hacer la pregunta. Le pareció que realmente, lo que le decía era que no preguntase; pero por otro lado, su sonrisa parecía decir otra cosa. Así que, aunque con reparos, dijo:

—Como ayer y hoy he visto que está usted sola, y sin ánimo de ofenderla.... ¡Pero qué modales los míos! Perdóneme, aún no me he presentado. Me llamo José, pero todo el mundo me llama Pepe. La verdad es que yo no soy así, quiero decir tan maleducado; pero últimamente...

A Silvia le hacía gracia el apuro que Pepe estaba pasando. Le recordaba a aquella vez en que, estando de vacaciones en el pueblo de la abuela, la cortejó un muchacho. El pobre lo pasó fatal, pues no acertaba a decir palabra. Lo que se pudo reír no estaba en los escritos; claro que en aquella ocasión Silvia tenía 11 años, y el muchachito no debía tener mucho más. Pero ahora, 50 años después, el pobre Pepe lo estaba pasando igual de mal. ¿No sería que eso de enamorarse a los 60 iba a ser posible? Qué tontería, aquello no tenía nada que ver con el enamoramiento; simplemente era el apuro de una persona que se había comportado, según él, con poca educación.

—Y usted, ¿cómo se llama?

—Perdone, ¿cómo ha dicho? ¡Ay, perdóneme! Estaba distraída. Me llamo Silvia.

—Bueno, pues ya estamos presentados. Ahora sí que le hago la pregunta: ¿baja todos los días a esta hora?

—Pues sí, todos los días a esta hora. Aunque ya me queda poco, nos volvemos a Madrid dentro de dos días, es decir, el sábado.

—Vaya, pues es una pena, porque a mí aún me quedan días de vacaciones.

Siguieron hablando, cada vez más animados. Charlaron de los hijos, de los nietos... Pepe le confesó que era viudo, y que desde que murió su mujer ese era el primer verano que salía de Madrid, y solo porque su hija había insistido. Si por él hubiese sido, se habría quedado tan ricamente en casa. Pero ahora que la había conocido, daba gracias por haberla hecho caso. Sin darse cuenta, llegaron al apartamento se Silvia.

—Bueno, pues hasta otro rato, yo me quedo aquí.

—¿Te veré esta tarde?

—Pues no sé. Normalmente salimos a última hora de la tarde a dar una vuelta; supongo que hoy también lo haremos, pero no te lo puedo confirmar. Todo depende de si mi amiga no vuelve muy cansada de la playa.

—Bueno, pues si no nos vemos hoy, hasta mañana. ¿Supongo que harás lo de hoy? Es decir, bajar a pasear temprano. Por lo que he visto, esa es tu costumbre.

—Sí, bajaré a pasear, esa es mi rutina y no suelo cambiar, salvo excepciones como la de hoy.

Se dijeron adiós. Silvia subió al apartamento, abrió y la puerta y encontró a Lidia con la mesa del desayuno preparada y esperando con gesto de fastidio.

—¡Vaya, por fin! Ya estaba dispuesta de avisar a la Policía, por si te habías ahogado.

—Qué bruta eres. ¡Por si me había ahogado! ¿No has podido pensar en otra cosa?

—¿Qué cosa? ¿Por ejemplo, que te había salido novio? Eso sería más raro que el que te hubieses ahogado. Bueno, y ahora, ¿por qué te ríes? ¡Ah! Por cierto, el acompañamiento del café, ¿dónde está?

—¡Anda, pues es verdad! No he comprado bollos ni churros. ¡Qué cabeza la mía!

—Hasta aquí hemos llegado. Ya estás contándome qué te pasa, porque esto ya pasa de castaño oscuro.

—¡Bueno, ya voy! Jesús, cómo te pones por nada. Porque realmente no me pasa nada; pero ya que te empeñas, allá va.

Silvia empezó con su relato, le contó cómo le había conocido, cómo él se despidió con un «hasta mañana» cuando se vieron en el restaurante, y que ya dudaba de verle cuando había aparecido en la playa. Le dijo que había intentado quedar para esa tarde, y cómo ella le había dicho más o menos que no. Y además no era tan viejo; no le había preguntado la edad, pero estaría por los 60.

Estaba jubilado, pero se había jubilado antes de la edad oficial.

—Bueno, y poco más. ¿Ves como no era para tanto?

—¿Que no es para tanto? Para empezar, que yo sepa, es la primera vez desde que te divorciaste que haces caso a alguien que te habla; porque hasta ahora, en cuanto alguno se acercaba lo mandabas a tomar viento fresco. Eso por un lado. Por otro, ¿cuándo has hecho tú algo que se salga de la rutina?

—Bueno, lo que he hecho tampoco se ha salido tanto de mi rutina. Solo he hablado con alguien que no conocía, y eso ha sido dentro de mi paseo. Estás sacando las cosas de quicio. Y te repito: ¡no es para tanto!

—Si tú lo dices... pero de momento se te ha olvidado subir algo para desayunar. Menos mal que tenía pan y me he hecho una tostada. ¿Sabes lo que te digo? Que hagas lo que quieras, yo me voy a la playa. Si te apetece bajas, y si no, pues eso...

Silvia despidió a su amiga, se puso un café, se sentó en la terraza y repasó todo lo ocurrido desde el momento en que había conocido a Pepe. No quería darle la razón a Lidia, pero la verdad es que la tenía. Desde que conoció a ese hombre se sentía muy rara, no estaba centrada, cuando cogía un libro no era capaz de seguir la trama... Estaba perdiendo su estabilidad, esa estabilidad que le había costado tanto lograr, pero sobre todo, lo que más la fastidiaba era sentir algo que ella consideraba que a

cierta edad no era normal. Por un momento creyó oír a su amiga: «Te has enamorado». No, eso no; primero porque no era normal sentir esas cosas a determinada edad, y segundo, porque aunque eso se pudiera dar, ella no quería que fuese así; demasiado había sufrido con su matrimonio como para repetir y tener otra relación.

Se levantó, se fue a la cocina e intentó preparar algo de comida para cuando subiese su amiga, pero no se centraba.

—Vaya tampoco es esto, pues qué bien.

Decidió bajar a la piscina, así dejaría de pensar. Estuvo nadando hasta que la llamó su amiga.

—Baja y date un baño —le dijo, pero le contestó que no le apetecía, que ya se había bañado bastante.

Silvia subió y le advirtió a Lidia que no hablase el tema, ya habían hablado bastante. Esta le prometió que no lo tocaría hasta que ella le dijese que podía hacerlo. Después de comer y dormir una buena siesta, como hacía una noche muy agradable para pasear por la playa, decidieron ir al paseo marítimo. Les apetecía algo de marisco, y mejor que en los chiringuitos de la playa no lo iban a encontrar. Silvia no dijo nada a su amiga, pero esperaba encontrar allí a Pepe; era verdad que le había dicho que no sabía si saldría, pero a lo mejor él sí había ido a dar una vuelta.

Pasada la media noche regresaron al apartamento. Lo habían pasado bien, pero, sin poder evitarlo, el

pensamiento de Silvia estuvo con Pepe. «Dichoso Pepe, vaya manera de colarse en mi cerebro», se repetía una y otra vez. Aquella noche tardó en dormirse, y cuando por fin lo hizo soñó con Pepe. ¿Estaría él haciendo lo mismo? Qué tontería, con seguridad que no, no lo estaba haciendo.

Por fin volvió la luz del día. Ese sería el último (por el momento) en que bajaría a la playa; se irían después de comer. En principio la vuelta estaba prevista para el sábado por la mañana, pero la noche anterior decidieron irse el viernes después de comer, así estarían más descansadas el lunes para ir a trabajar.

Allí estaba él. Estaba paseando como lo hacía ella: empezaba desde la arena y terminaba donde la arena. Eso suponía que la había estado observando. No creía que fuese casualidad, ¿o quizás sí? Le observó y se fijó en su figura alta, sin nada de barriga cervecera (como a ella le gustaba), el pelo negro con alguna cana que otra. No estaba nada mal; ya quisieran algunos con menos años que él estar tan «buenos».

—Buenos días. Creí que no venías.

—Pues ya ves que sí. No podía faltar, este es el último día. Mañana, a estas horas, estaré en Madrid.

—No me digas que se os acaban las vacaciones, pensé que teníais más tiempo.

—Y lo hemos tenido. Llevamos aquí dos semanas. Yo tengo que trabajar el lunes, así que nos vamos con tiempo de descansar.

Mientras paseaban se fueron contando retazos de sus vidas. La de Pepe había sido tranquila, con mucho trabajo, pero en armonía. Apenas hubo roces entre su mujer y él.

—Lo clásico: desacuerdo en la manera de educar a los hijos. Pero nunca llegó la sangre al río —le dijo Pepe.

Mientras este desgranaba sus vivencias, Silvia revivía las suyas. Nada que ver con las de él. Sus peleas no eran «suaves», por llamarlas de alguna manera; su vida había sido un infierno. Por eso, oír a Pepe hablar de su vida le daba envidia; envidia sana, pero envidia al fin y al cabo. Apenas habló de sus cosas, solo de las travesuras de sus hijos, de la situación de cada uno de ellos: los tres, el chico y las dos chicas, ya estaban emancipados. La visitaban a menudo, pero cada uno vivía en su casa.

—¿Y tu marido? ¿O eres viuda?

—No —le contestó—, no soy viuda, estoy divorciada.

—¿Divorciada?

—Vaya, parece que te has asustado. ¿Pasa algo por ser divorciada? Por la cara que has puesto, parece que lo consideras poco menos que un pecado.

—No, no es eso. Es que no sé por qué yo había creído que eras como yo, viuda.

—Pues ya ves que no. Pero si esto supone un problema para ti, nos despedimos aquí, y tal día hizo un año.

Los siguientes minutos los pasaron, uno disculpándose, y la otra diciendo que si no le parecía bien podía

irse por donde había venido. Afortunadamente después de la tempestad vino la calma, y así, más tranquilos, siguieron hablando y hablando, hasta que llegaron al portal del apartamento. Esta vez a Silvia no se le había olvidado comprar algo para desayunar; tenían pan, y les apetecían unas buenas tostadas. Y llegó el momento de la despedida. Se dijeron adiós, Pepe le pidió su número de teléfono, ella se lo dio y... hasta ahí.

El viaje a la capital fue bien, apenas había tráfico. Lidia no quería preguntar, esperaba que fuese Silvia la que contase; y esta no estaba por la labor, así que del «tema», nada de nada. Llegaron cuando anoecía. Lidia dejó a su amiga en casa, se despidieron hasta el día siguiente, y no hablaron más; estaban cansadas y habían hecho el viaje de un tirón. Lidia no quiso que Silvia la relevase, y condujo ella todo el camino.

La casa estaba vacía. No era la primera vez que después de un viaje se encontraba sola en casa, eso era lo normal desde que su hija se había marchado a vivir su vida. Pero esta vez notó más la ausencia. Definitivamente, estas vacaciones habían sido diferentes.

El sábado, Silvia se dedicó a recoger la casa y deshacer la maleta (la noche anterior no tuvo ganas de hacerlo; se fue a la cama con ella sin abrir). Así que entre unas cosas y otras se fue el día sin darse cuenta. Tampoco habló con su amiga; esta no la llamó y ella hizo lo mismo. Pero el domingo por la mañana Lidia sí llamó.

Le dijo que por qué no iban a comer al restaurante de siempre; este no era caro y se comía muy bien, y además a ella no le apetecía guisar. Silvia le dijo que sí.

Pasaron una buena tarde, pues la comida se alargó y terminaron con otras amigas, tomando café y hablando del veraneo, y preguntando si había conquistas. Silvia miró a Lidia, pues la vio con ganas de contar; pero cuando esta se fijó en la cara de su amiga cambió de opinión y no hablaron del «tema Pepe».

El lunes empezó la rutina: el trabajo, las reuniones de la asociación, las clases de informática, el cuidado del nieto (de vez en cuando)... No fue hasta mediada la semana cuando apareció un mensaje en su teléfono: *«Llegaré a Madrid el sábado por la tarde, te llamaré»*. Eso fue todo. Silvia llamó a su amiga y se lo comentó.

—Es ahorrativo el individuo —dijo Lidia.

Cuando se vieron el sábado por la tarde, Pepe aún no había llamado.

—Ni te llamará —dijo Lidia—. Tendrías que haberle pedido tú el teléfono a él. ¡Cuándo aprenderás!

No la contestó, ¿para qué? Posiblemente tuviera razón; pero por otro lado, si no la llamaba era porque no le interesaba. Si era así no tenía sentido que fuese ella la que llamase.

Esa noche, al llegar a casa, recibió la llamada. Pepe le dijo que quería hablar con ella.

—Ya estamos hablando.

—Sí, pero quiero hacerlo cara a cara —le dijo él, y quedaron para el día siguiente.

El domingo por la mañana Pepe volvió a llamar. A Silvia le pareció raro, en la llamada anterior ya habían quedado en el lugar y hora. Quizás había cambiado de opinión y quería suspender la cita. Bueno, fuese lo que fuese, tendría que coger el teléfono.

—Hola, te llamo para confirmar la cita. ¿Sigues en pie?

—Claro, ¿por qué no iba a ser así?

—Bueno, pues hasta la tarde, adiós.

«Qué cosa tan rara», se dijo. «Incluso parece que está impaciente. Ya veremos qué resulta de todo esto».

Por fin llegó la hora de prepararse para la cita. Abrió el armario; no sabía qué ponerse. ¿Pantalones? Quizás estuviera mejor con falda. Ella se sentía más cómoda con pantalones, pero tan poco estaba mal con falda. No era posible estar tan indecisa como cuando era jovencita y tenía una primera cita.

Al final se decidió por unos pantalones negros, que le iban bien con cualquier blusa. Después se maquilló; no demasiado, tampoco era cuestión de parecer un cuadro. Miró a la mujer del espejo, no parecía ella: se veía más joven, con ganas de salir a conquistar el mundo ¿Era eso posible? Casi estaba en la tercera edad («en la segunda juventud», hubiese dicho su madre). Volvió a mirarse en el espejo, contempló la imagen que este le devolvía y apuntando con su dedo hacia ella dijo:

—No sé qué pasará hoy, no sé si esto es el principio de algo, pero pase lo que pase te prometo una cosa: se ha acabado la rutina. Está claro que los años están ahí, que los 60 no son los 16, pero he entendido que mientras el corazón esté latiendo, es posible tener ilusiones. Me ha costado, pero de hoy en adelante voy a hacer lo que dice Lidia: VOY A VIVIR.

EL PECADO DE LA MUJER

En los años sesenta (del siglo xx), en España las televisiones eran artículos de lujo. Apenas algún que otro adinerado era propietario de un aparato de TV. Lo que sí había, aunque tampoco tantos, era aparatos de radio. Lo que más gustaba en la mayoría de los hogares, sobre todo de los pueblos, eran las radionovelas a las mujeres, y «*el parte*» a los hombres. Las novelas se seguían con gran interés; era normal ver a las mujeres en silencio, escuchando atentas, y sin perder detalle, cómo transcurría la trama. Capítulo a capítulo, aquellas mujeres se sentían heroínas, y vivían las mismas aventuras que los personajes.

Yo conocí a varias de estas mujeres. En 1960 emitían una novela que se llamaba *Ama Rosa*. Era la que más éxito tenía; eran pocas las mujeres que no se identificaban con algún personaje. Sufrían y reían con ellos. Las vecinas de mi tía (esta tenía radio) me pedían que la escuchase, porque así, si alguna se tenía que separar del receptor, se la podía contar. Y ahí me veía yo, con la oreja pegada para no perder detalle. Tampoco me perdía la emisión de Elena Francis, por lo mismo. Mis amigas decían que parecía una vieja, pero la verdad es que a mí

no me importaba hacerlo; tengo que reconocer que me gustaba, y que de algún modo yo también me sentía heroína, como las mujeres de aquellas obras.

Cuando me fui haciendo mayor, empecé a entender lo que aquellas enseñanzas estaban haciendo con las mujeres; y para que no se les olvidara que ellas eran «el refugio del guerrero» estaba (cómo no) Elena Francis. Sus consejos dejaban claro que el trabajo de la mujer era, por encima de todo, el cuidado y la satisfacción del marido. Todavía me acuerdo de aquello: *«Ponte guapa para él, hay veces en que os dejáis, os ponéis gordas y feas, y es lógico que busquen fuera lo que no tienen en casa»*. Todo esto es lo que la «buena» de Elena Francis contestaba a alguna mujer que le pedía consejo porque su marido se había ido con otra. Siempre defendiendo al marido: la mujer tenía que ser sumisa y, sobre todo, perdonar, siempre perdonar los «pequeños» errores que cometiera su marido.

Porque lo que estaba claro es que el hombre era un ser ingenuo, y siempre había alguna mujer (mala) que lo engatusaba; y pobrecito, él solo se dejaba querer. Pero la esposa cristiana tenía que perdonar, porque, repito, la culpa era de la otra.

¡Ah! En este grupo de escritores de teatro del aire, que era como se denominaban las radionovelas, y consejeras como la susodicha Elena Francis, había otro personaje que cuidaba de que España fuera ¡la reserva espiritual de Occidente! Este era el cura. Sus consejos iban

siempre por el mismo camino: resignación para la esposa y perdón para el pobre marido por haber caído en las garras de una perversa mujer.

En esa época las cosas eran así. Lo peor de aquellas enseñanzas era que, si no lo cumplías, estabas mal vista; las mismas mujeres te criticaban, y si por casualidad tenías la «desgracia» de pensar, entonces sí que lo tenías crudo: te colgaban el cartel de desvergonzada, si es que no te ponían otro peor. Yo tuve esa desgracia (la de pensar), y pasé de ser una niña educada, a ser una contestona, y todo porque yo no veía lógico que la mujer tuviera que decir a todo «amén». A todo lo que decía el marido, claro.

Pero a pesar de que no estaba de acuerdo con las normas de conducta que las mujeres deberían guardar, la verdad es que aquellas radionovelas me gustaban. Me enseñaron a soñar. Mi imaginación se iba con aquellas mujeres, que a pesar de estar bajo el mandato de su marido, eran capaces de crecerse y llevar a buen puerto a la familia, y a veces incluso dar de comer con su trabajo a la familia; porque otra de las cosas que hacían estas heroínas de las ondas era buscarse la vida como fuese, ya que el hombre solía gastarse el jornal en la taberna... aquellos que tenían la suerte de tener jornal, no todos, claro (afortunadamente).

Esto también era perdonado por Elena Francis. Si ocurría en la vida real, si alguna mujer la escribía diciendo que no podía aguantar más, su contestación estaba

clara: «¡El matrimonio es para toda la vida!». No se podía tirar por la borda porque él hubiera cometido un error. Y por supuesto, la ley amparaba al hombre. En fin, que tanto en la vida real como en la no real, la mujer siempre llevaba las de perder.

Uno de los artífices de tanta «radionovela lacrimógena» fue Guillermo Sautier Casaseca, autor de *Ama Rosa*, *El cielo está en el bajo*, *El pecado de la mujer*, y algunas más, que ahora no recuerdo. Las escribía como quien hace churros. Era monotemático; los personajes principales eran tres: «la Buena», «la Mala» y «el Ingenuo». El resto eran personajes necesarios, pero «segundones». Otra escritora de la época fue Corín Tellado; más de lo mismo. Con esta aprendimos a esperar al «Príncipe Azul». Escribía con tanta seguridad, que realmente te creías eso de: «¡Fueron felices y...!».

Lo peor venía cuando toda esta sinrazón se trasladaba a la vida cotidiana. Estaba mal visto que una joven-cita fuese por la calle hablando con un joven, «emparejados» aunque fuesen las 12 de la mañana, es decir mediodía. Si eso ocurría y te veía alguna vecina, ya te podías preparar, la bronca en tu casa era fenomenal, ¿qué dirán de ti? Y si habías tenido un novio formal, y este te dejaba... lo mejor que podías hacer era entrar en un convento. Es verdad que dependiendo de dónde se viviese, podía ser así o menos fuerte. Me refiero a vivir en un pueblo o en una capital, una capital grande; porque en las pequeñas

pasaba como en los pueblos. No sé si este comportamiento en la vida real venía dado por lo que se escuchaba y leía, o era al revés, que lo que se escribía era el reflejo de lo del comportamiento en la vida real. Fuese como fuese, lo cierto es que lo que se vivía era un sinsentido. Y todo mentira, claro; con el tiempo las jóvenes de aquella generación hemos aprendido a dudar de todas y cada una de las afirmaciones que aquellos escritores esgrimían como autos de fe. Hemos entendido que las mujeres y los hombres tenemos los mismos derechos; las que teníamos la desgracia de pensar, pensamos, y nos dimos cuenta de que todo era mentira.

Llegar a este convencimiento ha sido duro, porque hemos tenido que cambiar el chip, y eso nos ha costado tener que romper con años y años de sumisión, de enseñanzas adquiridas, que al haber sido estas enseñanzas impartidas por aquellas personas en las que confiábamos, nos ha resultado más duro de aceptar. Porque, ¿cómo vas a desconfiar de tus padres? Pero es que tampoco podemos echarles la culpa, porque a ellos los educaron así. Aunque culpar a la educación es relativo; a mí, mejor dicho, a mi generación, nos han educado, más o menos como educaron a nuestros padres, y hemos comprendido que en la vida no existen solo dos colores, blanco y negro, sino que hay una gama extensa de ellos. De la misma manera, hay también distintos personajes en una obra, sea radionovela o novela. Es decir, que no son solo

tres personajes, y que además tampoco es cierta la manera de clasificarlos.

Según yo lo veo, si un hombre busca algo fuera de su casa, es porque no lo tiene en ella; y si lo tiene, entonces ese hombre no es un «Ingenuo»: es un sinvergüenza. De la misma manera, la mujer que se va con un hombre casado no tiene que ser «Mala»: hay veces que no conoce el estado civil de este; y en todo caso, tanto si lo sabe como si no, el que está haciendo el daño a su mujer es él. Por otro lado, pensar que la «Buena» es siempre la mujer... pues eso.

Desde que tuve uso de razón y aprendí a pensar por mí misma, he tenido muchos problemas con este tipo de gente (la que no piensa). Con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que a lo mejor no pensamos no porque no nos hayan enseñado a hacerlo, sino sencillamente porque es más fácil que nos lo den hecho. Lo que me lleva a preguntarme: ¿tendrían razón aquellos que nos hablaban de sumisión? ¿Algunas de aquellas mujeres obedecían por comodidad? Quiero creer que no, que hacían lo que hacían porque es lo que había que hacer y punto.

En la segunda mitad de los años 70 se hizo patente la lucha por los derechos que muchas creíamos que deberíamos tener y por supuesto no teníamos. Pero la primera batalla tuvo que librarse contra la propia mujer. Sabíamos que el hombre no nos iba a dar la libertad (¡eso faltaba!); pero que las propias mujeres nos pusieran

obstáculos... Aunque bien mirado, tampoco es que nos extrañase; como ya hemos visto, las mujeres de la generación anterior no pensaban como nosotras, salvo raras excepciones. Así que tuvimos que educarlas en igualdad: si aprendían, aunque no pudieran ellas ejercer tal igualdad, sí que podrían hacerlo con sus hijas. Y también con sus hijos; porque estaba claro que si los hombres no comprendían esta lucha, nos iba a resultar más difícil conseguir esa igualdad.

Hubo muchas mujeres que dieron, si no su vida, sí la tranquilidad y el bienestar que hubiesen tenido de no haberse comprometido con esta causa. A lo largo del periodo de tiempo que va desde mediados de los 70 hasta casi el final de los 90 (del siglo xx) se avanzó mucho en la consecución de esos derechos, dejando claro que en España había mujeres inteligentes, que no se creían las enseñanzas de los anteriormente citados, y que realmente hacían lo que tenían que hacer porque era lo único que se podía hacer. Pero... ¡qué poco dura la alegría en casa del pobre! (que diría mi abuela). Y a partir de ese final de los 90, vino el final de las ilusiones. Muy sibilínicamente se fueron perdiendo esos derechos; no sobre el papel, claro, pero sí en la práctica. Las mujeres españolas, en poco tiempo, nos fuimos poniendo, en cuanto a derechos, a la altura de los países desarrollados. Lo peor de todo esto es que nos creímos nuestra propia gesta: ahora, en la segunda década del siglo xxi, estamos peor que a

mediados del siglo xx. Aclaro: no estamos peor en cuanto a leyes, pero sí en cuanto a consecución de esos derechos, que una vez tuvimos y creímos que para siempre.

Últimamente pienso mucho en ese tiempo pasado. Comparo esta etapa con las anteriores, y no puedo sacar otra conclusión que la que escribo. Desde que empecé a pensar (mal hecho) he pensado lo mismo; según parece, a esa manera de pensar se le llama FEMINISMO, o sea que soy FEMINISTA. Luché como pude por los derechos de la mujer, en un principio sin ponerle nombre a lo que hacía. Luché porque aquellas escrituras machistas no siguieran condicionando a la mujer, y en buena parte a los hombres. Luché por una educación más igualitaria entre hombres y mujeres, para que nuestras hijas e hijos vieran esa igualdad desde la escuela. Si esto es ser feminista, está claro que lo soy.

En cierta ocasión, estaba escuchando a una conferenciante que, por casualidad, había pertenecido al cuadro de actores de *Radio Madrid*, y había sido una figura principal de este cuadro. Le pregunté su opinión sobre aquella etapa. Le dije que la había admirado por sus interpretaciones; pensé que me diría que estaba orgullosa de su trabajo, pero su contestación me dejó perpleja: para nada estaba orgullosa («Había que comer, y era una manera de ganarse el sueldo»). Me dejó claro que la mayoría de las mujeres que trabajaron con ella pensaban lo mismo, pero...

¿FUE UN SUEÑO?

Esta historia sucedió en una época difícil para este país, la posguerra, en la que las apariciones de aquellos que habían fallecido, sobre todo en el periodo de guerra, eran corrientes. No sé si por necesidad de creer en el más allá, y poder ver a los que se habían ido, o por la gran debilidad que debido al hambre estos seres tenían; lo cierto es que más de una persona, casi siempre mujeres, decían que veían muertos reflejados en la pared.

También tenían costumbre, sobre todo las mujeres mayores, de rezar a las ánimas benditas, por ejemplo para despertarse): cuando rezaban la oración de la noche se lo pedían y les indicaban la hora a la que las tenían que despertar. ¿Superstición? Creo que no; creo que era fe.

Pues bien, esta historia se desarrolla en ese momento. Me resultó difícil de creer entonces, y me sigue intrigando todavía.

En un pueblo de la llamada «España profunda» vivían una anciana y su nieta. Contaba esta por aquel entonces 12 años. Tan unidas estaban abuela y nieta que no podían dormir separadas, a pesar de que en la habitación

había dos camas. Solo dejaban de verse cuando la chica se iba al colegio. Solían pasar las tardes, la niña leyendo y la abuela tejiendo; si alguna vez salía a hacer alguna visita, la abuela esperaba que saliera del colegio, y cogidas de la mano se dirigían al domicilio que fuese. Por la noche la niña dormía abrazada a su abuela, y en invierno, quien las hubiese visto habría creído ver a un canguro con su cría. Así de fuerte era esta unión; tan fuerte que incluso pensaban igual: a pesar de la diferencia de edad, parecían dos buenas amigas más que abuela y nieta.

La historia que me contaron se refiere precisamente a esa unión.

Cuando una hermana de la abuela enfermó, esta se pasó la mayor parte del tiempo a la cabecera de su cama, y cómo no, la nieta con ella, cuando no estaba en el colegio. Por la noche, de camino a casa, la abuela siempre le decía lo mismo.

—Quiero estar a su lado cuando muera, Dios quiera que no pase de noche.

Así fueron pasando los días, y en esas estaban, cuando una noche antes del alba se oyeron unos golpes en la puerta y una voz que decía: «María, María, María...». Abrieron los ojos y se miraron, la abuela preguntó a la niña:

—¿Tú has oído?

—Sí, están llamando —le contestó la chica.

Fueron juntas hacia la puerta, y al abrirla vieron que no había nadie. Se asomaron a la calle y no distinguieron,

entre las sombras de la noche, otra cosa que las siluetas de las casas.

Volvieron a la habitación y dudaron si acostarse o no. Pronto amanecería, así es que lo mejor sería quedarse levantadas; así lo hicieron, y después de vestirse se prepararon café y se fueron a ver cómo estaba la tía.

Las dos coincidían en que la voz que habían oído era familiar, así que tenía que ser la de su sobrina; seguro que a ella la habían llamado y como vivía cerca de su tía, se había pasado para avisarla. Eso era lo que pensaba la abuela mientras se preparaban para ir a ver a su hermana. Lo que no comprendía era que no hubiese esperado a que la abrieran. Bueno, ya se lo preguntaría cuando la viese; era seguro que se la encontraría en la casa de la enferma.

Cogidas de la mano fueron calle abajo. Hablaron poco, la llamada tenía preocupada a la abuela. ¿Quién habría sido? ¿Por qué no se había esperado?

Cuando llegaron a la casa, encontraron a muchos familiares. Parecía como si a todos les hubiesen avisado que estaba cerca el final. La niña se quedó con su abuela; no fue al colegio porque la veía muy triste y pensó que su compañía le vendría bien. A la abuela no se le iba de la cabeza la llamada, así que en cuanto vio a su sobrina se lo preguntó. Esta la miró sorprendida y le dijo que no, y que acababa de llegar.

Nadie supo decir quién podía haber sido, y tampoco había tiempo para pensar. No había entrado la mañana

cuando mandaron a la niña que limpiara un poco el cuarto de la enferma, mientras las mujeres, formando un grupo alrededor de la mesa camilla, rezaban el rosario y pedían a Dios que no fuese larga la agonía.

Y así fue: al poco de entrar la niña en la habitación y apenas sin darle tiempo a arreglar un poco la cama, la enferma la miró, le sonrió, o eso le pareció a ella, empezó a respirar fuerte y se la quedó mirando fijamente. La chica no se asustó; no le daban miedo los muertos y además no era la primera vez que iba a ver a uno: en otra ocasión, cuando murió la otra hermana de su abuela, también había ido. De pronto la respiración se hizo más fuerte, hasta que esta se convirtió en un gran ronquido y se pasó todo. Salió de la habitación, y como la cosa más natural del mundo, la niña miró a todos los presentes y dijo:

—¡Ya!

Todos se volvieron al oírla, y sin decir nada se fueron hacia la cama de la enferma. Y efectivamente, ya había terminado todo.

Vinieron los preparativos para el sepelio, los llantos, los rezos, después la noche y con ella el velatorio. Más llantos, más rezos, más familia, más vecinos y conocidos, y por fin el entierro. Al final, la despedida. Había que descansar.

Había pasado un día, una noche y casi otro día entero, ya volvían a casa, cogidas de la mano abuela y nieta, muy calladas; la anciana pensando que de cuatro hermanos

que habían sido solo quedaba ella, ¿hasta cuándo? La niña, en lo raros que eran los mayores: en el velatorio habían reído y contado chistes. Lo normal era que estuviesen tristes, ¿o no? Aunque quizás es que era verdad lo que un día le había dicho su abuela:

—Cuando nace un niño se llora, porque nadie sabe lo que le espera en este mundo; sin embargo, cuando muere una persona, sobre todo si es mayor, se celebra, porque ya ha descansado.

Quizás era por eso por lo que se habían reído tanto.

Aquella noche, cuando se acostaron, la niña preguntó a su abuela si sabía quién había llamado esa noche. La abuela la miró fijamente, y dijo muy seria:

—No lo sé, nadie me ha podido dar razón. A lo mejor fueron las ánimas; yo les pedí que me avisaran cuando mi hermana estuviera a punto de irse.

La niña la miró y no supo qué contestar. Ella no se lo había pedido, ni siquiera las rezaba; entonces, ¿por qué las había oído? Pensando en ello se durmió.

¿Fue un sueño? ¿Soñaron las dos lo mismo? Lo cierto es que como me lo contaron lo cuento; han pasado muchos años de ello y yo sigo sin saber.

Dicen que la fe mueve montañas; sería eso.

JUBILACIÓN

¡Jubilación! Bonita palabra, ¿derivada de «júbilo»? Puede ser, aunque yo no lo tengo tan claro, porque júbilo significa alegría, y la jubilación no siempre lo es (alegre).

Durante el periodo de actividad de un trabajador/a, con sueldo, claro, (que sin sueldo, sobre todo a las mujeres, el trabajo no se les acaba nunca), se sueña con este momento. Se hacen planes para ese periodo en el que se supone que vas a descansar y a vivir la vida que antes no se vivió. En el caso del varón es posible que así sea; pero en el de la mujer no está tan claro: las mujeres, la mayoría, si están trabajando por cuenta ajena tienen doble jornada: la laboral propiamente dicha, que cumple un horario, y la otra, la de ama de casa, que no tiene horario. Y esta es la que cuando llega la jubilación sigue activa. Es verdad que si solo ejerce de ama de casa tendrá tiempo para dedicárselo a ella misma, pero... si es abuela la cosa se complica; sobre todo si los padres de los nietos, o sea sus hijos, trabajan la jornada completa. En ese caso no solo se ejerce de abuela los fines de semana; en ese caso es la semana completa. Si se tiene la suerte de que estén vivos la abuela y abuelo, se comparte la tarea; pero

si no es así la abuela lo tiene más complicado, sobre todo si esta ha planeado una serie de actividades para cuando llegase la jubilación. Pero con buena voluntad y mejor planificación, contando con los hijos, se puede llegar a todo. ¿Por qué digo lo de la planificación? Pues lo explico.

- **Primero:** Hay que dejar claro que ser abuela no es sustitutivo de madre. Las abuelas están para las ocasiones y, tal vez, para consentir un poco a los nietos.

- **Segundo:** Las «jubiladas» todavía tienen sentimientos e ilusiones, y, por qué no, fantasías. ¿Amorosas? También, sobre todo si se está sola.

- **Tercero:** De la pensión de jubilación se ha de apartar una cantidad para viajes, a ser posible municipales, porque estos suelen ser más baratos.

- **Cuarto:** Bueno, cuarto, quinto y... así hasta llegar a un decálogo de buenas intenciones, planificadas todas ellas, porque para eso nos hemos jubilado.

Todo planificado, y con la idea firme de cumplir dicha planificación, cosa que yo haré en cuanto crezcan los niños (nietos) que tengo que llevar al colegio, o hasta que las mamás de dichos niños dejen de trabajar fuera de casa, porque si tienen que pagar a una niñera les sale «lo comido por lo servido» según ellas. Así que aprovechan que su mamá es aún joven y puede con la tarea. Además, es una forma de entretener a la mamá, pues habiendo estado tantos años trabajando fuera de casa, ahora la misma le viene grande.

De todas maneras, me reafirmo en lo de la planificación. Yo la tengo hecha, la guardo para cuando me jubile de la segunda ocupación, es decir, cuando me jubile de abuela.

Ya sé lo que estarán pensando:

—¡Si cuida de los nietos es porque quiere!

Tal vez tengan razón; porque obligarme, lo que se dice obligarme, nadie me obliga. Pero, según yo lo veo, es una forma de mantenerse activa y alerta, de tener contacto con la vida real, la de la calle; que dicho sea de paso, no ha cambiado tanto, me refiero a las costumbres.

Se llega pronto a dejar a los niños, así tienen un ratito para jugar antes de entrar.

Se llega pronto a buscarlos, no sea que se adelanten las profesoras y salgan antes de la hora.

Se llega pronto para ver a la mamá, o la abuela de... Porque así da tiempo de hablar de cómo se ha puesto de cara la cesta de la compra y, a veces, si llegas pronto da tiempo de tomarse un cafetito y hablar de las últimas noticias, o cotilleos, que han dado por la tele.

De todas maneras, yo tengo guardadita la dichosa planificación, no sea que la ocupación de abuela se me acabe de repente y me coja sin saber qué hacer con mi tiempo. Tiempo de júbilo, según me dijo alguien que entiende mucho del significado de las palabras. Y ahora que me he quedado sola, voy a aprovechar el tiempo que me queda hasta la próxima jornada, y voy a hacer lo

propio de una jubilada: me voy a dar un paseo por el parque y después voy al hogar a jugar una partidita al tute, que es un juego muy de jubilados; después una cena ligerita y a la cama, que el despertador suena enseguida, como cuando no estaba jubilada.

¡Bendita jubilación! Aunque sea a media jornada.

ME DUELE EL ALMA

Llegué del trabajo, y después de comer me eché a dormir una siesta, no mucho; con unos minutos de relajación tengo suficiente para recuperar el ritmo. Pero me pasé y dormí más de la cuenta. Cuando ocurre esto, dormir más de la cuenta, me levanto peor que cuando me acosté, ¿soy rara por eso? No lo sé, pero a mí me pasa; si duermo lo justo me levanto bien, si duermo más de la cuenta no hay quien me aguante.

Cuando mi madre me vio la cara me preguntó si me pasaba algo.

—Que he dormido más de la cuenta —le contesté, pero no me creyó y siguió insistiendo.

—Tú dirás lo que quieras, pero está claro que esa cara no obedece a dormir más de la cuenta.

Tenía razón, algo me pasaba; aunque no sabía exactamente qué. Me sentía inquieta, con el corazón latiendo de una manera desenfrenada, y un nudo en la garganta amenazando con ahogarme. Si le hubiese descrito estos síntomas a mi madre, esta me habría dicho: «Estás barruntando algo». Algo, ¿pero qué? Normalmente, cuando esto me pasa es por algo, algo que yo preveo que va a

pasar: algún disgusto, algún caso extraño, normalmente malo. Pero en ese momento no tenía razón de ser, porque no tenía nada «raro» a la vista.

Procuré relajarme y pensar en cosas alegres. Hacía algo de tiempo que no veía a mi amiga Clara, y decidí que sería buen momento para hacerlo, y de paso dejar de pensar en que algo malo iba a ocurrir. La llamé y me dijo que no tenía nada que hacer esa tarde, así que quedamos en vernos. Le dije a mi madre que iba a salir y no sabía a qué hora volvería.

—Me parece bien que salgas un poco, y a ver si cambias la cara, porque tú dices que no te pasa nada, pero...

—Pero nada. Estoy bien y punto.

Pero no estaba bien. En el momento de hablar con mi amiga me sentí mejor, pero duró unos minutos; después la sensación volvió. Estas sensaciones mías no son nuevas, desde muy jovencilla he sentido, he barruntado que algo no muy bueno iba a pasar. La primera vez que se lo comenté a mi madre, estaba mi abuela delante, y esta dijo:

—Niña, tú eres bruja.

Naturalmente no la creí, porque yo no creo en brujas; pero después de ver que cuando tengo esas sensaciones algo suele ocurrir... pues eso.

Por fin salí a la calle, después de oír, como siempre, a mi madre gritar:

—¡Ten cuidado, ten mucho cuidado!

Sé que me lo dice porque tiene miedo, miedo a que él aparezca; pero ya va siendo hora de que deje ese miedo a un lado, él no va a aparecer.

Llegué a la parada del autobús. No había mucha gente esperando; eso quería decir que hacía poco tiempo que había pasado uno. Me dispuse a esperar, observando a las personas que esperaban como yo. Poco a poco la fila se fue alargando. De pronto le vi. En ese momento entendí mi barrunto, y me puse a temblar; no esperaba nada bueno de ese encuentro. Mi corazón latía fuertemente, seguía teniendo un nudo en la garganta, y ahora también tenía un ataque de nervios. Procuré serenarme, no era la primera vez que me encontraba en esa situación, así que había aprendido a controlarla. Pero tenía una duda: ¿sería capaz de liármela en el autobús? Conociéndole como le conozco, creí que sí. Pensé de prisa: «¿Qué hago? Si me subo al coche puede pasar lo peor». Me vino una idea a la cabeza: «Si cambio de dirección, ¿lo hará él también? No me paré a pensarlo, y crucé la calle. En ese momento llegó el autobús. Miré de reojo, no vino; se había quedado en la parada. Respiré aliviada, me había librado de él. Lo que no me explicaba era por qué aparecía ahora, después de tanto tiempo. Algo se traía entre manos. Vi un asiento libre y me fui hacia él. En ese momento estábamos llegando a la siguiente parada, y miré por la ventanilla; tenía la sensación de que iba a subir al coche, ¡qué tontería! Él había subido al otro, es decir, iba en

dirección contraria. Por fin me senté y empecé a tranquilizarme. «Esta vez me he librado».

Llegamos a la parada siguiente, y no me preocupé de mirar; me daba igual quién pudiera subir. De repente alcé la vista y ahí estaba. «No me lo puedo creer, estoy viendo visiones». Volví a mirar hacia donde creía que había ido el viajero, y sí, era él. Mi cabeza iba a estallar de tantas ideas que se me pasaban por ella. «No puede ser». Procuré tranquilizarme, e intenté razonar: «Si yo he salido en otra dirección y él se ha subido al otro coche es imposible que, aunque se haya bajado de ese coche, pueda haber adelantado al coche donde yo voy». De repente lo vi claro: él era capaz de eso y de más, siempre se había mantenido fuerte y atlético. Su ejercicio favorito, aparte de jugar al fútbol, ¡era correr! Así que esa era la razón de que hubiese llegado a tiempo de subir en la segunda parada: ¡Había ido corriendo!

No sé cómo pude aguantar el tipo porque, aparte de tener el corazón a punto de salirse del pecho, las piernas me temblaban y apenas si podía controlarlas. Estaba llegando a mi parada, y no sabía qué iba a pasar. Lo que si tenía claro era que iba a pasar algo; y ese algo no iba a ser nada bueno. Me preparé para salir, y desde la puerta volví la cabeza para ver si él también salía, le vi sentado, y por un momento eso me tranquilizó. Bajé despacio y me encaminé con pasos rápidos hasta mi destino. No quería correr, pero me urgía llegar y encontrarme a salvo;

giré en la primera esquina que encontré y me volví. Le vi esconderse detrás de una farola. Entonces sí que sentí, como hubiese dicho mi madre, «los dolores de la muerte». Nunca supe a qué dolores se refería y cómo sabía ella de qué dolores se trataba; pero en ese momento pensé que debía ser algo parecido a lo que yo estaba sintiendo. No eran dolores físicos, y no sabría describirlo; pero algo me estaba doliendo.

Me cambié de acera dos veces. No volví la cabeza, así que no le veía; pero le intuía. Mi pregunta era cuándo llegaría lo que tuviese que llegar. De pronto sentí unos pasos, en principio ligeros y después muy rápidos; no había tenido tiempo de reaccionar cuando sentí que una mano me agarraba por los pelos y me tiraba al suelo, al tiempo que me decía:

—¿Creías que te ibas a escapar? Pues ya ves que no. Te lo he dicho muchas veces: tú no vas a morir de vieja.

Al tiempo que hablaba seguía tirándome del pelo, pero yo no sentía dolor físico. Era otro dolor, o tal vez no era dolor; quizás lo que sentía era rabia, rabia por haberme creído que no iba a ser capaz de cumplir lo que tantas veces me había dicho. «¡No vas a morir de vieja!». La vista se me nublaba por momentos. Habían acudido a separarle, y me preguntaban cómo me encontraba. Yo contestaba que estaba bien, ¿qué iba a decir? Por fin llegó la Policía.

—¿Qué pasa aquí? —preguntaron.

A mí me extrañó esa pregunta, ¿es que no lo estaban viendo? Se pusieron a hablar entre ellos mirando a la acera de enfrente. El agresor ya se había retirado, y contemplaba la escena como si él no hubiese sido partícipe de nada. Cuando se fijaron en mí me preguntaron si estaba lesionada, si iba a presentar denuncia, si quería que me llevasen algún centro médico... Yo estaba como en una nube, ¿sería posible que después de los golpes que me había dado la Policía preguntase eso?

Cuando por fin se fijaron en mi cara decidieron que sí, que debían llevarme a un centro médico: tenía un ojo morado y estaba empezando a hincharse. Como pude volví la cabeza para ver quiénes me habían socorrido: eran dos hombres que me parecieron jóvenes; pero según tenía yo la vista no lo pude deducir bien. Solo sé que me miraban con pena.

Me subí al coche policial como una autómata; cuando lo estaba haciendo oí una voz que pregunta a la Policía:

—¿No van a detener al agresor?

A continuación, una voz que a mí me pareció burlesca le contestaba:

—Nosotros no hemos visto ninguna agresión, solo a una mujer herida. Si usted ha visto algo más y quiere presentarse como testigo, pues hágalo.

—Por supuesto que lo haré —oí decir a la persona que hablaba.

Después me llevaron al centro médico, y en la entrada, al lado de la puerta, me dijeron:

—Pase ahí y ahora le atenderán.

—¿Es que no esperan para llevarme a casa? —pregunté.

—No, nosotros ya hemos cumplido.

Por un momento me quedé sin saber qué decir. ¿Cómo me iba a ir a mi casa? Me había dado cuenta de que en la agresión que había sufrido, aparte de los golpes que me habían caído, también había perdido el bolso; así que no tenía dinero para llamar a alguien que viniera a recogerme. Me volví al policía que me había hablado y le pedí, por favor, que me diera una moneda para poder hacer esa llamada. Amablemente me la dio. Llamé a mi amiga.

—Ahora voy —me contestó.

Después entré en la consulta, en un estado difícil de describir: seguía sin sentir dolor físico, estaba vacía, y al dirigirme al médico me di cuenta de que mi persona no era la que se encontraba en aquella sala. Lo que estaba viviendo ya no estaba en la categoría de pesadilla: era una película, y yo, una simple espectadora. Así me sentí cuando vi, sentado detrás de una mesa, a un señor que parecía ser el médico, pues llevaba una bata blanca, con un periódico en las manos, y que con un «¿A usted qué le duele?» por saludo se dirigió a mí. No supe qué contestar; pensaba que si me hubiese mirado habría visto mi ojo amoratado e hinchado. Pero no me miró,

siguió leyendo aquel periódico. ¿Qué me dolía? Me quedé callada, sin saber qué contestar. ¿Qué me dolía? ¿Qué me podía doler después de los golpes recibidos? Volvió a preguntar:

—Bueno, pues usted dirá. ¿Qué es lo que le duele?

Ya no me aguanté más, y con una voz que no parecía la mía le contesté:

—¡Me duele el alma! El alma, sí señor, eso es lo que me duele; y me duele porque he visto la poca humanidad que existe por parte de quienes, en teoría, tienen que velar por las personas. Me duele porque he sido golpeada, y he visto cómo consideraban al agresor poco menos que la víctima; me duele porque usted debería haberme mirado y no lo ha hecho; me duele por... tantas cosas que no entiendo...

Después de contarle al médico todo lo que me había pasado y cómo, me hizo un escrito que debería presentar en comisaría, si es que iba a denunciar. Se despidió de mí con un gesto de su mano, aquella que no sujetaba el periódico, y con las palabras:

—¡Cierre la puerta!

Me fui del centro con mi amiga, que estaba esperando fuera. Me acerqué, como es lógico, a la comisaría, y presenté la correspondiente denuncia. Por el gesto que vi, entendí que el policía me escuchaba igual que el famoso doctor. Cuando me presentó el documento para que lo firmase me hizo una pregunta:

—Ya veo que está usted marcada por los golpes. ¿Le duelen?

—Sí —respondí—. Me duele el cuerpo, me duelen los golpes, pero ¿quiere que le diga lo que de verdad me duele? Lo que de verdad duele es el alma. Este es el dolor más grande que te puedes encontrar en la vida, porque no tiene cura.

Después de este suceso, apenas si he vuelto a barruntar. Quizás es que he perdido mis poderes y ya no soy bruja; o tal vez es que no he vuelto a sufrir más ataques de él, y por eso no he necesitado avisos. Sea como sea, lo cierto es que ahora no tengo que pensar si estará o no estará: subo al autobús sin mirar atrás. Pero hay algo que sigue siendo igual. Cuando me vienen a la mente los recuerdos de aquel fatídico día, siento un dolor muy grande que no pudo definir de otra manera que no sea **¡cómo me duele el alma!** ¿Eso no puede ser? Tal vez, pero lo crean o no, a mí, aquel día, me dolió **el alma**.

MI ABUELA

De un tiempo a esta parte, si pasas por la puerta de un colegio o por un parque infantil, lo que más se ve son abuelos cuidando de los niños. Para muchas personas, este fenómeno (abuelos cuidando de los nietos mientras sus madres trabajan), les parece una barbaridad; algo que yo no comparto: no hay nada más bonito que ver a unos abuelos cuidando de sus nietos. Es verdad que hay veces en que se abusa; para mí las menos.

Estoy en esa etapa de la vida, la de abuela, y sinceramente para mí es una época preciosa. Después de pasar más de la mitad de vida cuidando de hijos, marido, padres y... todos esos menesteres que la mayoría de las mujeres hacen, se suponía que ahora me tocaba descansar, que para eso me había jubilado. Pero no, de descansar nada de nada; hay que echar una mano a los hijos, que la vida está muy cara y con un sueldo solo no llega. Claro que eso de trabajar los dos hoy en día es un milagro; desgraciadamente algún que otro abuelo/a jubilado no les tiene que echar una mano para que «trabajen los dos», lo que hacen es darles de comer.

Pero no era de eso de lo que yo quería hablar. Lo que yo quiero es dejar claro que el ejercer de abuelo/a es algo, al menos a mí me lo parece, muy, pero que muy bonito. Yo lo hago con toda la ilusión del mundo. Claro está que reivindico mi derecho a poder hacer mi vida, cosa que no está reñida con los deberes de abuela; es cuestión de organizarse. Para mí es una alegría llevar a mi nieto al colegio. Hay veces que si cierro un poquito los ojos me imagino en otra etapa de mi vida, esperando a la puerta de otro colegio, con muchos menos años, esperando a mis hijos; luego abro del todo los ojos y veo la realidad: no son mis hijos, son mis nietos.

Pero el hecho es que el estar en esa puerta esperando la salida de esos maravillosos diablillos, me ha rejuvenecido y me ha demostrado que la edad no es la que aparece en el carnet de identidad. La edad se lleva en el interior, en la mente. Está claro que no se pueden hacer determinadas cosas como se hacían cuando ibas de madre y no de abuela; pero por eso de no tener la responsabilidad, que le corresponde a los padres, pueden los mayores disfrutar más con esta tarea tan bonita que es la de ser abuelos.

Quizás esta manera de vivir de este modo el ser abuela me venga de la niñez, del modo en que la viví con mi abuela. Mis recuerdos de esa etapa son buenos; mejor diría que maravillosos. Tuve la suerte de que me criara y educara mi abuela. No quiero decir que no fuese feliz con

mi madre, nada de eso; pero la complicidad que yo tenía con mi abuela no la tenía con mi madre. Quizás a muchas personas les resulte imposible imaginar que en los años 50 (del siglo xx) una niña y una anciana pudieran ser «amigas»; pero aunque resulte poco creíble pudo asegurar que así era. Ella me contaba cosas de su vida, cosas que a su hija nunca le había contado, (según decía mi madre); y algo de verdad debía de haber en lo que me decía mi madre. Recuerdo que a consecuencia de una caída mi abuela estuvo un tiempo postrada en la cama, había que curarla y darle masajes para aliviar sus dolores. Pues bien, en el tiempo que estuvo convaleciente no dejó que la cuidase mi madre ni mis tías, solo me dejaba a mí. ¿Cosa insólita? Pues sí, pero cierta. Dormíamos en la misma cama, a pesar de que la mía estaba al lado de la suya. Con el tiempo he pensado mucho en aquellos días, y me he imaginado cómo debería de sentirse cuando yo, estando ella enferma, me empeñaba en no irme a la otra cama. Sé que lo debía de pasar mal, pero nunca se quejó; al contrario, no le importaba que yo, como niña que era, no tuviera cuidado, y muchas de esas noches ella no pudiera dormir, porque como mejor dormía yo era abrazándola, y en su estado la perjudicaba.

Escribir de mi abuela, de sus cosas, de su ánimo para todo, es algo que me encanta; a pesar de los años que hace que la perdí, a mí me parece estar oyéndola y viéndola a todas horas. Podría contar infinidad de anécdotas

protagonizadas por las dos, pues el tiempo que pasé junto a ella fue largo (varios años). Pero no creo que pudiera expresar todo el sentimiento y cariño que tuve por ella. Por eso quiero, en esta etapa de mi vida, sentir esas vivencias que en su día compartí con ella. Para ti mi recuerdo, para ti mi cariño, para ti todo mi amor; porque estés donde estés, tu espíritu está conmigo, me protege y me enseña a ser cada día mejor, *mejor ABUELA*. Te quiero, no me dejes nunca.

MI MADRE HA MUERTO

—¡Vamos, de prisa, échate para allá!

Me volví y vi aquellos ojos enrojecidos a punto de echar fuego. Desde el asiento de atrás, Fidel me interrogó con la mirada.

—Es mi marido —dije yo.

No había necesidad de decirlo. Mis compañeros de trabajo le conocían, pero no tanto como para comprender su comportamiento. Juan, el otro compañero que estaba conmigo en el coche, me preguntó si le cambiaba el sitio; le dije que no, que siguiese donde estaba, y que pusiera en marcha el coche. Así lo hizo, y nos fuimos a buscar su automóvil, lo tenía en un aparcamiento lejano a nuestro punto de reunión.

Hicimos el recorrido en silencio. A través del espejo retrovisor veía la cara de mi marido, había empujado a Fidel y se había sentado de manera que le quedara claro a mi compañero que él era el dueño de aquel coche. Juan conducía despacio, mirando de reojo a mi marido, para después fijarse, aunque con disimulo, en mí. Sabía muy bien del carácter celoso de este, así que cuando me miraba siempre lo hacía con cuidado, y más

en ese momento. Lo que yo no llegaba a comprender era la presencia de Jacinto, mi marido, en la puerta del restaurante. Ahora entendía por qué me había preguntado Fidel si mi marido iba a comer también allí, en el mismo restaurante. Le dije que no; que si bien era verdad que solía ir algunas veces con el jefe, hasta donde yo sabía no tenía previsto ir hoy. ¿Qué estaba haciendo allí?

Fidel había insistido en que le parecía haberle visto, yo le había dicho que se equivocaba; si hubiese ido me habría saludado. No, estaba segura de que Fidel se había equivocado. Ahora estaba claro que él no era el equivocado, la equivocada era yo. Pensarlo me dio miedo, porque si no me había saludado no era porque no me hubiera visto, lo había hecho porque tenía algún motivo. Y ese motivo era hacer lo que estaba haciendo: demostrar que no podía ocultarle nada. Él era así, pero nunca había llegado tan lejos; hasta ahora se había limitado a dar el espectáculo en la intimidad del hogar. Así que el miedo que yo sentía estaba más que justificado. Algo había pasado, sí, eso tenía que ser, algo grave, y no se había atrevido a decírmelo; seguro que estaba esperándome a la salida, y al ver que mis compañeros me acompañaban se sintió ofendido, sobre todo cuando vio que el que conducía el coche era Juan. ¿Qué habría pensado cuando le vio subir al asiento del conductor? Desde luego, no lo que era. Juan me había pedido conducir aquel coche tan grande; claro que si yo hubiese sabido que mi marido

estaba allí no se me hubiese ocurrido dejarle conducir, pero... ¿Qué había de malo en dejar que mi compañero condujese el coche? Para las personas normales, desde luego nada; pero a estas alturas de vida en común yo debería saber que para él las cosas normales no lo eran tanto.

Llegamos al aparcamiento. Los compañeros se apearon del coche, y se despidieron con un «hasta mañana». Yo me pasé al asiento del conductor, y él, después de echarles una mirada asesina, se pasó al asiento del copiloto, y mirándome de igual manera que a ellos me dijo:

—Ve a la general, vamos a Madrid.

—¿A Madrid, para qué? Otra cosa, ¿se puede saber a qué ha venido la escenita?

—Eso te pregunto yo a ti, ¿a qué ha venido que tu compañero conduzca tu coche? Mejor dicho, mi coche.

—No ha venido a nada; simplemente Juan me preguntó cómo se conducía un coche tan grande, y yo le he contestado: «pruébalo». No creo que eso sea motivo para que tú te pongas como te has puesto.

—Yo me pongo como me da la gana, ¿te enteras? Además, no sé por qué tienes que ir a comer con un cliente para hacer lo que sea que haces en el trabajo.

—Mira, lo que tú pienses me da igual. No estoy haciendo nada malo, forma parte de mi trabajo, y no es la primera vez; así que ya me contarás.

Se quedó callado, pero yo sabía que aquello no había terminado. Seguí conduciendo hacia la carretera general.

No tenía idea del porqué de este viaje a Madrid, así que armándome de valor se lo pregunté. La contestación me dejó sin habla.

—Mi madre se ha muerto —me dijo.

No podía creer que eso fuese verdad... No, aquello no era verdad. ¿Pero sería capaz de una broma así?

Seguí insistiendo:

—¿Es verdad lo de tu madre?

Pero no me contestaba, y yo no sabía qué hacer. Cuando estábamos a punto de incorporarnos a la carretera me miró, con aquella mirada que me infundía terror, y me dijo:

—¡Párate ahí!

Obedecí, no me quedaba otra. Durante unos minutos siguió callado, mirándome, y por primera vez sentí que aquel hombre, al que yo un día había querido, y mucho, era un extraño. Dudaba de si alguna vez él había llegado a quererme; a lo largo de nuestra vida en común había habido muchos desencuentros, muchas peleas que habían terminado con un «lo siento» por parte de él, pero aquello ...

—¿Me puedes decir de una vez qué pasa? Sé que la muerte de tu madre es una mentira, no me puedo creer que hayas sido capaz de decir una cosa así...

—Efectivamente, mi madre no se ha muerto. Posiblemente te hubiese gustado que fuese verdad, pero no lo es.

—No dices nada más que tonterías, ¿Por qué me iba a alegrar la muerte de tu madre? A mí, que esté muerta o viva me es indiferente.

—No te cortes y di la verdad, tu no tragas a mi madre.

Aquello era verdad; pero no justificaba lo que me había dicho. No era que yo no tragase a su madre; realmente, si la tenía manía era por él. La mayoría de las broncas que teníamos se debían a ella: «Mi madre me ha dicho», «mi madre lo hace así», «mi madre», «mi madre...». Pero ese era otro tema. No toda la culpa de nuestras broncas la tenía su madre; claro que ayudaba, pero ese no era el tema. El tema, muy grave por cierto, era su presencia en el restaurante y su entrada a la fuerza en el coche. ¿Qué le había pasado para obrar de esa manera? Al final me lo contó.

—Esta mañana te has ido muy contenta de casa, y te has arreglado más que de costumbre. Cuando te he preguntado que si había alguna fiesta para que te emperifollases tanto, me has contestado que no, que era cuestión de trabajo.

—Y eso era, cuestión de trabajo. ¿No me has visto con los compañeros?

—Sí, sí que te he visto. También he visto cómo los mirabas, a ellos y al otro tipo que estaba con vosotros, ¡que no me la das! Te traes algo entre manos, y como te coja en un renuncio la vamos a tener y muy gorda.

Siempre igual. «¡Como te coja en un renuncio...!». En otras ocasiones había hecho oídos sordos a esa frasecita, pero ese día no, ese día estaba muy enfadada, tanto que me daba igual lo que pasase después. ¡Me daba igual!

Puse el coche en marcha, pisé a fondo el acelerador y salí a la carretera como loca. Sabía que él me hablaba por el movimiento de sus labios, pero no le oía; solo tenía ojos y oídos para la carretera. Sujetaba el volante como si alguien me le fuese a quitar.

—¿Estás loca? Nos vamos a matar. ¿Eso es lo que quieres?

No, no quería matarme. ¿O sí? En esos momentos realmente no sabía lo que quería; en el fondo, lo que mi ser estaba pidiendo a gritos, era un cambio, un cambio de vida. No podía seguir con aquella zozobra, siempre con miedo a decir algo que no le gustase. Y no es que este comportamiento fuese nuevo en él; prácticamente había sido así desde el principio de nuestro matrimonio. Yo esperaba que con el tiempo cambiase, pero no lo había hecho. Bueno, sí, sí que había cambiado; pero a peor. Ahora las broncas eran más frecuentes y la mayoría de las veces sin motivo. Me decían, todos aquellos que me querían, que no debería de aguantar ese trato, que yo valía mucho para dejarme avasallar de esa manera, que... ¡Tantas cosas! Pero yo seguía esperando un milagro, y así había dejado pasar el tiempo.

El sonido de un claxon me devolvió a la realidad. Miré fijamente a los coches de mi alrededor; no solo estaban tocando el claxon con furia, sino que me hacían señas con las manos, no muy bonitas por cierto, y aquellos que llevaban las ventanillas bajadas me llamaban loca. En cambio, mi marido estaba callado. Le miré de reojo y comprobé que su silencio se debía al miedo que estaba pasando. Aflojé la marcha y pensé, ahora con más claridad, en todo lo sucedido aquella tarde; a lo mejor aquel suceso era la solución a mis dudas. Vi que tenía poder sobre él; claro que si se había callado era por el miedo que tenía a morir. Pero no estaba mal, por algo había que empezar. Reduje la marcha y me coloqué en el carril de la derecha. No pensaba llegar a Madrid, así que en el primer desvío crucé y volví atrás.

Él seguía sin hablar, pero ya me daba igual; le había perdido el miedo, y había tomado una decisión: no iba a consentir más insultos, no iba a dejar que me humillase más. No sabía cómo lo haría, pero lo haría. Una persona que para hacerte sentir mal es capaz de utilizar, como medio, la muerte ficticia de una madre, es capaz de todo, con tal de hacerte daño.

Ahora solo tenía que pensar en el modo de hacer posible esa decisión. No podía tardar mucho en encontrarla, pues el susto de la carrera no le iba a durar mucho. Claro que, bien mirado, esta sería una solución;

pero había un inconveniente: si teníamos un accidente podría salir yo malparada, y no era esa mi intención.

Cundo llegué a casa y le conté a mi madre lo ocurrido, esta puso el grito en el cielo. No por él, a ella le daba igual lo que le pasase; temió por mí, porque no sabía si llegado el momento, con tal de terminar con el suplicio, no sería capaz de lanzar el coche y salir los dos volando. Le pedí que no pasase cuidado, que eso precisamente no era lo que pensaba hacer. Tampoco quería que a él le pasase nada. «Yo lo único que quería era ser viuda», le dije. Mi madre me miró, quizás creyera que me había vuelto loca «¡Que no le pase nada, pero que yo sea viuda!».

—Mi hija se ha vuelto loca, pero bendita locura si esta sirve para reaccionar.

Reaccioné, vaya si reaccioné; pero esa es otra historia.

MORIR DE AMOR

La luz del día entraba por la ventana, estaba amaneciendo, y María pensó que ya era hora de levantarse. Lo intentó, pero no tenía fuerza para ello; lo volvió a intentar, pero nada. Bueno, esperaría, su hija no tardaría en ir a ver cómo había pasado la noche. Buscó descansar, ese día se sentía peor que otros, y sobre todo más débil.

Mientras esperaba pensó en su hijo. El dolor se hizo más intenso, si es que eso era posible. Hacía un mes que había sido enterrado, y desde ese día había dejado de comer, de tomar sus medicinas. Apenas dormía, así que las pocas fuerzas que le quedaban se le habían agotado en ese último mes. Su hija intentaba que comiese algo, le daba sus medicamentos; pero ella se resistía y no había manera de que cambiase de opinión, el recuerdo de su hijo era constante y estaba decidida a no sobrevivirle.

«¿Cómo creen que me voy a olvidar?», se preguntaba.

No podía. Es verdad que le quedaban cuatro hijos más, bueno, cinco; ella era madre de seis, aunque a una no la hubiese dado la vida.

Los recuerdos se agolpaban. Las caras de sus hijos pequeños le parecían tan cercanas... no era posible que

hubiesen pasado tantos años. Pero así era. Ella ya había cumplido setenta años, y su hijo más pequeño pasaba de los cuarenta; así que ya habían pasado años desde que jugaban, reían y lloraban. Muchos años, muchos; pero ese día ella lo recordaba como si hubiese sido ayer.

Al fin se quedó dormida, aunque los pocos minutos que duró el sueño se convirtieron en una pesadilla.

Se vio joven, mirando a una niña pequeña. No era suya, pero la quería como si lo fuese. Durante unos años había sido su madre, y no se imaginaba la vida sin ella. Era muy joven entonces y tenía novio; cuando llegó el momento se casó. El nacimiento de su primera hija no hizo que dejara de querer a «su niña», y para ella la que acababa de nacer pasó a ser la segunda; esto la trajo con el tiempo bastantes quebraderos de cabeza. Cuando la recién nacida creció no pudo evitar los celos que le provocaba el cariño que su madre sentía por aquella niña que no era su hermana; pero eso vino con el tiempo. De momento, sus hijas se querían mucho y ella era feliz.

La vida continuó y nacieron cuatro hijos más. Tenía grandes problemas económicos: el jornal del marido era escaso; eso cuando lo había, pues trabajaba en el campo y cuando llovía no se podía trabajar. Pero más que los problemas económicos, lo que a ella le preocupaba era «su niña». ¿Cuándo se la quitarían? Porque era seguro que se la llevarían con el tiempo. Su madre biológica ya lo bahía intentado en varias ocasiones. Pero siempre

volvía: la niña no dejaba de llorar, echaba de menos a su «tata» y a su abuela; la madre no soportaba verla llorar y la devolvía al pueblo. En esos momentos ella se sentía muy alegre, pero sabía que un día se iría y ya no volvería. Por mucho que llorase, se quedaría con su madre; era ley de vida: lo que te prestan, has de devolverlo.

Y llegó el día. La vio partir desde la casa. No se sentía con fuerzas para ir a la estación; ya solo la vería cuando tuviera vacaciones: por la edad que «su niña» tenía, sería lógico que su madre la pusiese a trabajar; así que lo dicho, solo en vacaciones.

Con su pena a cuestas continuó con su vida, cuidando a los que estaban con ella, pensando en la que estaba ausente. Su salud se resintió. Desde muy joven había estado peregrinando de médico en médico; cada día le salía algo nuevo. Su mesilla de noche parecía una botica. Soportaba sus males con gran entereza; solía decir que los males y ella ya eran como de la familia.

Su vida se iba apagando poco a poco. Cuando la veías parecía que siempre estaba igual, no se le notaba la enfermedad en la cara, pero por dentro se estaba consumiendo. La mantenía en pie su fuerza de voluntad. Así había sido hasta aquel día, aquel triste día en que uno de sus hijos, uno de los pequeños, le dijo que ya tenía los resultados de las pruebas médicas. Ella sabía que a su hijo le estaban viendo especialistas; pero no se imaginaba que la cosa fuese tan grave. Y era grave, vaya si lo era. Cuando

su hijo dijo aquella palabra, fue como si le hubiesen dado una bofetada. Ella no era muy lista, pero lo que quería decir esa palabra lo sabía muy bien. No quería creérselo. Se había pasado casi toda su vida enferma, ¿cómo era posible que un hijo suyo que siempre había estado lleno de salud se fuese morir antes que ella? Eso sí que no, no lo podría soportar.

Durante el año que duró la enfermedad, coincidieron los dos dándose eso que se llama *quimio*. A ella se lo habían detectado antes; pero como le dijeron los médicos, era posible que como era mayor su enfermedad evolucionase más lentamente que la de su hijo. Fue capeando el temporal, unas veces con esperanzas y otras con desesperación. Pero como le veía vivo y más o menos bien, llegó a creer que a lo mejor los médicos se habían equivocado y salía de esa.

Pero no fue así; y cuando murió, como había pensado cuando supo la noticia, no lo soportó. Ella no podía sobrevivirle, no era justo. No pudo ir al hospital a despedirle, no se sentía con fuerzas para andar, y por otro lado no podía soportar ver cómo se iba apagando.

Su abuela había perdido a cinco de sus nueve hijos. Nunca lo superó. Solía decir que una madre no debería sobrevivir a un hijo. Pensó que su abuela tenía razón, siempre lo había creído así, así que decidió que no lo iba hacer. No tendría tiempo de llorar su muerte; desde luego, no mucho.

La casualidad hizo que su hijo muriese el mismo día que cumplía años, y desde aquel momento supo la manera de no sobrevivir: no lucharía más por su vida. Sabía cómo conseguirlo: solo tenía que «dejar de hacer», o lo que es lo mismo, no hacer: no tomaría más medicinas, no comería, dormiría lo menos posible. De esta manera, sabía que su naturaleza no aguantaría mucho.

Después de un mes de observar esta conducta, estaba tan débil que apenas se aguantaba en pie. Se levantaba si su hija la ayudaba; si no se quedaba en la cama pensando.

Aquella mañana se sintió peor que otros días. Los recuerdos se agolpaban en su cabeza con más fuerza que nunca, y sintió que ese sería «el día». Cuando su hija la vio, llamó al médico; y cuando este llegó la mandó rápidamente al hospital. Ella lo tuvo claro: por fin había llegado «el día».

Murió esa misma noche. Había sobrevivido a su hijo apenas un mes. Cumplió lo que había prometido: no seguir viviendo después de la muerte de un hijo. No era justo.

Toda la vida había luchado contra las normas, contra la injusticia; sí, contra la injusticia de tener que obedecer y seguir por encima de todo al marido, «¡porque los hombres siempre tienen razón!», le decían cuando ella se quejaba. Y había capeado el temporal, y había conseguido hacer aquello que creía que debía hacer.

Pero la muerte no la pudo capear; o mejor dicho, no la quiso capear. Murió como vivió: haciendo lo que ella creía que era justo.

Dicen que no hay cariño que se pueda comparar al de una madre. Puede que en algunos casos no sea así, pero en esta ocasión sí.

Cuando sus hijas acudieron a la consulta que su madre tenía concertada con el especialista, le explicaron que había muerto. Este no lo podía creer.

—¿De qué? —preguntó.

—De qué va a ser —contestaron ellas—. Usted sabe que estaba enferma, y ya no aguantó más.

Pero cuando le dijeron que había sido al mes de morir un hijo, él lo tuvo claro.

—Su madre no ha muerto de la enfermedad que padecía. Su madre se ha dejado morir.

NO TE PONGAS LUTO

Vestida de negro y con un rosario en la mano llegó a su casa. Sacó su llave del bolso, abrió, y con mucho respeto entró. Se quedó parada en el zaguán, sin atreverse a encender la luz; con la poca claridad que aún entraba por las ventanas, consiguió llegar al comedor. Se sentó en una silla. No en una silla cualquiera: se sentó en «su silla», en la de él. Y empezó a llorar. Hacía mucho que no lloraba, no quería que él la viese; pero ahora no estaba: se había ido para siempre. Así que podía llorar todo lo que quisiera. Y lloró, y mucho.

Cuando ya lo hubo hecho se secó las lágrimas, se levantó de la silla, la de él, se fue a la cocina, se preparó un café y después, ya serena, salió a la terraza. Quería que el aire del otoño, la estación del año preferida de él, le diese en la cara y terminase de despejar su mente. Tenía muchas cosas que hacer antes de enfrentarse a su nueva vida, una vida que ahora le parecía difícil de vivir; pero con la ayuda de él, seguro que lo conseguía. No había sido muy creyente; pero ahora necesitaba creer en algo para poder seguir adelante.

El resto del día lo pasó ordenando las cosas que habían quedado esparcidas por toda la casa. No era una maniática de la limpieza, pero tampoco le gustaba que la casa estuviera como una leonera. Cuando por fin quedó todo a su gusto cenó (algo ligero, no tenía hambre), y se fue a la cama. Presentía que a pesar del cansancio no iba a poder dormir, así que cogió un libro. No tenía ganas de leer, pero era lo único que la relajaba, y necesitaba el sueño.

Tardó en dormirse, y cuando lo consiguió no fue un sueño reparador. Veía a su marido continuamente: unas veces vivo, riendo y jugando con los niños; otras, la mayoría, muy enfermo, muriéndose. Ella no podía dejar de llorar, y él la consolaba. Por fin despertó. Se sentó en la cama y paseó su mirada por la habitación. Buscó a su marido, y cuando no le encontró se dio cuenta: él ya no volvería a darle los buenos días, él se había ido para siempre, él solo estaría en sus pensamientos. Tardó en comprender, pero comprendió; comprendió que estaba sola, que tenía que organizar su vida sin su presencia. Cuando llegó a este punto se miró en el espejo del armario, aquel espejo en el que había visto reflejada la figura de él, diciéndole: «No te mires más, estás guapa te pongas lo que te pongas». Después llegaba hasta ella y le daba un beso. Ahora, cuando se mirase en el espejo, no le vería. No le vería con los ojos abiertos; pero lo haría con ellos cerrados.

Abrió el armario. No sabía qué ponerse. En el funeral había vestido de negro, pero ahora no estaba segura de ponerse el mismo vestido. Recordaba las veces que le había oído decir que no le gustaba que la gente fuera de luto. Además, según él, el luto se llevaba en el corazón, no en la ropa. Lo que había que hacer era portarse bien en vida. Eso era lo que su Alfredo decía siempre que veía a alguien con el dichoso luto. Pero no acababa de decidirse. En su familia se seguía llevando la ropa negra durante bastante tiempo. Pensaba que si no lo hacía la iban a criticar; pero si lo hacía se sentiría mal cuando se acordase de que a él no le gustaba. Por fin se decidió, y se puso una falda azul marino y una blusa coral, que había sido el último regalo que le había hecho en su cumpleaños. A ella le había parecido un poco juvenil, pero a él no. Solo se la había puesto una vez, el día que se la regaló, y fue a regañadientes. Ella quería guardarlo para alguna ocasión especial.

—¿Mejor ocasión que salir a cenar con tu marido?
—preguntó él. Y como tenía razón, la estrenó.

Volvió a su espejo. La verdad es que aquel conjunto le quedaba muy bien, así que se animó. Tanto, que lo siguiente fue pintarse un «poquito» los labios, y otro «poquito» los ojos. Se miró y requetemiró; se encontró guapa, pero a la vez culpable. ¿Qué dirían las vecinas cuando la vieran? Seguro que murmurarían: «Anda esta, y decía que quería mucho a su marido». Esa sería la frasecita que su

vecina de al lado le diría a la de enfrente. Claro que también la criticaría si la viese enlutada: «¡Hija, por Dios, si pareces una vieja!». Así que lo mejor sería hacer lo que le pareciese bien a ella, y punto.

Cuando salió, por fin, María cerró la puerta con mucho cuidado. No quería que la oyesen las vecinas, no le apetecía hablar. Pero cuando llegó al portal entraba precisamente la criticona. «¡Vaya por Dios, tenía que ser ella!». Fue un milagro que los pensamientos no se convirtiesen en voz, le costó trabajo dejarlos en su mente, pero lo logró. Saludó a su vecina, le dio las gracias por su preocupación y aligeró el paso para que ella no pudiera hacer más preguntas que las imprescindibles:

—¿Cómo has pasado la noche? Le echas mucho de menos, ¿verdad? Poquito a poco, hija, poquito a poco, sabes que si necesitas algo estoy aquí, y...

«¡Señor, qué pesada! Ya podría meterse en sus asuntos y dejar a la gente en paz, ¡como si yo no supiese lo poco que le importa mi pena! ¡¡Cotilla, más que cotilla!!».

Siguió refunfuñando por el camino hasta llegar al domicilio de sus padres; la madre, al verla hablando sola, se imaginó que algo la debía de haber enfadado.

—Qué poco aguante tienes, hija —le dijo.

«Y ahora menos», pensó ella.

—¿Qué tal has pasado la noche? Le dije a tu padre que tenías que haberte quedado aquí, así no se te habría hecho tan dura.

—Qué más da. Alguna vez tendría que ir a mi casa, y es mejor hacerlo cuanto antes.

—Está bien, haz lo que quieras, como siempre. No cambiarás, siempre haces tu voluntad.

María se había librado de sus vecinas, pero no pudo hacerlo de las de su madre. Tuvo que atenderlas a todas. No tenía ni pizca de ganas, pero no quería disgustar a su madre; y sabía que si no las escuchaba ella se enfadaría. Cuando salió de casa iba con idea de volverse pronto, no pensaba quedarse a comer; pero tuvo que quedarse porque se había hecho tarde y su madre le tenía la comida preparada. Se resistió un poco, pero al ver que su padre también se lo pedía se quedó. Después de la comida llegó el café, y después del café llegaron sus hermanos; así que cuando María por fin se fue a su casa era casi de noche. Su madre había insistido en que se llevase algo de cena, pero le dijo que no, que no tenía hambre, y que si acaso le entraba a última hora ya se haría algo.

Cuando llegó a su domicilio se encontró con su famosa vecina, que le volvió a preguntar cómo se encontraba; le contestó que estaba bien pero con mucho sueño, y que estaba deseando subir a casa para acostarse. Se despidió, dejando a la mujer con ganas de hablar; pero no le hizo caso.

Al entrar en su casa estuvo a punto de llamar a Alfredo y decirle que ya había llegado. ¡Cuánto le echaba de menos! Pero solo fueron unos minutos. Estaba claro

que no iba a dejar de pensar en él, pero teniendo presente que no estaba allí; sí en espíritu, pero no en cuerpo. Así que lo mejor que podía hacer era admitirlo cuanto antes. Fue derecha al dormitorio, volvió a mirarse en el espejo, le gustó lo que vio, y creyó oír la voz de Alfredo con la misma frase de siempre:

—No te mires más, estás guapa te pongas lo que te pongas.

Cuánto le gustaría volver a oír esa dichosa frase. Pero no podía; así que de ahora en adelante, cada vez que se mirara al espejo, tendría que imaginarse la escena.

Cuando estaba a punto de irse a la cama pensó que esa noche, en vez de leer como siempre, miraría las fotos de su vida. Hacía mucho tiempo que no las veía, y esa noche le apetecía. Sacó del armario una caja de madera. Era muy antigua; se la hizo su abuelo cuando era muy pequeña, para que guardase sus tesoros. Con los años aquella caja dejó de tener sus piedrecitas de colores, sus cromos de las princesas de cuentos, sus cositas, como ella decía. Para los mayores eran tonterías, pero para ella eran eso, sus tesoros; ahora esos tesoros se habían convertido en sus recuerdos, porque en ella guardaba toda una vida. Abrió la caja y cogió uno de los dos álbumes de fotografías, pero lo dejó otra vez en su sitio: no era ese precisamente el que quería ver en ese momento. Aquella noche sentía la necesidad de recordar toda su vida, así que empezaría por lo más lejano, y también lo más triste;

después, si le quedaban fuerzas, vería las fotografías del otro. Quería quedarse con el recuerdo de sus días felices.

La primera fotografía que vio fue la de Tomás. Él había sido su primer amor; desde el primer momento de la relación las amigas le habían dicho que no le convenía, que no era una buena persona, que estaba demasiado enmadrado, que a la madre no le iba a gustar como nueva porque no estaba a su altura. Pero María no hizo caso, estaba muy enamorada y no creía nada de lo que le decían. Llevaban dos años de noviazgo cuando se quedó embarazada. Al principio lo llevó muy mal, porque no sabía cómo se lo tomarían sus padres. Cuando se lo contó a su mejor amiga, esta le aconsejó que abortara; pero María le dijo que no, que pasase lo que pasase tendría al niño. No hubo manera de hacerla cambiar de opinión, y cuando ya no podía ocultar su estado se lo contó a sus padres; estos, como era de esperar, no lo aceptaron de buena gana, pero cuando se les pasó el disgusto decidieron apoyar a su hija. Preferían que el niño naciera; no iba con ellos eso de abortar. La que no lo aceptó, ni de buena ni de mala gana, fue la madre de Tomás, que juró que haría todo lo posible para que su hijo no se casara con María. Pero no lo consiguió, porque cuando Tomás volvió del servicio militar dejó claro que se casaría con su novia, quisiese su madre o no.

No les dio tiempo a hacerlo antes del nacimiento de la niña, porque esta nació a los siete meses de embarazo.

La comadrona les dijo que posiblemente no viviese mucho, pues no estaba formada; pero María y su familia ya se habían hecho a la idea de tener este nuevo ser con ellos, e hicieron todo lo posible porque siguiese con vida. Aun así no fue posible, y a los dos meses la niña murió; esto alegró, en parte, a la madre de Tomás, que pensó que al no tener obligación su hijo no se casaría. Pero se equivocó: al mes de la muerte de la niña, en una ceremonia sencilla, Tomás y María se casaron.

Al principio todo fue bien, pero pronto llegaron las desavenencias. Habían cometido el error de aceptar la invitación de la madre de Tomás para ir a vivir con ella hasta que encontraran una vivienda asequible. A los padres de María no les gustó la idea, pero como su casa era muy pequeña no los pudieron alojar. No les quedó más remedio que aceptar, pero sabiendo que aquello no acabaría bien. Y no acabó bien: al cabo de un tiempo, se plantearon el irse fuese como fuese. Una tía de María, que vivía sola, les ofreció compartir su casa por un pequeño alquiler. Aceptaron la oferta, nació su hijo, e intentaron hacer que aquel matrimonio funcionase. Fueron capeando el temporal, y unas veces bien y otras regular, llegaron a celebrar sus tres años de matrimonio. Para entonces María ya sabía que aquello no duraría para siempre, sobre todo después de que madre e hijo hicieran las paces. Tomás pasaba mucho tiempo con la madre, y cuando eso ocurría la bronca en casa estaba asegurada.

Las cosas llegaron muy lejos, porque la madre se empeñó a fondo para que aquel matrimonio se rompiese. Lo consiguió. Harta de aguantar, María le planteó la separación a su marido el mismo día de su cuarto aniversario. El matrimonio había durado cuatro años; algo más de los que quienes conocían a la pareja y a su familia habían dicho que duraría.

Cuando por fin estuvieron de acuerdo en la separación, el matrimonio pensó que no podían hacerlo en el pueblo (ya habían dado bastante que hablar), así que tomaron la determinación de irse de allí y se trasladaron a Madrid. La idea era que cuando llegasen a la capital cada uno tomaría un camino, lo cual de momento solo lo sabrían los familiares más allegados. Por medio de unos amigos encontraron un piso pequeñito, pero como la idea era que cada uno haría su camino, para uno u otro estaba bien, cuando se estableciesen ya verían. Y así lo hicieron, y una mañana, en el primer tren que pasaba por el pueblo, salieron hacia un destino que no sabían cómo sería; pero al menos para María sería bueno, porque no tendría que aguantar a su suegra.

Madrid causó una gran impresión en María, que apenas había salido del pueblo, y cuando lo hizo fue para ir al pueblo de al lado, que era más o menos como el suyo. Sus amigos estaban en el andén, los esperaban impacientes, sobre todo Rosa; ella y María habían sido muy buenas amigas y la echaba de menos. Después de los saludos

fueron a la casa de los amigos, descansaron un poco, y luego se dirigieron a su nuevo domicilio. A María le pareció pequeño, comparado con la casa de su suegra aquello era un cuchitril; pero pensando en que no tendría a esta cerca se animó. Además, como solo estarían poco tiempo, decía su amiga que la casa estaba alquilada con muebles. Aunque la verdad es que muebles no había muchos, apenas lo imprescindible; pero esto tampoco le importó a María: ya se irían comprando. Lo peor era que solo eran dos dormitorios. Esto le preocupó, pues lo que menos le apetecía era dormir con su marido; pero no tuvo que hacerlo, porque en uno de los dormitorios había dos camas, así que decidió que allí dormirían ella y su hijo. Se despidieron de los amigos quedando, en que para el día siguiente comerían juntos y hablarían de trabajo. Manuel le dijo a Tomás que tenía un puesto en su empresa, pero que ya lo hablarían; por el momento, lo que tenían que hacer era descansar, pues el viaje había sido muy largo.

Aquella primera noche en Madrid la pasó María en vela. Su marido tenía claro que no se iría al dormitorio grande, y lo aceptó; ya habría tiempo de cambiar aquella situación, si es que había que cambiarla. Cuando Tomás se levantó, su mujer ya había preparado el desayuno, cosa que le extrañó, pues sabía que en la casa no había nada de comida. María le explicó que se había levantado temprano y había ido a comprar a una tienda cercana, se lo había dicho Rosa la noche anterior. Después de desayunar

y ordenar la casa, el matrimonio habló de lo que iban a hacer en el futuro inmediato. María hizo hincapié en el tema de la separación y en la necesidad de contárselo cuanto antes a sus amigos; la respuesta de Tomás la sorprendió: según él, no corría prisa. Primero había que encontrar trabajo, y después, viendo cómo se iban desarrollando las cosas, ya se vería. María oía a su marido y no acababa de entenderle. Para ella la cosa estaba clara: la separación tenía que ser el principal objetivo de su viaje. Así lo habían decidido en el pueblo, y no estaba por la labor de cambiar de opinión. Pero como su marido seguía en sus treces, ella comprendió que le iba a ser difícil llevar a cabo su deseo de separar su vida definitivamente de él.

Pasaron el día con sus amigos haciendo planes. Después de informar a Tomás del trabajo que tenía que realizar estuvieron dando un paseo por el barrio. María estaba contenta con la zona, había un mercado cerca y muchas tiendas. También había un colegio al lado de su casa, no podía pedir más. Pero no todo era alegría: su marido no les dijo la intención que tenían, y esto no la sentaba bien, porque se daba cuenta de que Tomás iba muy en serio cuando le dijo que de momento no habría separación.

Tomás empezó a trabajar a los pocos días. María se iba haciendo a su nueva vida; las cosas parecían ir mejorando, pero no las tenía todas consigo. No entendía el

cambio de su marido. Llegó a pensar que posiblemente, la influencia de su madre era la causante de su comportamiento; pero no se hacía ilusiones, y en la primera oportunidad que tuvo de hablar a solas con Rosa le contó la verdad del viaje. Su amiga no daba crédito a lo que oía, pero cuando María le pidió que la ayudase a encontrar un trabajo para ella, lo tuvo claro: iba muy en serio. Intentó hacerla ver que con el sueldo de su marido podían vivir bien y no era necesario que trabajase; aparte de que el único trabajo que podría encontrar sería de asistenta, y para ponerse a fregar siempre tendría tiempo. María no cejaba en su empeño, ella quería trabajar, porque aunque era verdad que la relación con su marido en ese momento estaba bien, no tenía muy claro que esto continuase. Rosa terminó por ceder y le prometió que estaría atenta por si oía a alguien preguntar, pero siguió insistiendo en que con el sueldo del marido no tendría necesidad trabajar. Además, Manuel había visto lo bien que trabajaba Tomás, y en cuanto pudiera le daría horas, que para eso Manuel era el capataz, y ayudaría a sus amigos.

La vida continuó. María, con sus deseos de trabajar; y su amiga llevándole la contraria. Por eso, un día que, estando en la tienda, le preguntaron si sabría de alguien para hacer unas horas, ella contestó enseguida:

—Yo estoy buscando trabajo.

Y así fue como, por fin, consiguió lo que estaba deseando: un trabajo. No era demasiado, pero por algo

había que empezar. Al principio a Tomás no le gustó la idea, pero se fue acostumbrando; era un sueldo más. En cuanto a su hijo, como todavía no había empezado el colegio, los primeros días Tomasín se quedaba con Rosa; pero cuando comenzó el nuevo curso ya no tuvo que quedarse con nadie: su madre le llevaba cuando iba al trabajo y le recogía a la salida. Así, poco a poco, fueron transcurriendo los días. Los cambios no eran muy significativos, y María se fue relajando. Cuando escribía a sus padres lo hacía con optimismo, porque en su interior se estaba asentando la idea de un futuro con Tomás; había veces en que se imaginaba que se harían viejecitos el uno al lado del otro.

Pero estos sueños empezaron a desaparecer cuando su marido cambió su rutina diaria. Algunos días llegaba muy tarde a casa, según él porque se quedaba a «echar horas». Esta excusa le sirvió poco tiempo, hasta que María le preguntó que cómo era posible que trabajando más horas llevase menos dinero a casa. Tomás le dijo que el jefe había dicho que estaban pasando una mala racha, así que de momento tendría que pagar menos por las horas. Naturalmente esto no convenció a María, y como Manuel era el capataz de la obra, decidió hablar con él. A Manuel le sorprendió aquella noticia; no era verdad que hubiese bajado el precio de las horas, como tampoco era verdad que Tomás trabajase más. Por el contrario, hacía algunos días que no se quedaba después

de la jornada normal, según él porque quería estar más tiempo con la familia.

Esta revelación le dio qué pensar. ¿Qué se traería entre manos? Estaba claro que no era nada bueno; pero no sabía qué hacer. Por un lado, Tomás era amigo suyo desde niño; pero a María también la conocía desde pequeña. Decidió hablar con su mujer y saber qué pensaba ella. A Rosa no le extrañó demasiado la noticia después de lo que le había dicho su amiga; no se lo contó a su marido porque quería esperar. Si las cosas estaban así de mal, no tardarían en saber la decisión que su amiga tomaría.

La situación entre María y Tomás se iba haciendo cada día más tensa. Ella tenía claro lo que estaba pasando. Estaba decidida a presentar la demanda de separación y romper un matrimonio que apenas le había traído algunos momentos de felicidad, pero no sabía cómo hacerlo; aparte de sus amigos, no conocía a nadie en Madrid que la pudiera asesorar. La solución le vino de la mano de una vecina que sabía de sus problemas, no porque María se lo hubiese contado, sino porque como las paredes del piso eran tan finas los había oído discutir, y después de varias «discusiones» comprendió el significado de estas.

—Me vas a perdonar si me meto en tus asuntos, pero como os he oído sé por lo que estás pasando. Así que te voy a decir cómo puedes arreglar tu situación.

María no contestó, solo la miró, pero con su mirada dio a entender que estaba de acuerdo con aquella intromisión.

—El otro día vi a una amiga y me contó que se había divorciado. Bueno, divorciado no, porque ya sabes que en España no existe el divorcio, pero sí la separación. Le pasaba lo mismo que a ti, que no sabía cómo hacerlo; pero por casualidad, había oído hablar de unas abogadas que se dedicaban a ayudar a las mujeres que no tenían medios.

—¿Cómo a ayudar? Esto no lo entiendo.

—Pues es fácil: ellas te aconsejan, y si estás decidida a separarte te acompañan, y si no tienes dinero te llevan el caso gratis. No sé la dirección pero si tú quieres se lo pregunto a mi amiga.

María le dijo que sí, que lo hiciera, y en eso quedaron. Estuvo pensando todo el día en lo que le había dicho la vecina; era verdad que estaba decidida a hacerlo, pero aún le quedaban dudas. Claro que estas se disiparon aquella noche cuando Tomás llegó a casa. Era más pronto de lo que últimamente estaba haciendo, y esto la sorprendió; pero fue empezar a hablar y saber por qué ese día había cambiado su rutina: había recibido carta de su madre, y en ella le decía que estaba pensando en venirse a Madrid. Su hermana estaba casada, y su hermano pequeño ya tenía edad de trabajar, así que había pensado que lo mejor era buscar ese trabajo en la capital. De momento se irían con ellos, y más adelante ya buscarían un piso para ella y su hermano.

María no podía dar crédito a lo que oía, no entendía que su marido estuviera pensando en serio que ella lo iba a consentir. Cuando terminó de leer la carta, Tomás miró a su mujer esperando una respuesta.

—¡Tú estás loco, loco de remate! Si te has creído que tu madre y tu hermano van a venir a esta casa, lo llevas claro. Además, que sepas que he ido a ver a una abogada y va a presentar la demanda de separación; así que si quieres estar con tu madre y tu hermano, ya te puedes buscar una casa donde vivir.

Tomás se quedó callado mirando a María, y con una sonrisa que a ella se le antojó extraña, le dijo en tono desafiante:

—¿Y qué vas a alegar para que te den la separación? Por lo que yo sé, si no tienes una buena causa no hay separación que valga.

—Ya veo que estás enterado de que hay que tener motivos, pero yo los tengo: tú me engañas con otra, y además has faltado alguna vez que otra, más de un día, de tu domicilio. Que sepas que yo también estoy enterada; así que ya sabes: si quieres traerte a tu familia te vas buscando un sitio donde tenerlos, aquí no los vas a traer. ¿Te queda claro?

Le quedó claro. Tan claro, que sin pérdida de tiempo se buscó otro lugar donde vivir. No puso impedimentos a la hora de la separación; en realidad lo estaba deseando, pues «la otra» le estaba atosigando para que se

fuera a vivir con ella. La separación fue más lenta de lo que los dos hubiesen querido, las leyes eran lo que eran en aquella época, y no fue fácil. Pero por fin María quedó libre, libre para tomar decisiones sobre su vida.

Al principio fue duro, pues con el sueldo que tenía no era suficiente para todos los gastos que generaba el mantenimiento de una casa. El niño se hacía mayor, y cada vez necesitaba más. Pero no se acobardó ante estas dificultades, y con la tranquilidad que le daba el ser dueña de sus actos consiguió salir adelante.

Gracias a la ayuda de su vecina y de su buena amiga Rosa, María consiguió unir trabajo, cuidado de su casa y de su hijo. Pero cuando estaban próximas las vacaciones escolares se le planteó un nuevo problema: hasta ahora, como el niño se quedaba a comer en el colegio, su vecina y su amiga le cuidaban poco tiempo; pero si tenía vacaciones tendrían que cuidarle todo el día, y eso no le gustaba. No quería abusar de ellas. Pero tampoco podía dejar el trabajo, pues aunque su marido le prometió que le pasaría algo para su manutención, no lo hacía. Cuando se lo comentó a su amiga Rosa, esta le habló de una posible solución: su cuñada Pepa iba a trabajar los tres meses de verano a un hotel en Tenerife, lo pagaban bien, y además, si alguna se llevaba a sus hijos, tenían guardería. Esto le encantó a María, y le pidió que hablara con su cuñada para ver si era posible que ella pudiese ir.

Pepa estuvo encantada. La llevó a la agencia que gestionaba el trabajo y el viaje; y así fue cómo María se vio, de nuevo, afrontando un cambio en su vida. No sabía cómo le iría en esta nueva aventura. Subir a un avión le causaba respeto, pero estaba segura de que este cambio iba a ser para bien. Y con esa ilusión, una buena mañana se desplazó hasta Barajas. Pepa le iba indicando el camino. Ella estaba asombrada: conocía el aeropuerto por el NO-DO; al natural le resultaba más bonito, y sobre todo muy grande, comparándolo con una estación de tren. ¿Cómo sería el mar? También lo conocía por el noticiero, pero nunca había ido a una playa. Había tanto por descubrir...

Cuando por fin aterrizaron, María sintió una punzada en el corazón. Ahora que llegaba a su nuevo destino, dudaba; no tenía muy claro si había obrado bien. Pero ya no se podía hacer nada: el billete llevaba la fecha de vuelta para dentro de tres meses; si quería volver antes, no podría usarlo, y no tenía dinero para pagárselo ella, así que no le quedaba más remedio que aguantar. Con esta idea se dirigió, junto con su nueva amiga y su hijo, hacia el hotel donde residiría hasta que finalizara su contrato.

El primer día de estancia en la isla fue de locos: presentación y entrevista con el director, después con el encargado; este les dio a todos la bienvenida y les deseó que su estancia en aquel «maravilloso hotel» se les hiciese agradable. La siguiente reunión fue con la jefa de planta

a la que irían destinadas María y Pepa. Cuando todas las presentaciones fueron hechas, y adjudicadas las tareas que habían de realizar, pasaron al comedor, y allí se les dijo que tenían la tarde libre para colocar sus cosas y dar una vuelta por los alrededores del hotel. Por último reunieron a las madres que iban con niños, y les explicaron dónde estarían estos durante la jornada laboral. Y finalmente, el descanso.

Cuando madre e hijo estuvieron a solas en su habitación, María preguntó al niño que si le gustaba su nuevo hogar. Él no supo qué contestar. La madre insistió. Al final Tomásín dijo que todo era muy bonito, pero que él quería irse a su casa de Madrid. Como pudo, la madre le hizo ver que de momento eso no era posible; pero le explicó que allí lo iba a pasar muy bien, que tendría amiguitos nuevos, y que cuando volvieran tendría muchas cosas que contar. Más o menos convencido, el niño se durmió, y María pudo relajarse.

Tardó en dormirse, porque ella también tenía sus dudas; seguía estando preocupada por si aquella aventura no terminaba bien. Hizo todo lo posible por ser optimista, al fin y al cabo aquella aventura no era ni mejor ni peor que todas las que hasta entonces había tenido que vivir. Con este pensamiento y mirando la cara tranquila de su hijo, María se durmió.

Cuando a las siete de la mañana sonó el despertador, María tuvo el deseo de tirarlo al suelo y seguir durmiendo.

Pero estaba claro que eso no podía hacerlo, así que con mucha pereza se levantó y miró a la camita donde dormía su hijo. Por un momento dudó si despertarle o no; la cuidadora de la guardería les había dicho que si los pequeños no se despertaban, que no les obligasen: los podían llevar dormidos y ya se encargaría ella. Pero le despertó; no quería que el primer día pasase de la cama a la clase y la echara de menos. Prefería llevarle despierto para poder darle un beso antes de empezar su trabajo.

El primer día fue duro; María no estaba acostumbrada a trabajar con la rapidez que se exigía. Pepa iba a su encuentro cada vez que podía, y con su ayuda pudo terminar la tarea. Cuando llegó la noche estaba muy cansada, pero hizo todo lo posible por hablar con su hijo y preguntar cómo había ido todo. El niño estaba contento, le habían tratado bien y había hecho muchos amigos. Al preguntarle la madre si quería volver al día siguiente, él contestó contento que sí, que estaba muy a gusto allí. Además, la señorita les había dicho que los iban a llevar a ver el mar, y eso le hacía mucha ilusión. Aquella noche María durmió mejor; pensó que a lo mejor no había sido mala idea el haber hecho aquel viaje.

Los días se fueron sucediendo. María aprendió rápido, y cada vez hacía mejor su trabajo. Tomasín estaba muy a gusto con sus amigos; apenas se acordaba de los que había dejado en Madrid. Todo estaba tan bien, que

a veces a María le asustaba, temía despertar y ver que todo había sido un sueño. Pero no era un sueño.

«¡Qué rápido pasa el tiempo cuando se es feliz!», pensaba María. Pero el tiempo transcurre igual se esté como se esté. El contrato de trabajo estaba próximo a expirar, y esto la estaba amargando. Su cabeza siempre estaba dando vueltas. Quería encontrar un motivo para no tener que irse de allí; pero, ¿qué? ¿Qué podría ser?

Para acabar de rematar su desazón, recibió una carta de su amiga Rosa. Esto le extrañó, porque no la había escrito nunca: normalmente le mandaba besos y buenos deseos a través de su cuñada Pepa. Así que la llegada de dicha carta le resultó un mal presagio; y no se equivocó: su amiga le contaba que su marido había ido a su casa a preguntar por ella con la excusa de saber cómo estaba su hijo, cosa que no había hecho antes. Como Rosa se puso algo pesada con saber el motivo de ese interés repentino, Tomás terminó por contar el porqué de este interés: al parecer, su amiga le había dejado, pues desde que la madre y el hermano de Tomás llegaron del pueblo, las relaciones entre la pareja habían ido de mal en peor, hasta que harta de aguantar, su amiguita le dijo adiós. Entendía Rosa que ella tenía que estar enterada, para que fuese preparada.

Aquella noche María durmió mal. En cuanto pudo buscó a Pepa para enterarla de la carta.

—Ese hombre está loco —gritó Pepa al enterarse—. No creo que le consientas volver a tu vida.

No, María no estaba dispuesta a dejarle volver; pero sabía que se lo iba a poner muy difícil, sobre todo estando su madre de por medio.

Aquel día le costó trabajo centrarse en su labor. Su cabeza seguía siendo un molino, y a punto estuvo de dejar que ese torbellino terminase con ella. Cuando pensaba que ya no podría aguantar más la llamó la encargada, y le dijo que se pasase por el despacho del director de personal. Al momento pensó que algo había hecho mal y que le iba a caer una buena bronca, cosa que no le extrañaría, teniendo en cuenta el día que llevaba; y con más miedo que vergüenza, en cuanto pudo se llegó al despacho. El director, al verla tan nerviosa, intentó calmarla:

—¡Tranquila, tranquila! Mi llamada no es para nada malo; al contrario, estoy seguro de que le va a gustar esta entrevista.

María se tranquilizó, pero no sabía por qué, aquella llamada no le acababa de gustar. Cuando por fin lo entendió, la intranquilidad se convirtió en una gran alegría: por lo que estaba oyendo, no tendría que volver a Madrid, sino que seguiría en Tenerife. Tomasín podría ver el mar tantas veces como quisiera. No se lo podía creer, no era posible...

—María, María, ¿está usted de acuerdo? ¡Pero diga algo! ¿Sí o no?

—¡Sí, claro que sí! Perdóneme, pero me he quedado tan impresionada que no he podido contestar. Por supuesto que acepto su ofrecimiento.

—Bueno, pues nada más. Vuelva a sus quehaceres, y que pase bien lo que queda de día.

María volvió a su trabajo. No dejaba de pensar en el ofrecimiento que le habían hecho, era la solución a sus problemas. Sabía que a sus padres no les sentaría bien; según ellos había cometido una barbaridad al haberse ido tan lejos... ahora, cuando se enterasen de que se iba a quedar más tiempo, pondrían el grito en el cielo. Pero eso no la preocupaba; si de momento se enfadaban, ya se les pasaría. Absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta de la presencia de Pepa.

—Debe de ser muy importante lo que te tiene tan ensimismada.

—Perdona, Pepa, no te he visto.

—Ni visto ni oído. Llevo ya un buen rato mirándote y no te has dado cuenta. A ver, dime qué ha pasado en el despacho. ¿Qué te ha dicho?

María contó todo lo que habían hablado, el ofrecimiento que le habían hecho: se iba a quedar en el hotel. Al parecer se jubilaba una de las camareras, de las fijas, y necesitaban cubrir su baja. Habían pensado en ella porque les gustaba como hacía su trabajo; además, que por lo que sabían, no la esperaba nadie en Madrid. También le habían hablado del colegio del niño, le pedirían plaza

en uno que estaba cerca del hotel. De eso se encargaría el propio jefe, que al parecer tenía buena relación con el director del centro. Naturalmente, María había aceptado sin dudarlo; esta era la mejor solución para su problema. No temía su vuelta, pero sí que Tomás estuviera detrás de ella.

Pepa se alegró por su amiga, pero le dolía irse sin ella. En los meses que habían estado juntas le había cogido cariño. Y por supuesto, la que más lo iba a sentir sería su cuñada Rosa. Pero tenía que respetar la decisión de María. Deseaba de todo corazón que aquella aventura le saliese bien, había experimentado ya demasiado dolor en su corta vida.

En los días siguientes, María le fue diciendo a Pepa todo lo que tendría que hacer su cuñada para seguir conservando la casa. En un principio se le había ocurrido dejarla para no tener que pagar el alquiler; pero aunque el piso se lo alquilaron con muebles, ella había comprado alguno que otro, así que si dejaba el piso tendría que llevárselos a otra parte, y no tenía dónde. Haciendo caso al consejo de Pepa, pensó que lo mejor sería continuar pagando, y ya vería con el tiempo.

La despedida fue triste, pues a pesar de que se quedaba contenta, sabía que la iba a echar de menos; pero era lo que había decidido. Además estaba con su hijo, y eso era lo más importante.

Y la vida siguió su curso: María a trabajar y Tomás al colegio. Al niño se le veía contento; el colegio le

gustaba, y siempre estaba deseando que su madre estuviese libre para enseñarle todo lo que él aprendía. Ella le premiaba con un día en la playa, si hacía buen tiempo, o una película si el día no lo permitía. Cercano el mes de diciembre, María se planteó pedir unos días de permiso para ir a ver a sus padres; pero después lo pensó mejor y pensó que no era buena idea: si lo hacía se iba a gastar todo el dinero que tenía ahorrado. Les escribiría y se lo explicaría; estaba segura de que se disgustarían, pero también sabía que sus padres entenderían el motivo y no se enfadarían demasiado.

Unos días antes de Nochebuena supo, por su encargada, que cenarían todos los que no tenían casa cerca con los jefes. María se alegró, pues cenar a solas con su hijo no era lo mejor en esas fechas. La noche resultó muy amena. Hubo alguna lágrima que otra, cosa natural en fecha tan señalada, pero en conjunto la noche fue, al menos para María y su hijo, muy buena. Al despedirse cuando se acercó a María un compañero, Juan Antonio, a quien ella había visto alguna vez que otra, pues era el jefe de mantenimiento, pero apenas había reparado en él. Por eso, al acercarse a ella no tuvo muy claro qué era lo que quería. Pero él se lo aclaró: llevaba un tiempo queriendo hablar con ella, pero no se atrevía; algunos compañeros le habían dicho que era una chica muy seria y que no hablaba con los hombres, y por eso no le había dicho nada. Pero que hoy, al verla reír y

disfrutar en la fiesta, se había decidido a decirle lo que sentía desde que la conocía. Después le pidió perdón por si la había ofendido. María no supo qué contestar, aquella declaración le había cogido por sorpresa, y solo acertó a decir:

—Gracias por tu interés, pero hoy por hoy, no tengo ganas de compromiso.

Y así quedó la cosa. Después, ya en su dormitorio, pensó en lo sucedido. A ella también le había caído bien Juan, pero no se había planteado que pasase la cosa de ahí. Tenía mucho miedo de volver a vivir la misma situación que la había llevado a aquel viaje.

«Bueno, eso ha sido por la fiesta; seguro que mañana ni se acuerda». Con ese pensamiento se quedó dormida.

¡El hombre propone y Dios dispone! Este dicho se hizo realidad en esta ocasión. Aunque María se había hecho el firme propósito de no caer en el mismo error, el destino tenía otra idea; y así fue como un día sí y otro también, Juan buscaba excusas para verla. Le costó, pero poco a poco María fue perdiendo el recelo, y terminó por aceptar una invitación para salir a tomar algo. Salieron una tarde, pasearon, tomaron un refresco y hablaron, hablaron mucho; sobre todo cuando descubrieron que los dos eran de la misma región. Juan había nacido en Plasencia, María en Don Benito; distintas provincias, pero eran extremeños por los cuatro costados. Se contaron su vida... una parte: María todavía no

estaba muy segura de si debía contarle todo de la suya. Cuando volvieron al hotel, se despidieron con un «hasta pronto».

—¡Pero no en el trabajo! —dijo él.

Ella no contestó, pero por primera vez en mucho tiempo sonrió con ganas, dejando entrever en aquella sonrisa que por su parte estaba dispuesta a repetir aquella salida otro día, no muy lejano.

Los días pasaron, y la amistad entre María y Juan fue creciendo. Cuando llegó el verano ya se planteaban vivir en pareja; esto lo quería él, pero ella no estaba muy segura: dar ese paso le traía amargos recuerdos. Le gustaba, sí, pero no estaba enamorada como lo estuvo de su marido.

Con la estación estival llegó su amiga Pepa. María se alegró mucho al verla. La primera tarde que pasaron juntas se pusieron al día de todo lo ocurrido en el tiempo que habían estado separadas, Pepa contando como estaba todo por Madrid, qué sabía de Tomás, cuánta gente le había preguntado por ella... Cuando por fin dieron por concluida la información «peninsular», se decidieron por la «insular». Y aquí Pepa fue inflexible: quiso saber paso a paso todo lo ocurrido, sobre todo con la amistad de Juan. Después de contar, «paso a paso», todo, María se sorprendió con la revelación de su amiga.

—Eso ya lo sabía yo —dijo esta muy convencida.

—Claro, a toro pasado —respondió María.

Pero Pepa insistió: ella ya lo había adivinado. No había querido decirle nada porque quizá estaba equivocada; pero por lo que ahora estaba oyendo no fue así. Lo peor era que no estaba segura de que su amiga hiciese bien si seguía con esta incipiente relación, pero no le dijo nada. No sabía qué podía pasar. Posiblemente aquella relación no llegase a nada, ¿para qué la iba a preocupar con sus temores?

Tomasín también se alegró de ver a Pepa, y se quedaba con ella cada vez que María y Juan Antonio salían a pasear. Al principio al niño no le hacía mucha gracia que saliesen juntos, pero el hombre se fue ganando su confianza y llegaron a ser muy buenos amigos. María se alegró, estaba empezando a acostumbrarse a él, y era lo único que la frenaba para dar el paso a una relación seria; así que cuando el verano terminó, Juan y María ya eran pareja. Al despedirse de Pepa le dijeron que se lo contase a su cuñada y le explicara que estaba muy feliz, que había encontrado a un buen hombre y creía que esta vez iba a salir bien. Pepa no estaba muy segura de ello; era verdad que en el tiempo que había pasado con la pareja no había observado nada que la llevase a esa conclusión, pero... Ese «pero» la estaba dejando muy intranquila, y no quería ver otra vez el sufrimiento de María. «A lo mejor estoy equivocada», pensó. «Lo mejor será no decir nada y ya se verá; lo que tenga que ser, será. De nada sirve adelantarse a los acontecimientos». Y con el deseo de que todo le saliese bien a su amiga se despidió de la isla hasta el siguiente verano.

La vida en Tenerife siguió su curso, Tomasín en el colegio y su madre cada día más ilusionada con su relación. En un momento dado, Juan propuso a María irse del hotel para poder vivir juntos. Ella no aceptó, le parecía pronto para eso, y decidieron seguir un tiempo más así. Se veían cuando libraban, y después de pasar algunas horas juntos cada uno regresaba a su habitación, a esperar el nuevo encuentro.

Todo siguió igual hasta que María confesó a Juan que estaba embarazada. Al principio a este no le sentó muy bien, aquello no entraba en sus planes de futuro; se planteaba ser padre, pero no ahora. Pero después de pensarlo dijo que tampoco era tan grave, al contrario; este sería un buen motivo para irse a vivir juntos. Sabía que después del pasado de María esta desearía que su nuevo hijo creciese en un hogar normal, con un padre y una madre, como debería ser.

María no sabía qué hacer. Por un lado, criar de nuevo a un hijo sola no le gustaba mucho; pero formar una nueva pareja la asustaba. No tuvo mucho tiempo para pensar, pues ya se empezaba a notar su embarazo, y no tenía más remedio que hablar a su jefe de él. Se decidió, y le dijo que sí a Juan. Buscaron una casa que no fuese demasiado cara; María tendría que dejar el trabajo para poder atender al bebé hasta que este pudiese entrar en una guardería. Lo más difícil fue comunicárselo a su familia. Habían pasado mucho con el nacimiento y posterior muerte de su primer

hijo. Pero no le quedaba más remedio que hacerlo: no tenía intención de ocultarlo por más tiempo. Así que se decidió y, en una larga carta, explicó todo a sus padres.

La respuesta no se hizo esperar mucho. Si su carta había sido extensa, la de sus padres lo fue aún más: ellos también tenían cosas nuevas para contar. De momento, su hermana mayor se iba a Madrid; a su marido le habían buscado un trabajo y allí que se iban. Pero no quedaba ahí la cosa: como su hermano pequeño ya había terminado el colegio, tenían la intención de buscar un trabajo para él. Si todo salía como estaban pensando, no tardando mucho toda la familia se establecería en la capital. Además, como no sabían nada de su relación, contaban con que ella también volviese a la península, y así estarían todos juntos.

Cuando terminó de leer la carta, María no sabía qué hacer. Por un lado le agradaba la idea de volver con su familia, pero ahora no era el momento oportuno; no creía que a su pareja le gustase la idea. Él estaba muy contento en Tenerife. Irse sin el padre de su nuevo hijo, sola, no era una opción, y decidió quedarse. La casita que habían encontrado no estaba mal. De pronto tuvo una idea: como ella seguía pagando el piso de Madrid y de momento no pensaba regresar, se le ocurrió que si su hermana hacía lo que le había dicho, podía quedarse en ese piso, y de esta manera ella tendría menos gastos. Contenta con esta solución al problema de dinero que tendría cuando dejase de trabajar, se puso manos a la

obra, y rápidamente escribió a su madre. Después fue a ver a la dueña de la casa y le dijo:

—De acuerdo con las condiciones. ¿Cuándo nos podemos venir a vivir?

Así empezó una nueva etapa en la vida de María. El nacimiento de su hija llenó de alegría a la nueva pareja y a Tomásín, que estaba encantado con su hermana; le aseguró a su madre que él la cuidaría, que para eso era el hermano mayor. Fue una etapa muy bonita, aunque a veces a María le parecía un sueño y temía despertar. Cuando le contaba a Juan Antonio sus dudas, este le decía que tenía que dejar de pensar así y que no tuviera miedo, que él siempre estaría ahí.

Al cumplir la niña un año, María volvió al trabajo. En el hotel le habían guardado su plaza, y por supuesto tenía la opción de la guardería. Su hermana se había instalado en su piso, sus padres ya estaban planificando su traslado; todo iba saliendo según lo planificado, y ya estaba próxima la llegada de Pepa a la isla.

Cuando por fin las amigas pudieron abrazarse no cabían en sí de gozo. Como siempre que se reencontraban se les pasaba el tiempo hablando de lo divino y humano; no quedaba tema por tratar. A Pepa le gustó aquella casita propia de pescadores. Se sintió feliz al ver la alegría que se reflejaba en el rostro de María.

—Te veo muy bien. Se nota que Juan te trata con mucho cariño. Cómo le gustaría a tu familia verte ahora.

—Tengo pensado ir a verlos pronto. Como sabes, he estado un tiempo sin trabajar, y los ahorros han volado; pero en cuanto me reponga iremos.

—Me alegra que tengas esos planes, porque esta será la última vez que yo les pueda llevar noticias tuyas.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que ya no vas a volver?

—No, no voy a volver. Los niños están trabajando, y a mi marido cada vez le cuesta más quedarse solo estos meses.

A María la entristeció mucho la noticia, pero la entendía. Pepa llevaba ya muchos años haciendo este viaje, y era normal que estuviera cansada; además, al trabajar los chicos ya no tenía tantos gastos. Pero de momento tenían por delante unos meses, e iban a disfrutarlos.

No obstante, todo lo bueno pasa pronto. Los días avanzaron volando, y llegó el momento de la despedida. Lo hicieron con lágrimas y mucha pena; pero había que hacerlo, y así se hizo. La primera mañana que María pasó sin tener a su amiga esperando para desayunar, para ella fue muy dura, tanto que por un momento pensó que quizás habría tenido que irse ella también. Estaba muy a gusto con su nueva vida, pero había veces en que le asaltaban ideas, según ella, raras. Luego pensaba que tal vez era porque añoraba a su familia, y se quitaba esas ideas de la cabeza.

Pasó el otoño, llegó el invierno, y por fin la primavera, María esperaba con impaciencia esa estación del

año: Juan había estado diciendo que de esa primavera no pasaba que fuesen a la Península. A él también le apetecía conocer a la familia de su mujer, y sobre todo que los abuelos conociesen a la nueva nieta. Pero se quedó en eso, en deseo, porque, según él no podían ir: el viaje costaba muy caro y no habían ahorrado lo suficiente. Para María fue una desilusión muy grande; desde que había llegado a Tenerife solo había estado en Madrid una vez, y deseaba con toda su alma ver a su familia. Como pudo, disimuló su disgusto. Parecía que su pareja había sido sincera con la falta de recursos para el viaje. Ella tenía algunos ahorros; pero sin saber por qué, se lo ocultaba a Juan.

Ese verano fue aún más duro. No solo por no haber realizado el dichoso viaje; también por la ausencia de Pepa. Era la primera vez que pasaba el verano sin ella. Pero como todo pasa en esta vida, también se fue el verano; y otra vez se hizo ilusiones con ir a la Península, y otra vez se llevó la desilusión. María estaba empezando a pensar que él no quería ir, y que le ponía excusas para no discutir. Cuando llegó la nueva primavera, María se plantó y le dejó claro a Juan que si no iba él se iría ella sola, pero que de ese año no pasaba; la niña ya tenía tres años y era hora de que conociera a sus abuelos. A Juan no le quedó más remedio que aceptar; no quería que ella viajase sola, y sabía que era capaz de hacerlo. Así que esa primavera por fin viajaron hasta la Península. La felicidad

de María era tan grande, que se arrepintió de haber pensado mal de Juan; era verdad que no había bastante dinero para los billetes, eso era y no otra cosa.

Por fin, el viaje. No fueron muchos los días que pudieron compartir con la familia, pero María y los niños los vivieron intensamente. En cambio, Juan no parecía muy feliz. Cuando estaba con la familia sonreía, pero cuando creía que no le veía nadie su gesto cambiaba; en un momento en que la pareja estaba sola, María le preguntó si le pasaba algo. Él contestó que no, pero como ella insistió le dijo que estaba echando de menos a los suyos.

—¿Quieres que vayamos a verlos? —le preguntó.

—¡NO! —contestó, tajante.

De momento, María se calló; no tenía ganas de discutir cerca de su familia. Pero sabía que había algo, que algo muy gordo tenía que pasar para que no quisiera ir a su pueblo. No estaban muy lejos, así que se podía ir en muy pocas horas de viaje. No volvió a preguntar; pero algo había pasado, y el ambiente entre ellos ya no fue el mismo.

Terminado el permiso volvieron a la isla. Durante el vuelo la pareja fue en silencio, pero cuando divisaron su destino, Juan cambió: volvió a ser dicharachero, cariñoso... el de siempre. Pero María no; María aún recordaba su negativa de ir a ver a su familia. No le parecía normal, y por eso pensó en ello; se dio cuenta de que nunca habían hablado de ese tema. Él le había dicho

dónde había nacido, que se había ido de su casa muy joven, y que hacía mucho tiempo que no había visitado su pueblo; pero nada más: no hablaba de su familia. Hasta entonces no le había dado importancia, pero a partir del famoso día de su negativa a volver a su pueblo, María no dejaba de pensar en el porqué de aquella negativa. En el fondo sabía que Juan le ocultaba algo, pero, ¿cómo sacarle la verdad? Eso iba a ser muy difícil.

Los días fueron pasando. Los niños al colegio, ellos a trabajar, todo normal. ¿Todo normal? Posiblemente para él sí; pero no para ella. María había empezado a sentir aquello que años atrás había sentido con su marido: había dejado de confiar en él, sobre todo cuando llegaba tarde a casa. Juan le daba toda clase de explicaciones, aunque ella no se las pidiera; para no discutir hacía ver que lo creía todo, pero no era verdad.

La situación se fue haciendo insostenible. Los niños empezaban a sospechar que algo estaba pasando. Elenita, siempre contenta y risueña, ahora se mostraba callada y triste; y Tomasín preguntaba a su madre por qué estaba siempre enfadada. Ella le contestaba que no era nada, y que no estaba triste; que si veía así era porque últimamente le dolía mucho la cabeza. El niño aparentaba que se lo creía, pero no era así, y un día que la vio llorando no pudo más, y preguntó:

—¿Seguro que es solo dolor de cabeza? A mí no me lo parece, mamá. Yo sé que te pasa algo, y creo que sé lo que es.

—¿Que tú sabes lo que es? Claro que lo sabes, te lo he dicho varias veces, ¡me duele mucho la cabeza! Y ya está, no me pasa nada más.

—Si tú lo dices yo me callo; pero no te creo. A ti te pasa algo, y sé quién tiene la culpa. Pero no te voy a decir nada más. Cuando tú quieras me lo cuentas; por si no lo habías notado, ya no soy tan niño.

No, ya no era «tan niño». Estaba a punto de cumplir 10 años, pero había vivido mucho y había madurado muy de prisa. Estaba claro que no le iba a poder engañar mucho más tiempo; pero no sabía cómo contarle lo que estaba pasando. El niño le había cogido mucho cariño a Juan, y lo peor era que ella tampoco estaba segura de que ocurriese realmente algo. Tendría que pararse a pensar y ver si todo lo que le pasaba por la cabeza eran solo ideas raras suyas; quizá fuese el miedo a vivir de nuevo la situación ya vivida. En esos momentos echaba de menos el poder hablar con alguien. Si su buena amiga Rosa estuviese cerca... Pero no quería contárselo por carta, y menos que ella se lo comentase a la familia. Si al menos Pepa volviese la isla... Pero eso ya estaba claro, Pepa no iba a volver.

Viendo que con la actitud que estaba adoptando no conseguía relajarse ni solucionar nada, cambió de manera de pensar e intentó volver a la situación de antes del dichoso viaje. Durante un tiempo lo consiguió. Juan estaba muy cariñoso, volvía pronto del trabajo, jugaba

con los niños, ayudaba a Tomásín con los deberes... En definitiva, todo como siempre. Esta situación duró un tiempo, pero poco a poco la situación fue cambiando. Primero fue llegar algo más tarde del trabajo, después no ir a dormir alguna noche, hasta faltar algún día, porque según él, el jefe le mandaba a visitar otros hoteles ubicados en otras islas. Pero todo tiene un límite, y este límite llegó cuando María descubrió en el teléfono el mensaje de una mujer. Ella no era partidaria de revisar el teléfono, pero, sin saber por qué, ese día lo hizo. Así que todo aquello que había intentado olvidar, volvió. Ahora ya estaba segura de que Juan le estaba preparando el camino, igual, igual que su marido. Le parecía imposible que aquello le ocurriese dos veces, no podía ser; pero aquellas señales eran claras. Estaba claro que si ella le preguntaba, él le diría que era una compañera, que aquel mensaje era una broma, que... Ya sabía, o mejor se temía, todo lo que él iba a decirle. Pero esta vez ella estaba preparada, no la iba a convencer, como en su día lo hizo su marido.

El día que por fin se decidió a hablar con su marido, lo pasó bastante mareada; no sabía qué le pasaba, pero no se encontraba bien. Como pudo terminó su trabajo y fue a buscar a sus hijos; aquella noche, como venía siendo habitual, su marido se retrasaba, en este caso más de lo normal. María se acostó cansada de esperar; se levantó con el sonido del despertador y comprobó que él no había dormido en casa.

Aquel día María no pudo hablar con Juan. Le vio apenas unos minutos, lo suficiente para que ella pudiera decir:

—Tenemos que hablar.

Y oír la contestación por parte de él:

—Vale.

Eso fue todo.

Pero ese día no pudieron hablar: cuando María se tomó el descanso de media mañana, se sintió tan mal que hubo que llevarla a urgencias, y ahí descubrió la causa de su malestar: estaba embarazada. No lo podía creer, hacía algún tiempo que apenas si se tocaban. Cuando supo el tiempo de embarazo se dio cuenta: había sido en su viaje a Madrid. Como pudo, guardó la compostura. No quería que en el trabajo supieran lo que estaba pasando; si ya era difícil contar que estaba embarazada otra vez, no sabía cómo reaccionarían cuando supieran que lo más probable era que se separara de su pareja. El resto del día lo pasó pensando cómo lo solucionaría. Pudo hacerlo a solas en su casa: la encargada, al enterarse de qué era lo que le pasaba, le dio el resto del día libre. Así pudo descansar y contemplar las posibles soluciones.

Juan fue pronto a casa, había ido a recoger a los niños, y como se había enterado de lo que había pasado, decidió ir a ver a María y hablar de lo que ocurría en la pareja.

Lo primero que dijo fue que le perdonase; sabía que se había comportado mal, pero no había sido nada grave. Dijo que había sido una tontería, y que además la culpa era de «la nueva»; ella había sido la que le había provocado. Pero eso se había terminado. Se alegraba mucho del nuevo hijo, aunque ella no lo creyese. María no le creía, pero no se lo dijo; estaba demasiado cansada para replicar, y dio por buena la explicación, Solo le preguntó cómo le había llegado la información; se arrepintió de la pregunta, realmente sabía cómo había sido: solo lo sabía la encargada.

Aquella noche él se encargó de todo: hizo la cena, bañó a la niña, repasó los deberes con Tomásín... Todo un padrazo y buen marido. Todo esto a María la mosqueaba, le parecía que era la calma que antecede a la tormenta. De vez en cuando sonaba una vocecita en su cerebro: «¡Está cambiando, créele, lo que dice es verdad!». Quería creerle, pero... Pero, siempre ese dichoso ¡pero!

Los días siguientes fueron pasando con la misma tónica, él haciendo su papel de buen padre y marido, ella creyendo que fingía.

En el último mes de embarazo María tuvo que dejar el trabajo; su salud no aguantó más y tuvo que guardar cama. Juan seguía ocupándose de todo, pero con menos entusiasmo que al principio; su semblante siempre estaba serio. Había dejado de ser cariñoso con los niños. No los trataba mal, pero ya no les dedicaba tanto tiempo, y en ese último mes volvió a salir por las noches.

Cuando dejaba a los niños acostados se marchaba, y normalmente volvía por la mañana a tiempo de llevarlos al colegio. El dinero iba disminuyendo: por un lado, al estar de baja, María no percibía el mismo sueldo; por otro Juan le entregaba menos dinero. Eso también fue un problema. No faltaba la comida o lo imprescindible, pero era a costa de hacer muchas cuentas y moderar gastos.

Cuando llegó el día del parto, María se encontró sola. Intentó ponerse en contacto con Juan, pero fue imposible; por fin, aunque no quería, tuvo que llamar a la encargada del hotel. Tenía buena relación con ella, pero no le gustaba molestarla; no obstante, ella encantada fue a socorrerla: se encargó de los niños, y de llevarla a ella al hospital. Estuvo preguntando por Juan, pero no consiguió encontrarle.

El parto vino bien: nació un niño muy hermoso. Sus antiguas compañeras la visitaron en cuanto lo supieron. El que faltaba era el padre de la criatura, pero a María ya no le importaba; en las horas de espera de su hijo y en las que siguieron había tomado una decisión: no iba a consentir lo que había consentido en el pasado. Se maldijo una y otra vez por haber cometido el mismo error; pero no quería lamentarse más, con eso no iba a conseguir que las cosas fuesen de otra manera.

A los dos días del nacimiento se presentó Juan. Al principio quiso dar una buena excusa, pero no le fue posible, y le confesó a María dónde había estado:

—Fui a ver un nuevo trabajo que me han ofrecido.

—¿Dónde? ¿En otra isla?

María había preguntado sin saber exactamente lo que decía, pero la respuesta la dejó helada.

—Vaya, te has vuelto adivina. Pues mira, sí, ha sido en otra isla. Ya me he cansado de Tenerife. Me han hablado de Gran Canaria, y allí que me voy. He conseguido un trabajo mejor que el que tengo aquí, y con mejor sueldo.

—¿Te vas tú solo? ¿O has contado con tu familia?

—De momento, yo solo; si la cosa funciona te puedes venir tú con los niños. Si no quieres venir, te mandaré algo de dinero para ayudarte.

«¡Para ayudarte!». Aquellas palabras se le quedaron grabadas en la mente. Estaba claro que no había contado con ellos en ningún momento. Después de lo dicho se quedó en silencio, miró al niño, se despidió y se dispuso a marchar. Cuando estaba a punto de salir de la habitación, se volvió y mirando a María preguntó:

—¿Qué nombre le vas a poner? Espero que no se te ocurra ponerle el mío, ya somos muchos Juanes en la familia.

María no contestó. Realmente, ese era el nombre que tenía pensado; ahora no se le ocurría ninguno. La verdad era que lo que menos le preocupaba en esos momentos era el nombre del niño. Sin nombre no se iba a quedar; pero no era lo más urgente. Lo primordial para

María era saber cómo iba a afrontar el futuro, cómo iba a sacar adelante a la familia. Si ya era difícil con dos niños, ahora con tres iba a ser mucho peor. Claro que lo peor de todo era reconocer el fracaso tan grande que había sufrido, sobre todo el tener que preguntarse, una y otra vez, «¿Cómo he vuelto a caer?». Pero ya no tenía remedio, y como solía decir su madre, «¡A lo hecho, pecho!». Pues eso iba a hacer: avanzar y olvidar. Cómo lo haría era lo que tendría que pensar; pero seguro que de esta también salía.

Y salió, ¡vaya si salió! Le costó mucho trabajo, pero lo hizo. Contó con la ayuda de su antigua encargada, que se portó con ella como lo hubiese hecho su propia madre. Lo primero que hizo fue tranquilizarla y hacer que estuviera lo suficientemente fuerte para lo que le esperaba. Durante unos meses tuvo para ir comiendo y hacer frente a los pagos; después de su baja maternal, Sofía, la encargada, se ocupó de gestionar la documentación para cobrar la prestación por desempleo. Antes de terminar esta, le habló de una señora que vivía sola, pues hacía poco que había enviudado: necesitaba a alguien que la ayudase en las tareas y la hiciese compañía. María aceptó el trabajo. Doña Adela era una persona agradable y cariñosa, y además le gustaban mucho los niños; ella no había podido tenerlos y toda la vida los añoró. Terminó haciéndose a la idea de que los hijos de María eran sus nietos, así que el acuerdo fue bueno para las dos partes.

Por el momento, María se quedó en el mismo domicilio, pero le era difícil cubrir todos los gastos. Doña Adela se portaba muy bien, y prácticamente les daba comida suficiente para que no tuvieran que comprar; pero María no estaba conforme. Por un lado estaba claro que necesitaba dinero; pero por otro no veía bien que, aparte de la comida y alguna que otra prenda de ropa, le pagase un sueldo. Así que después de pensarlo mucho, decidió hablar con doña Adela y hacerle una oferta.

—¿Le parece que hablemos un momento?

Doña Adela se sorprendió al ver a María tan seria. Pensó que algo, no muy bueno, le iba a comunicar, y muy nerviosa le indicó que se sentara y le dijese aquello que tuviese que decir.

—Mire, doña Adela: usted se está portando muy bien con nosotros, pero a mí me parece que estamos abusando de su generosidad.

—No digas eso, mujer, de mí no abusáis. Yo soy la que estoy agradecida, porque gracias a vosotros he recuperado la alegría que perdí cuando murió mi marido. Espero que tú no tengas quejas de mí. Y si es así, ¿cómo podemos arreglarlo?

—¡Por dios, doña Adela, claro que no tenemos quejas! Pero como le digo, sigo creyendo que hay que cambiar esta situación.

—Pues ya me dirás qué vas a cambiar y cómo.

—Pues se lo explico: nos pasamos el día aquí, nos da de comer, a los niños les compra ropa, y además me paga un sueldo. Como le digo, es demasiado. He pensado que nos podríamos venir a vivir con usted. Yo me encargo de la casa, como hasta ahora; pero me busco unas horas, y así no me tiene que pagar nada. Además, el pequeñín ya puede ir a la guardería.

Doña Adela se quedó muy callada, y María pensó que posiblemente se sentía ofendida por lo que le había dicho. Pero no fue así: cuando la señora habló fue para decirle que le parecía bien la idea. Le hacía mucha ilusión que viviesen con ella, aunque no estaba de acuerdo con lo del trabajo que quería María. Pero no se lo dijo, ya habría tiempo; de momento había que hacer la mudanza, lo demás ya se iría viendo.

Fueron tiempos muy buenos para María y su familia. Vivir con doña Adela fue la mejor decisión que había tomado en mucho tiempo. Tal era la conexión existente entre ellos que para los que no los conocían pasaban por familia, y así era como se sentían. Al año siguiente de aquella unión, María pudo viajar a Madrid. Pasaron unos días maravillosos: los abuelos estaban muy contentos de poder conocer al pequeñín, y les hubiese gustado que ya no volvieran a Tenerife. Hacía mucho tiempo que Tomás no daba señales de vida, lo último que habían oído de él era de un viaje al extranjero, no sabían a qué país. Pero eso daba igual; el hecho era que no estaba. María estuvo

a punto de aceptar la propuesta de su madre, pero se acordó de doña Adela y la rechazó; no quería que esta pasase el tiempo que le quedara de vida sola, no era justo. Así que se volvió a la isla. Lo había pasado muy bien, e iba a echar de menos a su familia; pero era lo que tenía que hacer, y lo hizo.

Pasó el tiempo, y la salud de doña Adela fue desmejorando. A punto de cumplir los noventa años, se sintió tan mal que hubo que ingresarla en el hospital. Primero fue un simple catarro, después gripe, y por último una neumonía; y de esta ya no pudo salir. Murió en brazos de María, a quien se le partió el corazón: Adela, doña Adela, fue para ella una segunda madre, y tardaría mucho en poder olvidarla, si es que ello era posible.

Fueron días de mucho dolor. María iba como una autómatas; al dolor por la pérdida de esa gran mujer, se unía el no saber cómo iba a encauzar su vida. De momento no tenía hogar, y el poco sueldo que ganaba, haciendo horas en algunas casas, no le daba para vivir ella y su familia.

Fue después del funeral cuando vio un rayo de esperanza. El abogado de la señora le dijo que tenía que hablar con ella, y que de momento no se moviese del domicilio en el que estaba. Pasados dos días desde el funeral, fue citada por dicho abogado. En el camino hacia el despacho María no dejaba de pensar en qué sería lo que tenía que decirle. Pensó en infinidad de

motivos para aquella llamada, pero ninguno la tranquilizaba.

—Buenos días, María. ¿Cómo te encuentras?

—Con mucha pena, pero sé que doña Adela estará bien donde quiera que se encuentre. Era muy buena persona, y eso Dios lo tendrá en cuenta.

—Bueno, pues voy a decirte por qué te he hecho venir. Quiero que sepas que doña Adela te ha dejado toda su herencia: casa, cuenta en el banco y unos bonos que no son excesivos, pero que seguro que te harán la vida más fácil.

María no sabía qué responder. La noticia la había impactado. Era verdad que en algún momento pensó que doña Adela le dejaría algo en el testamento; pero para nada pensó que sería heredera de todos sus bienes.

—Bueno, María, ¿qué te parece? Por lo que veo no lo esperabas, pero es lo que hay; me imagino que lo aceptarás.

—Sí, claro, lo acepto. Pero, ¿qué pasará si los sobrinos reclaman?

—Si eso pasa, ya lo afrontaremos. Ahora, lo que tienes que hacer es firmar estos documentos; y todo tuyo.

María firmó, y fue la dueña de una gran casa. Pasados los primeros días de asombro, se serenó y pensó en el futuro. De momento no tenía que preocuparse, el dinero que había heredado le daba para vivir; pero para un tiempo, no para toda la vida. Pasaba las noches en blanco

haciendo planes; pero luego cuando llegaba el día no le parecían bien, y volvía a la incertidumbre. La idea que más rondaba por su cabeza era la de volver a Madrid. Hacía poco que su madre le había comunicado que su padre se encontraba mal, y le rogaba que volviese, porque ya no tenía nada que hacer en Tenerife; pero ella no lo tenía muy claro. En estas estaba cuando recibió una llamada del abogado. Llevaban tiempo sin saber el uno del otro, y a María le extrañó aquella llamada, se reunió con él, que fue directo al asunto.

El tema era el siguiente: acababa de recibir noticias de un sobrino del marido de doña Adela. Enterado este de su muerte, suponía que tenía derecho a algo de la herencia, al menos de la parte correspondiente a su tío, pues era hijo de una hermana de este. Decía que se presentaría en breve en la isla para tomar posesión de aquello que, según él, le correspondía. Después de poner en antecedentes a María, el abogado le explicó que este sujeto no tenía derecho a nada, pues el marido de doña Adela se lo había dejado todo a ella, y ella podía dejárselo a quien le diera la gana, cosa que había hecho. Tras tranquilizar a María y dejarle muy claro que a ella no le podían quitar nada, le aconsejó que vendiera la casa y se fuera con sus padres. Si bien era verdad que todo era suyo legalmente, también era verdad que podría hacerla mucho daño el meterse en pleitos, y además le costaría mucho dinero.

—¿Y cómo voy a vender tan rápido? Eso no se hace de la noche a la mañana.

—No, por eso yo me he adelantado. Como lo más lógico es que aceptes mi consejo, he tanteado la posibilidad de la venta, y si no nos subimos a la parra estará vendida muy pronto.

Así se hizo, y los siguientes días fueron de un trajín continuo. Se vendió la casa rápidamente, como le había dicho don Aniceto (el abogado). Cuando ya estuvo todo ultimado, María compró sus billetes y se marchó. Cerró esa etapa de su vida en la que había habido de todo, pero ella quería recordar lo bueno: sus hijos y Adela, lo cual superaba con creces el mal que las relaciones de Tomás y Juan habían llevado a su vida.

Guardó el libro de color oscuro. Nunca se había parado a pensar por qué había elegido ese color; pero ahora, con la perspectiva que daba la distancia en el tiempo, se dio cuenta de que posiblemente había sido un aviso de lo que iba a guardar en él. Miró el otro, este era más alegre; lo había comprado un día que paseaba con sus hijos y lo vio en un escaparate. No sabía por qué la había atraído tanto, quizás fuera por sus colores, tan bonitos y alegres. El caso es que no se lo pensó y lo compró. Era como si dicho libro la hablase. Ella no tenía cámara, y el siguiente paso fue comprarse una y empezar a dejar constancia de todo lo que iba pasando en su vida.

Dudó en si abrirlo o no, decidió que sí, se preparó un café y se dispuso a repasar aquella parte de su vida, mucho más alegre; con sus penas, sí, pero muy distintas.

Al abrir aquel libro lo primero que vio fue una reunión familiar. Estaban celebrando el cumpleaños de su padre. María llevaba algunos meses viviendo en Madrid, cuando decidió adquirir la vivienda hasta entonces había sido suya en alquiler. Pero el dinero que había sacado por la casa de Tenerife era suficiente para poder comprarla. No le costó mucho encontrar trabajo en un buen hotel. Su madre estaba encantada con los nietos. Tomasín ya no quería que le llamasen así, él era «Tomas». Ya iba al instituto, y como era natural se creía un hombre. Los pequeños estaban en su mundo. Ellos eran niños y ya está.

El nuevo álbum se iniciaba con una fotografía de grupo, en la primera vez que se reunió toda la familia desde la vuelta de María. Estaban alegres y felices. Aquella imagen no se volvería a ver, pues al poco tiempo su padre murió. Fue un duro golpe, pues María siempre había estado muy unida a él. Pero la vida siguió su curso; como decía su madre, había que hacer de tripas corazón y seguir adelante.

La vida sonreía a María, y ella sonreía a la vida. Si no hubiese sido por la muerte de su padre habría sido la mujer más feliz del mundo; pero estaba claro que la felicidad completa no existe. Se dedicó al cuidado de sus hijos, a su trabajo, y sobre todo a mimar un poco a su

madre, que desde la muerte de su marido esta estaba siempre triste.

—Han sido muchos años juntos —solía decir cuando le decían que tenía que seguir su vida.

La monotonía se adueñó de la vida de María. Pasaba los días en el trabajo, yendo a buscar a sus hijos al colegio, y cuando le sobraba algo de tiempo, acompañando a su madre al paseo que esta solía dar todos los días. Salir a divertirse estaba descartado, y buscar una nueva pareja era algo que no entraba en sus planes: ya había tendido bastante con las experiencias vividas.

Su madre solía decir, cuando algo no salía como tenía previsto: «El hombre propone y Dios dispone». Y en este caso, esta sentencia se cumplió. María propuso, y Dios dispuso. Ocurrió esto un día en el que fue invitada a el cumpleaños de una compañera. En principio no tenía ganas de ir, pero su madre la convenció para que fuese; no estaba bien que le hiciese ese desprecio a su amiga. Total, no iba a pasar nada. Pero pasó. en la fiesta no estaban únicamente su amiga y algún que otro familiar; el grupo era numeroso, y entre ese grupo se encontraba un familiar del marido de su amiga. Hacía poco que había llegado a la capital desde su Granada natal y no conocía a nadie. Desde el mismo momento en que vio a María se fijó en ella e hizo todo lo posible por entablar conversación. Ella no estaba por la labor de facilitarle las cosas, pero él no cejó en su empeño; tanto

insistió que al final de la fiesta consiguió saber su nombre y su estado civil. Esto último no se lo facilitó la propia María, pero sí su amiga. Cuando por fin se despidieron, él le aseguró que volverían a verse pronto.

Y se vieron. No por voluntad de María, pero sí por parte de su amiga. Desde el dichoso día de fiesta de Amalia, esta no paraba de hablar de él; tanto que un día, en broma, María le dijo que parecía una celestina. Pero algo raro estaba ocurriendo: de tanto nombrarle su amiga, terminó por interesarse por aquel hombre tan pesado. Y aceptó salir un día, con Amalia y su marido, sabiendo que el cuarto en discordia sería Alfredo.

La jornada no resultó tan desastrosa como pronosticaba María. Alfredo era un buen conversador, y nada indiscreto. Habló de su tierra, de su familia, del trabajo que había realizado en su ciudad; de muchas cosas y de nada en concreto. Cuando María llegó por fin a casa y su madre le preguntó qué tal lo había pasado, ella contestó:

—Mejor de lo que yo creía.

Su madre se extrañó, de esta respuesta, pero no quiso preguntar más; pensó que si su hija quería contar algo ya lo haría.

Pasaron varios días antes de que María volviese a ver a Alfredo. Amalia le hablaba de él siempre que tenía ocasión, pero ella no estaba segura de que fuese tan virtuoso como esta le describía; aunque si tenía que ser sincera, estaba empezando a pensar demasiado en esa persona,

y eso no le gustaba. Así había empezado con Juan. Cuando se lo comentaba a su amiga, esta contestaba:

—Todos los hombres no son iguales, aunque tus experiencias así lo digan.

María no respondía. Seguramente fuese así, pero...

Pero...

Pues eso, que la dichosa frasecita de su madre, «El hombre propone, etc...», estaba claro que se cumplía. Alfredo empezó a hacerse el enconradizo siempre que podía; a María aquello empezó a gustarle. La relación fue paso a paso, pero prosperó poco a poco, y tuvo que reconocer que, al menos de momento, Alfredo era muy diferente a sus ex.

Llevaban un año tonteando cuando él le dijo que ya era hora dar un paso más: quería conocer a sus hijos. Los había visto, pero de pasada, y quería que fuese en serio; quería decirles que estaba muy enamorado de su madre, y sobre todo, que era un hombre serio. María se resistía, pero acabó cediendo, y el día de su cumpleaños le invitó a subir a su casa. Esta fue la primera vez que María se relajó y confió en un hombre, y esperó no tener que arrepentirse.

A su familia les cayó muy bien. Su madre estaba encantada, pues vio en Alfredo a un ser bueno. Le confesó a su hija que ella también había temido que fuera otro más, pero que había visto algo en su mirada; su hija se rio. Pensó que su madre ya chocheaba y decía tonterías, pero ella insistió:

—Tiene una mirada limpia, y solo la tienen las buenas personas.

Lo dicho, su madre estaba más para allá que otra cosa.

La amistad cada vez se hizo más fuerte. Ya no necesitaban excusas para verse, bastaba con una invitación para estar juntos. Poco a poco, María se fue acostumbrando a la presencia de Alfredo; poco a poco, y sin darse cuenta, María inició una relación a pesar de no haberla querido; poco a poco... Todo surgió poco a poco, y a los dos años de conocerse, él la pidió en matrimonio. Ella dudó, y tardó en decidirse; pero al final dijo que sí, y una mañana de primavera Alfredo y María unieron sus vidas. Fue una ceremonia íntima, solo familia y un grupo reducido de amigos. Y de esta manera, casi de puntillas, empezaron a caminar juntos.

Alfredo estaba plenamente convencido de haber hecho lo correcto. Si se querían, ¿para qué iban a esperar más?, se decía él. María, por el contrario, no tenía ese convencimiento; pero si su familia, y sobre todo sus hijos, que decían que era lo que tenía que hacer... ¿Sería verdad?

El tiempo fue dando la razón a todos aquellos que habían pronosticado que serían felices. Lo fueron, y mucho. Está claro que no faltaron los momentos de angustias, de problemas, y alguna que otra discusión; pero nada que no se pudiese resolver con un «lo siento». Los hijos de María adoraban a ese hombre, que hacía las veces de padre, sin serlo.

Cuando Alfredo recibió la noticia de que había heredado una gran casa en Granada, cosa que él no esperaba, se le presentó, según él, un gran dilema. ¿Para qué quería una casa en Granada? No pensaba volver a vivir allí. Cuando era soltero, quizás; pero ahora... Además, él no tenía hijos, y sus hermanos ya tenían la suya. Después de mucho pensar, llegó a la conclusión de que lo mejor era tener hijos y así poder dejarles lo poco o mucho que poseyera. Pero no veía que el tener hijos fuera posible; María ya tenía tres y, según decía, ya era muy mayor para tener más. Por otra parte, él se sentía realizado como padre; quería mucho a los tres, pero la niña le tenía «tonto». Por fin decidió qué hacer, y el día de su cumpleaños, aprovechando que la familia estaba reunida, lo dijo.

—¡Familia, voy a haceros una proposición! Aunque quiero que os quede claro que, si no la aceptáis, no va a pasar nada.

—¡Por Dios, Alfredo, no nos asustes! ¿De qué se trata? —preguntó María.

—Como sabéis, mi padrino me ha dejado una buena herencia, algo que yo no esperaba; pero, como también sabéis, yo no tengo herederos directos, y ya me veo algo mayor para encargar uno. Así que he pensado que si os adopto, al menos a los dos que no lleváis el apellido paterno, la herencia sería vuestra, y ninguno de mis hermanos podría deciros nada si solo os nombro herederos. ¿Cómo veis la idea?

La respuesta fue un gran silencio. Alfredo pensó que quizás había hecho mal; sabía que los jóvenes le querían, pero de eso a querer ser sus hijos... No pudiendo soportar más el silencio, les dijo que si no lo veían, lo olvidasen, e hicieran como si no hubiese pasado nada.

—La verdad, Alfredo, que estas cosas no se pueden decir así de sopetón. Hay que pensarlas muy bien. No solo por mí y por mis hijos, también tú debes meditarlo; es una responsabilidad muy grande.

—Yo lo tengo bien pensado, no lo he dicho a la ligera. No temas, sé lo que me hago.

—Bueno, pues si tú ya lo tienes bien pensado, ahora lo vamos a hacer nosotros, y cuando sepamos la respuesta lo volvemos a hablar. ¿Te parece bien?

Por supuesto le pareció bien, pero no volvieron a hablar del tema. Alfredo pensaba que lo habían pensado y que no estaban de acuerdo con su propuesta; estaba ya convencido del rechazo cuando una mañana, al ir a despedirse de María para ir al trabajo, esta le dijo:

—El domingo vienen todos a comer, y hablamos.

Él le contesto que de acuerdo, y se dispuso a esperar el domingo.

Llegó el día. María preparó la comida que más les gustaba a todos: arroz con pollo. Según sus hijos, le salía riquísimo. Ella no entendía que algo tan sencillo les pudiera parecer un manjar; pero como así lo querían, así lo hizo. Para el postre, como no podía ser de otra manera,

hizo un gran flan de huevo. En esta ocasión no estaba segura de que le hubiese salido bien, pues estaba más preocupada por lo que se iba a hablar que por la cocina. Todos llegaron puntuales, cosa no muy habitual, pues siempre había que esperar a alguno; después de los besos se sentaron a la mesa, y casi en silencio empezaron a comer. Después del postre y ante la taza de café, Alfredo por fin habló.

—Bueno, pues como lo prometido es deuda, vamos con el tema. ¿Habéis pensado en mi propuesta?

—Sí, hemos pensado en ello. Los dos pequeños están de acuerdo en que los adoptes, pero Tomasín no lo tiene muy claro. Es verdad que te quiere mucho, más que a su padre, pero cambiarse de apellidos... Él te va a querer igual tanto si es hijo tuyo legalmente como si no lo es. Y por la herencia no te preocupes: si se la dejás a sus hermanos, también le parece bien.

Y así fue la cosa. En el menor tiempo posible, Alfredo se convirtió legalmente en padre. La vida siguió su curso. Tomasín (Tomás) se casó y los convirtió en abuelos enseguida; Elena terminó sus estudios y se marchó a Londres: quería aprender inglés de primera mano. El pequeño dio algo más de guerra, como solía decir su madre, pero todos fueron unos buenos hijos. De sus ex, María poco supo. Tomás había vuelto al pueblo, esto lo supo por su amiga Rosa; pero de Juan no tuvo noticia alguna.

Los años pasaron con sus más y sus menos. Los tres hijos se casaron. Los días en que todos se reunían a la mesa eran un caos; María gritaba para hacerse oír, pero Alfredo lo pasaba en grande. Según decía, su mujer era más infantil que los niños; fue en una de estas comidas familiares cuando él habló de sus planes.

—Estoy próximo a la jubilación, así que he pensado acondicionar la casa de Granada para pasar en ella algunas temporadas, sobre todo cuando los niños tengan las vacaciones de verano, y me gustaría conocer vuestra opinión.

A todos les pareció bien. Dicha casa era muy grande, tenía un patio muy bonito y era una delicia estar allí. María fue un poco reticente; desde que había vuelto a Madrid había dejado claro que no le gustaría volver a otra ciudad, ni tan siquiera a su pueblo. No es que no le gustara ir; pero poquitos días. De todas maneras, cuando vio lo contentos que estaban todos no le quedó más remedio que aceptarlo. Además, para la jubilación aún quedaba un año, y quién sabía lo que podía pasar.

Pero transcurrió ese año, y al llegar la jubilación nada había cambiado. El proyecto de pasar temporadas en Granada seguía sin alteración. A estas alturas de vida, María ya había aceptado la idea. El día que empezaba su nueva vida como jubilado, Alfredo dijo que no se celebraría nada, que lo dejarían para el verano, cuando tuvieran todos las vacaciones. Entonces se haría por todo lo

alto. Quería empezar esta nueva etapa rodeado de toda su familia, y lo mejor era hacerlo en el lugar que le vio nacer, sobre todo porque todavía quedaban familiares allí.

Así se hizo. Faltaban unos días para el tan esperado viaje, cuando Alfredo empezó a sentirse mal. No dijo nada a su mujer; no quería que esta se alarmase y quisiera cancelar el viaje, así que aguantó el tipo. Fue a visitar a un médico, no quiso ir al suyo para no arriesgarse a que llegase a oídos de su mujer. El diagnóstico no fue muy claro, pues por un lado decía que no le encontraba nada raro, pero también quería hacerle unas pruebas para quedarse tranquilo. Lo más probable era que se debiera al nuevo estado. El médico le aseguró que, a veces, al pasar a la jubilación se producía un cambio en todos los sentidos. Alfredo no entendió bien lo que aquel médico le quería decir. Pensó mucho aquello del «cambio en todos los sentidos», y decidió no dar más importancia que la que él consideraba que tenía; lo más seguro era que estuviera cogiendo una gripe. No solía tenerla muy a menudo, pero cuando lo hacía se sentía morir. Así que pensó que sería eso. Convencido de ello, decidió que no se haría ninguna prueba; además no tenía tiempo: la preparación del viaje le tenía muy ocupado.

María había notado el cambio en su marido. Le veía muy desmejorado, y adelgazaba por momentos. Si le preguntaba qué le pasaba, él decía que era el cansancio de todo el jaleo del viaje. Ella no se convencía de ello,

pero no quería agobiarle; así que hacía como que le creía. Pero estaba muy preocupada, y decidió comentarlo con sus hijos. No obstante, estos le dieron la razón a Alfredo: era cansancio, y además opinaban que su madre se preocupaba por nada. Ellos le veían bien. María decidió callar y aceptar las razones de los hijos, además, pensó que, si se encontrara mal, ¿por qué iba a negarlo?

Por fin, el viaje. Lo hicieron en varios coches. Los hijos dijeron de ir en tren, pero Alfredo dijo que mejor en el coche; así pararían cuando les apeteciera y verían con detenimiento los paisajes tan bonitos del país. «Manías de viejo», pensó María. Pero no le llevaron la contraria. Estaban decididos a darle ese capricho; bastantes les había dado él a lo largo de la vida juntos.

Llegaron a Granada, entraron en la casa, y quedaron asombrados ante la reforma que se había llevado a cabo. La familia sabía que había estado en obras, pero no pensaron en la gran transformación que se había realizado.

Dejaron el equipaje sin abrir; tenían ganas de ver la ciudad. A María lo que más le gustaba visitar, en las pocas ocasiones que había ido, era la Alhambra; siempre que lo hacía, encontraba algo nuevo. Le agradaba subir por el Paseo de los Tristes, y siempre se hacía la misma pregunta:

—¿Por qué llaman así a este bonito paseo?

Alfredo le daba las explicaciones que él había oído de pequeño; pero como ella no prestaba atención, nunca se acordaba, y volvía a la misma pregunta. Seguía el paseo

hasta llegar al Albaicín, pero antes se paraba para admirar las bonitas casas, o «Cármenes», como las llaman allí; eran parecidas a la Alhambra, pero más pequeñas. Bueno, mucho más pequeñas.

Se daba una vuelta contemplando esas casas tan bonitas del Albaicín; después, si le quedaba tiempo, llegaba al Sacromonte. Le fascinaban las cuevas, pero se preguntaba cómo podían vivir sin luz natural; eso a ella la ahogaría. Siempre que viajaba a Granada, siempre, hacía el mismo recorrido; su marido le preguntaba si no se cansaba de repetir lo mismo.

—No —contestaba ella—, no me canso, me encanta esta ciudad.

María dejó sobre la mesa el álbum de fotografías, miró el reloj y se dio cuenta de que llevaba mirando aquellas imágenes que narraban su vida toda la tarde. Sintió una punzada en el estómago; pensó que era de dolor por todo lo que el día anterior había padecido, pero al sentirla de nuevo cayó en la cuenta de que lo que realmente tenía era hambre. Al mediodía no había comido apenas; tampoco se había tomado su café con algún bollito a media tarde, así que estaba claro lo que era. Decidió comer algo y seguir con sus recuerdos, aunque sabía que lo que venía ahora era el periodo más triste de su vida; pero a pesar de ello tenía que hacerlo.

Después de dar varias vueltas por la cocina pensando en qué comer, se decidió por una loncha de jamón

serrano. ¡Cuento le gustaba a Alfredo! Podía pasar sin otros alimentos; pero el jamón... Le gustaba el de bellota. ¡No, no era tonto su Alfredo!

Cuando hubo terminado de comer aquel riquísimo jamón, miró la cafetera. Le apetecía un café, pero era muy tarde y si lo tomaba quizás no podría dormir. Claro que aunque no lo tomara tampoco dormiría. «Pues nada, me lo tomo y ya está», se dijo muy convencida. «Además, es descafeinado; supongo que si no tiene cafeína no me hará daño». Con la taza de un humeante café volvió a su rincón favorito a continuar ojeando sus fotos y vivir sus recuerdos. Seguía en Granada, y las fotos se multiplicaban: la llegada, la casa para recordarla cuando volvieran a Madrid; en el patio se fotografiaron todos los rincones; y por fin su salida. Esta vez, no sabía por qué, no le apetecía demasiado; pero su marido la animó, e incluso se ofreció para acompañarla. De esta manera le haría fotografías de todos los rincones que normalmente visitaba. María aceptó, pero sentía que algo no iba bien. ¿Por qué tendría tanta necesidad de fotografiar todo?

No adivinaba el porqué de esta obsesión; claro que, si esto le hacía feliz, ¿para qué discutir por ello? Y aquel primer día de estancia en Granada llegó a acumular tantas fotografías como en todas las visitas anteriores juntas.

Por fin la, celebración que tanto estaban preparando. La casa estaba «como una feria», dijo María, y desde

luego eso era lo que parecía: guirnaldas de colores, globos en las lámparas, carteles deseándole felicitaciones y un panel con lo que a él tanto le gustaba: fotografías. Fotografías que contaban su vida e iban demostrando el cambio que se había ido obrando en su persona con el correr de los años. Cuando Alfredo vio todo aquello se le iluminaron los ojos y pensó que Dios había sido muy bueno con él: le había proporcionado una gran familia; aunque esta no lo fuera de sangre, de haberlo sido seguramente no habría sido mejor.

Por fin llegó la noche, y se retiraron a dormir. Alfredo le comentó a María cuánto le había gustado aquel homenaje; no creía merecerlo, pero se lo agradecía, pues le había hecho muy feliz. Siguieron comentando momentos de aquel día hasta que él, bruscamente, cambió de tema.

—¿Te has fijado en cómo iba vestida mi prima Rosa?

—Pues normal, con un vestido negro, ¿qué tiene de malo?

—Tiene de malo eso, que es negro.

—Pues la verdad es que no te entiendo. Si quieres decirme algo en particular dímelo, porque de verdad que no te entiendo.

—Pues te lo explico. Como habrás visto, mi prima tiene más o menos mi edad, y desde que la conozco ha vestido de negro; pocas, muy pocas veces la he visto vestida de otro color que no sea el negro.

—Bueno, pero yo sigo sin entender. Creo que si se viste así es porque le gusta, y si le gusta a ella no creo que a ti te moleste.

—Pues sí, sí me molesta. Me molesta porque no viste así porque le guste; lo hace por el dichoso luto. Aunque tú creas que eso ya está superado, todavía hay gente que sigue con la tradición, y a mí no me ha gustado nunca. Un poco de respeto por los seres queridos, sí; pero enlazar un luto con otro... En fin, que no me gusta.

—Mira, sé que me vas a llamar tonta, pero sigo sin entender a qué viene este tema de conversación. De acuerdo que lo de llevar luto, al menos durante tanto tiempo, es algo del pasado, algo que yo tampoco apruebo; pero sinceramente, no veo a qué viene, y precisamente hoy, hablar de este tema.

—Anda, no te enojés, no lo he dicho para que te enfades. Es que al ver a mi prima como siempre, de negro, me ha venido a la mente algo que llevo mucho tiempo queriendo decirte; mejor dicho, pedirte. Escúchame bien: si yo muero antes que tú, prométeme que no te vas a poner luto.

María volvió la cabeza y miró a Alfredo atónita. Su marido estaba muy raro, en realidad llevaba raro todo el día, pero aquello ya era demasiado. ¿Por qué hablaba del luto? De lo que debería hablar era de lo bien que había estado la fiesta, de la cantidad de gente que había acudido, del día tan maravilloso que había pasado, y en vez de

eso se ponía a hablar del luto; definitivamente, a su marido le pasaba algo.

—¡Pero bueno! ¿A ti que te ha dado con el luto? Déjate de tonterías y duérmete, que mañana hay mucho que hacer.

—Vale, lo dejo, pero no olvides lo que te he dicho: no te pongas luto, ni por mí ni por nadie. ¿Estamos?

—Estamos.

Al día siguiente, Alfredo se levantó tarde. A María no le extrañó, demasiadas emociones; además había dormido mal. Ella lo había estado observando, pues tampoco podía dormir, pero no le dijo nada; por eso cuando por fin cogió el sueño ella hizo todo lo posible para que no le despertasen.

—¡Vamos, papá, que se te han pegado las sabanas! Claro que no me extraña, con tantas emociones durante el día, y la noche... Bueno, mamá, deja de mirarme, que todavía estáis en edad.

Alfredo sonrió, pero no contestó. María le observaba, pero tampoco dijo nada, ¿para qué? Estaba convencida de que su marido no estaba bien de salud, pero no quería agobiarle; cuando volvieran a Madrid ya se encargaría ella de llevarle al médico. Aunque él no quisiera, lo llevaría, vaya si le llevaría.

María y Alfredo tenían previsto pasar todo el verano en Granada. Los hijos se marcharían a Madrid y ellos se quedarían con los nietos. Pero esto no fue posible:

desde el día de la celebración Alfredo había ido de mal a peor. Habían visitado a un médico, pero este no le aclaraba nada, se limitaba a decir lo mismo que el que Alfredo visitó en Madrid:

—Está usted muy cansado, ya verá cómo con las vacaciones se recupera.

Estaba claro que no se había recuperado, pero no le dijo nada a su mujer. Si le decía que le habían diagnosticado lo mismo que el que había visitado en Madrid, tendría que explicarle cuándo y dónde había ido al médico; y no estaba por la labor de enfadarla. Se calló, y dio por bueno el diagnóstico de este nuevo médico. Y así quedó la cosa, y cuando se marcharon los hijos se fueron ellos también.

Nada más llegar a Madrid, María pidió hora para su médico de cabecera. Tuvo suerte y se la dieron para el día siguiente. Cuando vio la cara que tenía su marido se dio cuenta de que algo no muy bueno estaba pasando; aquello no era cansancio, era algo más grave. El cuerpo de María se estremeció. No quería pensar, pero estaba segura de que aquella visita iba a tener consecuencias muy graves para ella y, claro estaba, para su marido.

Por desgracia, María acertó. Alfredo estaba muy mal; la enfermedad, que por supuesto no era cansancio, estaba muy avanzada.

—Si la hubiésemos cogido a tiempo... pero está en una fase crítica.

«En una fase crítica», había dicho el doctor Crespo; el mejor, le habían dicho a María cuando preguntó a su amiga, que al parecer le conocía:

—Trató a mi madre, y ojalá le hubiésemos visitado antes.

—Ya, como nosotros —le contestó María.

Alfredo fue decayendo día a día. María no paraba de quejarse por no haberse dado cuenta a tiempo, pero un día que su marido la vio tan apurada no tuvo más remedio que confesarle la verdad.

—Yo sabía que estaba mal. Bueno, saberlo, realmente, no lo sabía; pero lo intuía. Unos días antes de irnos de viaje fui a visitar a un médico, a uno desconocido, no quería que tú lo supieses; me dijo que podía ser cansancio, como nos dijo el de Granada. Me indicó que para estar seguro había que hacer unas pruebas; pero no fui a hacerlas porque en el fondo me temía que fuese lo que es.

—¿Pero qué me estas contando? ¿Cómo se te ha ocurrido hacer una cosa así? Mira, Alfredo, si te hubiesen hecho esas pruebas te podrían haber detectado antes la enfermedad, y a lo mejor habría tenido remedio.

—No, María, no; no habría tenido remedio. Yo sabía que no era nada bueno, por eso no quise seguir tratamiento alguno.

María se quedó callada. ¿Qué iba a decir? Podría gritarle, por no haber hecho caso al médico. ¿Pero de qué iba a servir? El mal ya estaba ahí, y lo único que quedaba

era hacerle la vida lo más agradable posible, y rogar por que estuviera con ella mucho tiempo, aunque fuese enfermo.

Le pronosticaron de uno a dos meses de vida, aunque su deseo por vivir le concedió algunos más. Pero al fin llegó su hora. Alfredo murió en paz, rodeado de una familia que le quería y mucho, y de unos hijos que no podrían haberle querido más si hubiesen sido suyos.

Fueron acompañados por muchos familiares. A algunos no los conocía María, pues vivían en distintas partes del país. El día del entierro ella estaba como en una nube; aquella situación no le parecía real, pensaba que era un sueño, un mal sueño del que se despertaría, y vería que todo había sido eso, una pesadilla. Pero desgraciadamente no lo era.

Cuando todo hubo acabado, se quedó sola; sola en un piso que había compartido en los últimos años con el amor de su vida. De los tiempos anteriores, cuando vivió allí con Tomas, no quiso acordarse; solo de su vida con Alfredo. Antes de despedirse, sus hijos le habían dicho que se fuera con alguno de ellos, pero ella no aceptó. ¿Para qué? Tarde o temprano tendría que volver, y quizás fuese peor. No, no se movería de su casa, allí estaban sus recuerdos. Además, quería comprobar algo que le había dicho su abuela cuando era pequeña. Fue a raíz de la muerte de su abuelo, al que ella quería mucho; cuando su abuela la vio llorar porque no iba a volver a verle, le dijo:

—Nadie muere totalmente si los que le querían le recuerdan.

—Pues tú no morirás, porque yo te voy a recordar el tiempo que me quede de vida.

Aquellas palabras las pronunció María cuando cerraba el álbum de fotos. Había llegado al final. La última fotografía que contenía el libro era la que se hicieron el día de la celebración de su jubilación. Allí estaban todos los que querían a ese gran hombre. Volvió a mirar aquella imagen tan querida, y decidió quitarla del libro: compraría un bonito marco y la pondría en un lugar en el que pudiese verla constantemente. Sería una manera de acordarse de él. Claro que aunque no la tuviera a la vista, se acordaría igual.

Cuando entró en el dormitorio, miró distraída al espejo y se dio cuenta del vestido que llevaba: era negro. Y de pronto resonaron en sus oídos las palabras que tanto la irritaron cuando su marido se las dijo: «¡No te pongas luto!». Se las había repetido una y otra vez. Entonces tomó una decisión:

—A partir de mañana vestiré siempre de colores —proclamó en voz alta.

Sabía que la iban a criticar, sobre todo las personas mayores; pero le daba igual, ella haría lo que le había pedido su marido.

—No, no me voy a poner luto. Desde donde estés, verás que cumplo mi promesa —le habló.

Y así fue. María no se vistió de negro, ni tan siquiera una falda negra llegó a ponerse. Se lo debía a su marido, y dijese lo que dijese los demás, lo cumpliría.

Nunca se pondría luto.

PASIÓN POR EL CINE

En una época en la que la única distracción posible, para una niña con una fantasía desmesurada, eran los tebeos o cuentos de hadas, descubrir ese gran invento que era el cine fue toda una revelación. Pero tenía una pega, una gran pega: Ana no disponía de dinero para ir al cine. Por muy barata que fuese la entrada, en los días de su infancia no existía la famosa «paga». Lo más que conseguía, y si se portaba bien, era algunos céntimos que apenas le llegaban par algún *TBO*. Como era bastante espabilada para sus años, descubrió la manera de ahorrar, y en vez de comprarlos nuevos lo hacía de segunda mano; naturalmente no se lo contaba a su madre, y así se guardaba el dinero que le sobraba sin que esta se enterase.

Otra forma que encontró para ahorrar fue la del cambio: una vez que había leído el cuento, en vez de guardarlo lo cambiaba por otro. Por supuesto tampoco lo decía, y si por casualidad le preguntaban dónde estaban los que había comprado, decía que los había prestado y no se los habían devuelto.

Por fin pudo ir al cine, pero no tuvo que gastar nada, pues en un cumpleaños del padre, este se sintió generoso

e invitó a la familia. La experiencia fue fantástica, a pesar de que la película era muda; pero para la gran fantasía de Ana este hecho fue un regalo: así se podía inventar los diálogos.

La primera película sonora que vio también fue una ocasión especial, pues era una salida programada por las monjas del colegio. Aquella sí que la dejó impactada, nunca olvidó el título: *Corona de Hierro*. por primera vez vio la maldad que algunos seres humanos podían llegar a cometer por conseguir sus deseos, en este caso, el poder. No le duró mucho el recuerdo de lo malo que observó; como el protagonista era un niño, lo cambió por una niña, naturalmente ella, y con astucia consiguió vencer al tirano.

Volvía al cine siempre que podía, aunque no era todo lo que a ella le hubiese gustado. Y seguía con sus tebeos; ahora menos, pues los estudios le restaban tiempo. Pero no dejaba de pensar en lo emocionante que era.

Otra película que impactó a Ana fue *El Árbol del Ahorcado*, no solo por el argumento, aunque este fuese del Oeste (tema que le encantaba, porque siempre se veía heroína, ya fuese *Piel Roja* o *Rostro Pálido*). En esta ocasión la emoción vino por ser la primera vez que iba a un cine de verano. Aquel año fueron a ver a los abuelos, y coincidió con su cumpleaños, y estos, sabiendo la ilusión que le hacía, le hicieron ese regalo. Lo pasó en grande. Se divirtió con el hecho de tener que ir a buscar las sillas, pues estas se iban colocando según llegaban los clientes;

y ver el cielo al mismo tiempo que la película fue el remate perfecto.

La pasión por el Séptimo Arte fue en aumento con la adolescencia, y no decayó con la juventud. Siempre prefirió el cine al baile, siendo asidua a los cines de sesión continua, sobre todo porque este sistema le permitía ir sin prisa: si llegaba con la película empezada tenía la oportunidad de quedarse a la siguiente sesión.

—Qué rara es esta niña —decía su madre—. En vez de ir al baile como todas las de su edad, está obsesionada con el dichoso cine. Lo dicho: rara, rara.

Esa rareza continuó de adulta, tanto que quiso ser actriz. No hizo cine, pero sí algo de teatro; desde luego de aficionada. Lo peor fue cuando conoció al que sería su marido, pues este, al contrario que ella, era un bailón. Tuvo que negociar, pero consiguió transmitirle a él su pasión por el cine, y de esta manera seguir con su ilusión.

Luego la televisión reemplazó al placer de pasear, hasta llegar a esa sala que habíamos escogido, porque proyectaban la última película de... Bueno, eso daba igual; le daba igual a Ana, pues no era su manera de elegir: a ella le gustaba un título y punto. Lo curioso era que casi siempre acertaba, y veía una muy buena película. Cuando eso pasó, tardó mucho tiempo en aceptarlo; no era lo mismo, en la tele no se veían los detalles que, según ella, servían para dar vida a los personajes. No, ella no aceptaba esa forma de ver cine, y mientras pudiese

seguiría yendo a las salas de sesión continua, y cuando tuviera algo más de dinero, a las de estreno.

Los años pasaban, y con ellos cambiaba la vida. Al formar una familia sus prioridades cambiaron: ya no disponía de tiempo, y tampoco de dinero, así que las visitas al cine se fueron espaciando. Ahora lo hacía en fechas especiales, y solo cuando encontraba a alguien que se quedara con los niños. En estas circunstancias tuvo que claudicar, y terminó por ver cine en la tele; no era igual, pero...

Su marido se enfadaba porque había veces que veía una y otra vez la misma película:

—No entiendo para qué la vuelves a ver, si ya sabes cómo termina.

Y después de soltar una de estas perlas se reía.

Su marido no entendía nada; no entendía que para Ana, el cine había sido su tabla de salvación, que a través de él había vivido varias vidas, y que sobre todo la había salvado de una en particular: la suya, anodina, sin más misterio que saber qué comprar para comer y con qué dinero.

Hoy, cerca de la vejez, Ana sigue recordando las largas sesiones que a lo largo de su vida aguantó, como decía su madre. Y lo hizo con una tremenda ilusión; para ella, el cine, al igual que aquellos tebeos que leía cuando no tenía suficiente dinero para su otra afición, fue lo que hizo que conociera otros países, otras formas de vida.

De otra manera no podría haber sido heroína, dama de la Edad Media, espía, misionera, y... tantas mujeres más. Y tampoco habría sido amada por esos galanes, tan guapos, que hacían soñar.

Vaya desde aquí la gratitud de todas las «Anas» del mundo para quien tuvo la brillante idea de hacer girar unas imágenes, en principio inanimadas, hasta conseguir crear algo tan hermoso llamado *el Séptimo Arte*.

PEPA *LA CANA*

Así llamaban a Josefa: Pepa *la Cana*. Cuando la conocí, era una mujer de mediana edad y de complexión fuerte. No podía decir que estuviese gorda; pero flaca, lo que se dice flaca, no estaba.

Pepa nació muy rubia, y con el tiempo su pelo no oscureció y se llenó de canas siendo muy joven; por eso se le puso ese apodo. Tanto es así que si alguien, al preguntar por ella, lo hacía por su nombre, no la conocían; solo sus parientes, claro. Para todo el mundo era Pepa *la Cana*.

La época en que vivió Pepa fue difícil (como todas para el obrero), y más si se dependía del campo. Siempre se estaba mirando al cielo: si llovía mucho y la cosecha no estaba recogida a tiempo, malo; y si no llovía y la aceituna no engordaba, peor. Así que mirar al cielo era su primer trabajo en cuanto amanecía.

Cuando ya tenía más o menos asumida la situación familiar (las nueras que le habían tocado) se le presentó un nuevo problema: el hijo pequeño, el que según ella le daba vida. Ella se casó muy joven, y tuvo tres hijos; siempre les inculcó el amor al trabajo y el respeto a los demás.

Tenía un fuerte carácter, no se dejaba avasallar por nadie; cuando las cosas se torcían y no salían como ella quería Pepa se ponía de pie frente a los suyos, ponía los brazos en jarras y alzando la voz, una voz de mujer curtida por las fatigas y las muchas penalidades, decía:

—¡Aquí no se rinde nadie! Si hay que cavar se cava, si hay que ir a por agua se va aunque se traiga en la boca, ¡pero el hoyo se hace y la tinaja se llena!

Así era Pepa, siempre con las riendas en la mano y sujetándolas fuerte, para que no se le fueran. Su marido no le iba a la zaga; eran tal para cual.

Casó a dos de sus hijos con dos hermanas. Estas eran de otro pueblo cercano al suyo. Al principio no le gustó que fuesen hermanas; decía que si no le caía bien a una, la otra se pondría de su parte, para eso eran familia, y tendría siempre a las dos en contra. Claro que, como siempre, vio el lado bueno de las cosas: como los dos hermanos iban juntos al otro pueblo, ella estaría más tranquila. El uno protegería al otro. Menos quebraderos de cabeza.

Un día, cuando volvió del campo y después de encerrar al ganado, su hijo pequeño se le puso delante, y sin dejarla rechistar dijo:

—¡Madre, voy a emigrar! —y sin darle tiempo a contestar continuó—: Mire, madre, en el pueblo no hay trabajo para todos, así que me voy a América, que me han dicho que allí se hace la gente rica.

Pepa no pudo contenerse más, y como si de una metralleta se tratara soltó ráfagas sin descansar.

—¿Pero de qué emigración me hablas? Tú te has vuelto loco, ¿dónde están los que han vuelto ricos? Yo no conozco a ninguno. Además, ¿qué es América y dónde está?

Las preguntas de la madre no hacían mella en el hijo, y este no daba su brazo a torcer, así que Pepa optó por callar y dejar que aquella tontería se le fuese de la cabeza. Pero no fue así, y la madre vio cómo su hijo pequeño, aquel que no le daba problemas, se fue.

Al principio escribía alguna carta que otra, pero estas se fueron espaciando y de aquel hijo nunca más se supo. Esto le dolió mucho; pero como no podía hacer otra cosa lo asumió, y se centró en los preparativos de la boda de su hijo mayor. El mediano ya hacía un tiempo que se había casado; se decía a sí misma que mientras estuviera ocupada no le daría tiempo a pensar, así que como siempre puso buena cara al mal tiempo y se dedicó a incordiar un poco a la nueva pareja.

La verdad es que la vida de Pepa era de todo menos aburrida. A la falta de cosas imprescindibles, algo común a todos los pobres, se unía no solo el problema con los hijos: la convivencia con su marido era de lo más difícil de llevar en una época machista, donde la mujer estaba considerada propiedad del marido y por tanto solo con los derechos que este le quisiera otorgar. Que una mujer

fuera como ella no era corriente; así que su lucha por dejar claro quién era, la fatigaba bastante.

Del carácter de su marido dio fe un hecho que aconteció, algo raro y que nunca se aclaró del todo. Según contaban los del lugar, algo había hecho el hombre que no estuvo bien, claro que como sucedió «era como tenía que ocurrir», y ocurrió.

El marido de Pepa se llamaba Pedro, pero todos le conocían como *el Tío Perico*. Algunos decían que era gitano, pero nunca se supo si lo de gitano le venía por su comportamiento, o porque lo era de verdad. Su estilo de vida era el de un nómada, y cuando no tenía faena en el campo se dedicaba a los rodeos y ferias de ganado. Fuese como fuese, gitano o no, lo cierto es que el *Tío Perico* no se metía con nadie, siempre que no le molestasen a él. Cuidaba de su cachito de viña y algunos árboles frutales; no eran mucho, pero sí lo suficiente para hacerle el avío. Y fue precisamente por ese poquito de terreno por lo que «ocurrió lo que corrió». Llevaba un tiempo notando que le faltaba fruta, y después de varios días de vigilar se dio cuenta de que algo raro ocurría con las lindes. No es que le quitaran las frutas de los árboles: es que le habían cambiado las lindes. Y eso sí que no. Después de hacer guardia durante unos días, descubrió al ladrón, y le recriminó lo que había hecho; el vecino lo negó y dijo que él no había tocado ninguna linde, que estas siempre habían estado como estaban entonces. El *Tío Perico* se

acaloró, cogió una piedra, se la tiró y le acertó de lleno en la cabeza.

Unos dijeron que el vecino ladrón no había salido con vida; otros que sí, y que su muerte se debió a otros males. Lo cierto es que el tema no se aclaró, pero la mayoría de sus paisanos pensaron que tenía razón, que a un hombre de campo no se le toca sus lindes, y así quedó la cosa.

Este hecho a Pepa le dolió bastante, pues aunque creía que su marido había hecho lo que tenía que hacer, no dejaba de pensar que tal vez había sido el causante de la muerte del vecino; y por muy ladrón que fuese, no tendría que haber terminado de esa manera.

Poco a poco las cosas se fueron calmando, y su vida volvió a la rutina de siempre. Como ya era abuela y de muchos nietos (nueve vástagos tuvo el mayor y cuatro el segundo), hacía muchos viajes al pueblo donde vivían sus hijos. Lo disfrutaba mucho, pues para ella era una alegría ver a tanto chiquillo junto; además sus nueras no habían resultado ser como ella se imaginaba y no se llevaban mal. Estas idas y venidas duraron hasta que se quedó viuda; cuando esto ocurrió, sus hijos le propusieron que se fuese a vivir con ellos, porque no les parecía bien que estuviera sola. Se lo pensó, pero al final decidió que era lo mejor, así que se fue a vivir con sus nueras.

Sus hijos vivían en una casa grande; los matrimonios habían decidido que lo mejor era vivir juntos. Los que más lo disfrutaban eran los primos, que se criaron como

hermanos, lo cual les duró toda la vida. Cuando Pepa llegó al nuevo pueblo, pensó que estaba bien vivir cerca, pero que era mejor que cada uno tuviese su propia casa. A las casas grades se les llamaba «casa entera», así que decidió partirla y hacer dos «medias casas». Y ella se ocupó de las gestiones y de pedir una hipoteca, que se avaló con la propia casa. Se pagaba puntualmente, para eso Pepa era muy suya; no quería que la llamasen la atención por no pagar. Sus hijos eran buenos trabajadores, y aunque no les sobraba el dinero, pero tampoco les faltaba.

La matriarca se las prometía muy felices, pero no contaba en esos momentos con la fatídica guerra que lo estropearía todo. Pero eso fue mucho después de hacer sus planes, y durante un tiempo la familia de Pepa vivió feliz.

En esta etapa de su vida, Pepa vivió un hecho del que se habló en el pueblo durante mucho tiempo, y que dio fe del valor que tenía esta mujer. El pueblo donde ahora vivía no era pequeño, pero no se podía comparar con el suyo, ya que donde ella había nacido y vivido era una ciudad, «nada menos que cabeza de partido», solía decir. Bueno, lo decía porque era verdad. Lo que más le gustaba a Pepa de su pueblo (ciudad) eran sus comercios. Allí había de todo, más que en el que ahora vivía. Así que cuando tenía que hacer alguna compra y no la encontraba, se iba a su pueblo, se pasaba el día paseando por sus calles, hacía sus compras, y por la tarde volvía en el tren

cargada con ellas y pensando en lo que le dirían cuando viesen las cosas tan bonitas que llevaba.

Una vez, cuando llegó a la estación se había hecho de noche. Aunque el pueblo no estaba lejos, y no le daba miedo la oscuridad, tenía ganas de llegar a casa y recogerse, sobre todo cuando se dio cuenta de que tenía que pasar, obligatoriamente, por el cementerio. A pesar de no tener miedo de la noche, cruzar por allí a esa hora le daba un poco de respeto; claro que como bien pensaba, hay que tener más miedo a los vivos que a los muertos. En estas estaba cuando le pareció ver que algo brillaba en la oscuridad. Creyó que eran unos ojos, pero no sabía a quién podrían pertenecer, pues eran muy grandes. Siguió caminando, y los ojos la seguían y estaban cada vez más cerca, así que muy a su pesar empezó a tener miedo. Pronto los pasos ligeros se convirtieron en una carrera, y después de pensar una y otra vez en lo que sería «aquello», llegó a la conclusión de que lo que la perseguía era un lobo. Hacía unos días que había oído decir en el pueblo que los lobos estaban cerca, así que seguramente los ojos que la perseguían eran de este animal. Con el miedo en el cuerpo corrió más aún. Le pareció que si no hacía algo era seguro que el dichoso lobo la iba a alcanzar; de pronto se acordó de la compra que había hecho, abrió el paquete donde la llevaba, y con gran pena por lo que iba a hacer y sin pensarlo más, cogió una gran sartén y la empezó a arrastrar por el suelo. Esperaba que el ruido

que esta hacía ahuyentaría al animal. Claro que le dolía hacer eso; ella había comprado esa sartén para hacer unas buenas migas a su familia (por cierto, según decían las hacía muy ricas).

Siguió corriendo y arrastrando por la tierra el objeto, que sonaba mucho, pues era de hierro. Pero no por eso los ojos dejaban de seguirla. Cansada y asustada, Pepa divisó las luces del pueblo; ya la quedaba poco: su casa estaba cerca. Al fin pudo descansar cuando vio que el lobo, o lo que fuese que la seguía, se había ido. Miró su mano, la tenía roja de tanto apretar. Siguió con la mirada el largo mango de la sartén, y vio con horror que donde antes había un utensilio ahora había un aro: su sartén, su hermosa sartén, se había quedado sin fondo.

Cuando por fin entró en casa, y después de descansar un poco, contó a la familia su odisea, que tras comprobar que se encontraba bien no le dio más importancia al tema. Pensaron que esto la serviría para no viajar sola. A Pepa no le hacía tanta gracia lo ocurrido; ella tenía mucha ilusión por hacer migas en una sartén tan grande, y además le había costado muy cara. Pero como siempre, buscó otra cosa en qué pensar, y poco a poco se fue olvidando.

Quienes no lo olvidaron tan fácil fueron sus vecinos, y por algún tiempo el tema se convirtió en un buen motivo para entablar conversación y decir algún chascarrillo que otro sobre el asunto. Al final, nuestra heroína pensó que era mejor perder una sartén que la vida.

Cuando llegó el momento de reunirse con su marido «allí donde estuviese», no era muy mayor; pero había vivido mucho y muy intensamente, así que se sentía cansada. Lo que deseaba era terminar ya. Además, los suyos estaban bien, tenían trabajo y una buena casa. Murió tranquila y serena, con una sonrisa que, como decían los que la conocían de siempre, nunca le habían visto.

Lo que no supo la pobre Pepa es que unos años después, por culpa de una nefasta guerra, sus seres queridos se vieron en la calle. La famosa hipoteca que ella había pedido no se pudo pagar, y las casas se subastaron.

Pero esta es otra historia que compete a otros; quizás algún día se escriba.

QUERELLA CRIMINAL

—¿Quieres levantarte de una vez?

Le miré con los ojos entrecerrados. La verdad es que no sabía si estaba despierta o todavía estaba soñando; bueno, decir que estaba soñando era decir mucho. Lo que estaba teniendo era una pesadilla, de esas que hacen época. Le volví a mirar, me restregué los ojos; no, no estaba dormida, estaba despierta, y no pasaba nada (fuera de lo normal). Lo que pasaba era que no había oído el despertador, y por eso no me había levantado, como tenía por costumbre, para prepararle el café, algo que hacía desde el mismo día en que dijimos «Sí quiero». Desde entonces mi obligación era levantarme al primer sonido de la alarma del despertador, llamarle para que se fuese espabilando, hacerle su café, ponerle el almuerzo en la tartera, pues no comía en casa, e irle llamando varias veces; levantarse le costaba varias llamadas. Por eso estaba tan enfadado, pues no había hecho, según él, lo que debía.

—¿Pero se puede saber de qué vas? ¿Y por qué me miras de esa manera?

—¿Cómo te estoy mirando? Yo creo que como siempre. ¿Tú crees que no? ¿Pues sabes lo que te digo? Que puedes gritar lo que te dé la gana, hoy no pienso servirte el café, no te voy a poner el almuerzo, y no me voy a levantar hasta que no sea la hora de despertar a los niños para el colegio. ¿Lo has oído bien?

Él me miró, incrédulo. «No es posible, mi mujer debe de estar loca, ¿cómo se le ocurre hablarme así?».

No pudo aguantar más, volvió el rostro hacia mí y levantó la mano. No era la primera vez que lo hacía, así que pensó que solo con el ademán le iba a responder levantándome enseguida, y además pidiéndole perdón. Pero esa vez no me levanté; esa vez le miré desafiante y con la voz muy tranquila le dije:

—¡Si me pones la mano encima te pongo una querrela criminal!

Él me miró incrédulo. «¿Qué ha dicho que va a hacer?». La verdad es que no sabía qué era eso de la «querrela», pero le sonaba a algo raro. Miró el reloj, se estaba haciendo tarde y no iba a llegar a su hora al trabajo. De momento lo dejó así, cuando volviera ya vería lo que hacer.

Cuando oí el portazo, me levanté. Estaba muy nerviosa, no me explicaba cómo tuve valor para hablarle de esa manera. Estaba claro que la charla a la que había asistido el día anterior me había hecho ver que estaba siendo víctima de malos tratos; lo que no acaba de entender era cómo

no me había dado cuenta de lo que estaba pasando. ¿Sería porque era lo que yo había visto en mis mayores? Claro que a mí no me parecía que un hombre que te mandase como si fuese tu amo fuese un maltrato; a mí me habían enseñado que había que obedecer y punto.

Pero aquella charla, a la que fui por casualidad, me abrió los ojos y me mostró un camino que de no haber asistido nunca hubiese recorrido. Naturalmente, lo que vino después fue un caos: él me amenazaba con la mano abierta; y yo seguía con la famosa querella. Él no cumplió su amenaza, pero yo sí. No puse una querella criminal, entre otras cosas porque no tenía idea de en qué consistía; simplemente lo había oído, y me pareció que si lo decían como si fuese una gran amenaza, tendría que ser algo muy grave. Afortunadamente él tampoco sabía en qué consistía, así que en cuanto tuve ocasión yo sí presenté una demanda. ¡Una demanda de divorcio!

RENACER

Lo primero que vi al conocer a Virtudes fue una mujer triste. Parecía que estaba enfadada con la vida. Su mirada reflejaba dolor, caminaba arrastrando los pies como si llevara un gran peso, como si llevara el mundo encima. Sus palabras, o mejor, su falta de palabras, me hicieron pensar que había sufrido una pérdida muy grande. Poco a poco conseguí que se abriese a mí y me contase qué le pasaba. Su historia era como muchas otras, en las que la tragedia de un desengaño las hace empequeñecer y plantearse el futuro con una pregunta: «¿Qué voy a hacer ahora?».

Después de unas cuantas horas de charlas con ella supe de su historia. ¿Cuántas habré oído como esta? Muchas; pero aunque parezcan iguales realmente no lo son. Cada persona es un mundo. Los problemas pueden parecerse, pero... Es ese «pero» lo que me ha hecho escuchar cada historia como si fuese única, porque realmente para la persona que vive esa historia así es.

Virtudes hacía honor a su nombre: tenía muchas, pero no las conocía. Y no las conocía porque desde muy pequeña se tuvo que dedicar a los demás, y no la dejaron

tiempo para ella. Su formación académica fue más bien escasa. Nacida en una época en la que no había de nada, sobre todo para el obrero, hizo lo que toda la gente sin posibles tenía que hacer: trabajar, trabajar duro para ayudar a que la familia saliese adelante. Así que a la edad en la que se supone que lo que tiene que hacer un niño es ir al colegio, ella tuvo que ir a una fábrica. No se quejaba, era lo que había que hacer y punto; pero esto no impedía que en el fondo de su corazón tuviera esa espinita clavada: el colegio.

Se enamoró muy joven, y como toda persona enamorada fue construyendo su futuro alrededor de este amor. La vida no les fue bien, el trabajo escaseaba; así que, con dos hijos pequeños, marchó a buscarse la vida a otro país. Fueron años duros, pero los soportó con ánimo. Su marido y sus hijos estaban ahí; para ella eso era lo principal: la familia, esa familia que ella había formado con todo su cariño, a veces con privaciones, pero siempre con un gran amor por ella.

Su estancia en el extranjero no fue muy larga, el país tiraba mucho y la familia más, así que volvieron. Trabajaron mucho para poder tener una vida digna. Para Virtudes lo esencial era el bienestar de sus hijos, y por ellos hizo todo cuanto pudo, sin importarle el trabajo que esto conllevase. Pero las cosas en el matrimonio no marchaban bien. Ella hacía todo lo posible para que no fuera así, pero las cosas de parejas son de dos, y si eso solo lo aplica uno,

está claro que tarde o temprano la pareja se rompe. Aunque no fue enseguida, esa ruptura estaba cantada.

Esta fue la historia que ella me contó. Cuando lo estaba haciendo, me pareció que se sentía un poco culpable, porque una de las cosas que tiene la ruptura de una unión es que, cuando se produjo esa unión, se suponía que era para toda la vida. Le hice ver que no era así; me costó mucho hacérselo comprender: fueron muchas tardes de charlas, de darle ánimos, de empujarla para que espabilara, y sobre todo, para que empezara a quererse; pues eso era precisamente lo que no sabía hacer. Como en casi todas las mujeres de su generación, el quererse a una misma parecía poco menos que un pecado, puro egoísmo por parte de quien así lo hiciese; algo que no es verdad pero que cuesta trabajo admitir. Afortunadamente, la mujer va desterrando estas creencias. Eso fue lo que le pasó a Virtudes: que empezó a quererse, a vivir un poco para ella misma. Le costó mucho hacerlo, pero poco a poco, lo hizo.

Cuando tuvimos la confianza suficiente para confesarnos mutuamente, entendí el porqué de su silencio, de su timidez, de sus miedos. Durante mucho tiempo tuvo que aprender a callar para que hubiese paz en su casa, y como muchas mujeres de su época creyó que si callaba el matrimonio sería para toda la vida, y si la pareja que te había tocado en suerte, no era que tú esperabas, pues...

—Pues eso era lo que yo hacía, callar y aguantar —me dijo Virtudes, cuando ya pudo hablar sin miedos—. Pero claro, llega un momento en que no puedes más, y dices ¡hasta aquí! Y hasta aquí es donde he llegado.

Y hasta ahí había llegado; y ahora lo que buscaba era su sitio en un mundo que le venía grande. No porque fuese cobarde, que no lo era, eso lo había demostrado y mucho; pero no sabía cómo caminar sin tener que dar explicaciones de sus pasos, sin temor a qué le dirían si se retrasara. ¿Con quién iba a hablar? Ese era otro de sus retos. Sus amistades estaban dentro del círculo de la pareja, pero ella ya no estaba en ese grupo, y no sabía cómo hacer para entrar en otro.

Poco a poco, paso a paso, se incorporó a un nuevo grupo, el de otras mujeres que al igual que ella tuvieron el coraje de decir «¡Hasta aquí!». Y así descubrió que había otro mundo fuera del que ella conocía; que mientras estés viva, tengas la edad que tengas, tienes mucho que aprender; que si te caes tienes coraje para levantarte, que no hay obstáculos que no puedas vencer si así te lo propones.

No dejo de asombrarme cada vez que veo sus progresos. Apenas queda algo de aquella mujer que un día vino a mí a preguntarme, sin hablar, qué iba a ser de su vida, y sin palabras también, me dejó claro que no estaba segura de poder con lo que le había tocado vivir. Fueron muchas horas, es verdad, pero no fueron inútiles. Salió,

vaya si salió adelante; con un poco de ayuda, pero lo hizo ella, porque aunque no se lo creyera, estaba capacitada para hacer lo que ha hecho: renacer, y aprender todo aquello que en su día nadie le enseñó: a quererse, a valorarse, a no sentir miedo a lo desconocido, a vivir, a disfrutar el momento, a tantas cosas; cosas que le parecían imposible y que ahora ha aprendido.

Su historia continúa, porque si algo le ha quedado a Virtudes es que, tenga la edad que tenga, seguirá aprendiendo, y sobre todo seguirá viviendo y queriéndose, algo que ella ha aprendido muy bien, tanto como para enseñar a otras que como ella en su día tampoco aprendieron.

Virtudes, cual Ave Fénix, renació de sus cenizas para alegría de aquellos que la quieren y ahora admiran.

Desgraciadamente aún quedan muchas mujeres como Virtudes; afortunadamente también hay mujeres (y hombres) que hacen ver a estas «Virtudes» que hay otra vida, que da oportunidades a quien tiene el valor de reconocer que, si no estás bien con la que hasta ahora llevas, puedes, sin ningún remordimiento, aspirar a otra, en la que te encuentres a ti misma.

SE ACABÓ

«Se acabó», se dijo Rosa cuando ya no pudo aguantar. Aquel matrimonio era un verdadero infierno, y no lo pudo soportar más; «se acabó, se acabó y punto».

Pero no siempre había sido así. Hubo una época en la que todo era felicidad, en su casa no se oía una voz más alta que otra, y si en alguna ocasión los hijos contestaban a su madre, el padre los reprendía, y les dejaba muy claro que como se volviese a dar esta situación el castigo sería para recordar:

—A las madres no se les contesta, cuando ella os regaña es porque os lo merecéis.

Cuando Rosa hablaba con sus amigas de cómo era su marido, estas la envidiaban. Los suyos no eran así: no estaban pendiente de sus necesidades; por supuesto, no se acordaban de su santo ni del aniversario de boda, para nada. Y si por casualidad, alguna de estas amigas le reprochaba al cónyuge su conducta diciéndole que ya se podía parecer al marido de Rosa, el interpelado le contestaba:

—Ahí hay gato encerrado, los hombres perfectos no existen.

Y así eran las cosas con prácticamente todas las amigas de Rosa. Cuando estos comentarios llegaban a ella fruncía el ceño, y decía no entenderlos: su marido era de lo más normal. Y si los otros no eran así sería porque sus mujeres no se lo merecerían, y punto.

Estando cerca el décimo aniversario de su boda pensó en el regalo que le podría hacer feliz. Todos los años le había hecho un buen regalo, pero en esta ocasión quería que fuese especial; diez años eran diez años. Pensó también que debería comprarse un vestido bonito, pues como era natural él la invitaría a un sitio muy especial, y no era cosa de ir de cualquier manera. Por el dinero no se preocupaba, su marido no le ponía pegas a la hora de utilizarlo; decía que lo ganaba para gastarlo. Así que se preparó para ir de compras, pidió hora en la peluquería, le dijo a su madre que se hiciera cargo de los niños, y se las prometió muy felices para la efeméride.

Los días previos fueron más o menos iguales a lo normal. Como de costumbre confió a sus amigas sus planes; lo hacía porque estaba contenta, pero también porque, acostumbrada como estaba a los comentarios negativos de estas, quería acallarlas, y por qué no, darles un poco de envidia.

La noche anterior al aniversario le comentó a su marido los planes que tenía para el día siguiente. Él escuchaba en silencio, y no hizo ningún comentario sobre

los planes de su mujer; se limitó a asentir con la cabeza, gesto que la extrañó. Pero no le dio más importancia, pensó que estaba tan absorto en el periódico que no se había dado cuenta de todo lo que ella le estaba contando. Bueno, no había que dramatizar; después de todo iban a hacer lo que todos los años. Seguramente por eso no había prestado atención.

El día amaneció nuboso y gris. Si Rosa hubiese sido aprensiva habría visto en esa nubosidad algún mal presagio, pero no fue así; Rosa era la positividad hecha mujer. Preparó el desayuno como todos los días, levantó a los niños para que Javier se los llevase al colegio como siempre, les puso el abrigo, les colocó la cartera, le ofreció a su marido la chaqueta y besó a sus hijos. Cuando les abrió la puerta, les dijo a los niños.

—Bueno, ya sabéis que hoy os recogerá la abuela y pasaréis la noche en su casa, así que portaros bien.

Y fue en ese momento cuando Javier se volvió hacia su mujer, y en un tono que ella no le había oído nunca a su marido, le preguntó por qué los niños iban a quedarse con su madre. ¿Por qué iba a ser? La cena de aniversario, ¿acaso la había olvidado? No, no lo había olvidado; pero es que no podrían ir porque tenía mucho trabajo y saldría tarde. Pero no se lo dijo antes para evitar el enfado que presentía si lo sabía.

Rosa pensó que aquello era muy raro, pero no dijo nada; solo pudo contestar:

—Bueno, no pasa nada, llamaré a mi madre y le diré que no recoja a los niños. También anularé la cita en la peluquería; realmente, si no voy a salir no lo necesito.

La salida de tono que su marido tuvo en ese momento dejó a Rosa descolocada. Le prohibió que no hiciese lo que estaba diciendo que haría, tenía que hacer todo cómo lo había planeado. Y con un tono de voz algo más suave añadió que a lo mejor lo podía solucionar, y si no a cenar quizás sí podían salir a tomar una copa. Dicho esto se marchó a trabajar, y por primera vez se fue sin darle un beso.

Lo ocurrido aquel día le dio qué pensar. ¿Qué estaba pasando? Aquel no era su marido. A lo largo del día se fue serenando, hasta llegar a pensar que no era justa, si trabajaba tanto era para que no les faltara de nada. Seguramente él estaba tan enfadado por no poder cumplir lo que le había prometido. «Bueno», pensó, «cuando venga esta noche le pido perdón por no haberle comprendido, por no darme cuenta de que su enfado se debía a su desilusión».

A la hora de la comida él la llamó y le dijo que no iría a casa, que se quedaba en la oficina y así adelantaba el trabajo; quizás pudiera ir antes de lo esperado. Esto la animó, y pasó el día alegre y contenta, este era su Javier de siempre. «¡Qué tonta, pero qué tonta! Mira que pensar mal de él, si es el mejor marido del mundo».

Pasó la tarde, llegó la noche, pasó la hora en la que solía llegar a casa, pasó la hora de la cena, pero él no

llegó. Rosa por fin comprendió que aquella noche no se celebraría nada, y sin cenar, pues el disgusto que estaba teniendo le había quitado el apetito, se fue a la cama.

Cuando apareció de madrugada, Rosa estaba despierta, pero fingió que dormía y no le dijo nada. Pasó el resto de la noche en vela, pero no se movió para que él no lo notara; aquella noche fue la primera de otras muchas que pasaría en blanco. Y a pesar de ese optimismo del que siempre había hecho gala, no pudo dejar de pensar que algo estaba cambiando en su matrimonio, y que ese algo no era nada bueno.

No se equivocó. Cuando se levantaron aquella mañana, no fue como otras veces. Apenas se saludaron, ella esperando una explicación y él esperando el desayuno y mirando el reloj. Al no estar los niños no fue necesario hacer ningún comentario sobre ellos, y armándose de valor logró preguntarle si iría a comer; él le dijo que no lo creía.

Se marchó sin decir ni adiós. Rosa no se pudo contener y estalló en sollozos, ¿pero qué estaba pasando? Esto tenía que ser una pesadilla, no era posible que fuese verdad, su Javier no era así. Algo le estaba pasando. No dejó de pensar en el tema en todo el día. No comió, no podía; cuando se dio cuenta de la hora que era procuró cambiar la cara: los niños estaban al llegar, y no era cosa de que la vieran así. Además, ella estaba segura de que aquella noche todo se aclararía; su marido le pediría perdón y le explicaría el porqué de su conducta.

Pero nada más lejos de la realidad. Javier no le pidió perdón, ni esa noche ni las noches siguientes; al contrario, su carácter cambió. No hubo una palabra amable, solo cuando los niños o la familia estaban delante él volvía a ser el de siempre, pero después nada. Rosa por fin se decidió a contárselo a una de sus amigas, a aquella que ella veía más seria y formal; y cuando esta la escuchó le dejó muy claro que su marido no había cambiado, que siempre había sido así, que era ella la que no lo había visto nunca.

Al llegar a su casa pensó en todo lo que le había dicho su amiga. Hizo un repaso a toda su vida con él, sobre todo desde el momento de su boda, y por primera vez vio la verdad de lo que esos años habían sido: ella nunca había discutido con él, pero es que nunca le había llevado la contraria, porque todo lo que hacía le parecía bien. No veía por sus ojos, veía por los de él. Después de pensar y pensar, llegó a la conclusión de que había vivido una mentira; se dio cuenta de que había estado sometida sin saberlo, de que su marido, su perfecto marido, había sido perfecto... un perfecto manipulador. Se hizo el firme propósito de no volver a caer en el mismo error en el que había vivido en los últimos años. Empezó por indagar si las horas extraordinarias eran eso, horas extraordinarias en el trabajo, o en otro sitio; las averiguaciones la llevaron al esclarecimiento de la verdad, y esta verdad la llevó al horror que vino después.

Cuando se vio descubierto, su querido Javier le hizo la vida imposible; los únicos momentos en los que le veía con un asomo de aquel que fue siguieron siendo como siempre, cuando estaban delante de alguien.

Como pudo aguantó el suplicio, hasta que averiguó por qué el día de su décimo aniversario se comportó de la manera que lo hizo. Supo que había tenido muchas aventuras fuera del matrimonio, pero todas habían sido eso, aventuras. No obstante, la última no lo era: él le había prometido a la otra que se divorciaría y se casaría con ella. Pero era demasiado cobarde para enfrentarse así, sin más, a la realidad de esa separación. Y cuando vio cómo se había ido desarrollando el dichoso aniversario, supo el camino a seguir. Decidió que lo mejor era hacerle la vida imposible a Rosa para que ella lo hiciese por él. Y lo consiguió.

Una mañana, al levantarse, se armó de valor, se plantó delante de él y se lo dijo. Tendría que luchar, y mucho; pero por fin se le había caído la venda de los ojos. Lo vio todo con claridad, y comprendió que ella valía demasiado para seguir siendo la sumisa boba que había sido hasta ahora. Se preguntó cómo había podido estar tan ciega para no ver la realidad; pero de eso se valían los que, como su marido, maltrataban a las mujeres: de la ceguera de las mujeres enamoradas. Afortunadamente, llega el momento en que estas se plantan y dicen: «Se acabó».

SOÑAR NO CUESTA DINERO

«Soñar no cuesta dinero». Eso decía mi madre. «Cuidado con lo que desees, se puede hacer realidad». Eso dice una amiga mía.

Yo soy muy soñadora, en ocasiones sueño despierta y deseo, muchas veces, que ese sueño se haga realidad. ¡Soñar es gratis!, gritan mis neuronas cuando recuerdo las palabras de mi amiga. En ese momento mis gritos pueden más que su consejo, así que a soñar se ha dicho. Claro que soñar tiene una pega, y es que si te metes demasiado en el sueño, y este no se cumple, la sensación de vacío puede ser muuuuuy grande. Y eso es lo que me suele suceder a mí: yo sueño y sueño, pero nada, que no hay manera. A mí me pasa como a Alaska, solo que ella se pasaba la vida bailando, pero... igual, cambiando el verbo. ¿Y a qué conduce esto? En mi caso, a que tal vez por tanto soñar y esperar a que se cumpla el sueño, he dejado de vivir la vida real; y seguramente no he vivido, como debería, algunos momentos.

Cuando era joven, mejor dicho, una niña, soñaba con volar. Sí, volar, literalmente; en mis sueños me veía levantar el vuelo como los pájaros. Si Sigmund Freud

hubiese analizado ese sueño, posiblemente habría dicho que eso de volar era simbólico, que realmente lo que yo quería era hacer grandes cosas, que... bueno, eso, que era metafórico. Pues mire usted, señor Freud, que no, que lo yo quiero es volar y punto. Era lo que los entendidos llaman «sueño recurrente». Pues tal vez, aunque realmente no sé qué es eso de recurrente; pero...

Bueno, sigo con lo mío. Después de un tiempo cambié ese sueño. Ya no volaba; bueno, sí, pero en un avión, porque en esta ocasión volaba hacia el nuevo mundo. Tenía tantas historias de santos leídas que me llegué a creer que yo era una nueva Teresa de Ávila. Después de haber leído su biografía, quise, como ella,irme de misionera a África, al Nuevo Mundo, allí donde se necesitase la evangelización. Quería hacer todo eso por haber leído y oído a su padre contar historias de esas tierras. Yo quería irme porque las monjas de mi colegio, con tanto hablar que los «negritos» necesitaban nuestra ayuda, no económica (en esa materia no se metían) sino espiritual, me hicieron creer que debería hacer algo para ayudar. Y soñé. Soñé que me iba y ayudaba a que comprendieran el Evangelio. Pero al igual que Teresa de Ávila, no me fui, y tampoco me metí a monja, que hubiese sido otra opción.

Cuando aquellos sueños pasaron, como es natural, dada mi imaginación y mis deseos de volar, con alas o sin ellas, pero volar, mi siguiente sueño fue más personal.

Como no tenía hermanos, me inventé una historia; igual que en las series americanas los hijos únicos tienen amigos invisibles, yo tenía hermanos, y no uno, sino varios. Tanto lo pensé que durante mucho tiempo fue el tema de mis sueños.

El mismo sueño nunca me duraba mucho, así que cuando vi que, por mucho que lo soñase y desease, no iba a tener ningún hermano, cambié de tercio, y a otra cosa. Como el tema de la Iglesia me seguía intrigando, pues todavía estaba en el colegio de monjas, volví a mis anteriores deseos. Esta vez quería ser monja; cuando estaba en la capilla del colegio notaba una paz y una tranquilidad... Pues a soñar: me veía con la toca, enseñando y rezando. En fin, que yo, erre que erre. A todo esto me iba haciendo mayor, y claro, con la edad del pavo (que se dice) me encapriché de un chico que para nada se fijó en mí. Así que eché la imaginación a volar, pero tanto voló que ya estaba casada y con hijos, viviendo en un sitio que no conocía, y haciendo cosas que no tenía ni idea de cómo conseguía hacerlas.

Una de las cosas que más me gustaba, aparte de leer, era el cine. No iba mucho, porque el dinero no daba para ello, pero cuando iba tenía para muchas noches de sueños, en los que, claro está, yo era la protagonista. ¡Ay!, la cantidad de papeles que hice, en lo que me duró ese sueño. Tan pronto estaba en la Edad Media, como en el Oeste; y si las películas que veía eran las típicas de Semana

Santa (de romanos la mayoría), pues en ese caso yo era una mártir.

Había un nexo de unión en todos mis sueños: fuesen estos del tema que fuesen, en todos ellos el deseo de volar era constante. Volaba saltando de un tejado, o al revés: me elevaba del suelo. Y que conste que en esa época yo no había visto *Superman*, pero lo hacía como si fuese él.

Hablando de personajes cinematográficos, durante una temporada me dio por leer revistas donde los personajes principales eran actores y actrices, y me propuse ser estrella de cine; máxime cuando, por casualidad, fui testigo del rodaje de una película cuya protagonista era Marisol. En este caso no solo soñaba dormida, también lo hacía despierta, pero...

Cuando yo veía a una mujer conductora, la envidiaba y quería ser como ella. No envidiaba la posesión del coche; lo que realmente me atraía era la conducción. Al principio no soñaba, solo lo deseaba; pero con el tiempo, cómo no, se convirtió en el consabido sueño. Este se prolongó hasta que tuve el carnet acreditativo de mi hazaña, ¡sabía conducir! Por fin un sueño que se hacía realidad. Y, cosa curiosa, cuando hube conseguido el tan ansiado papelito, no tuve más ese sueño.

Pero como bien dijo Calderón de la Barca, «La vida es sueño y los sueños, sueños son».

Y lo mío era eso, Sueño. Nunca he sabido si mis sueños eran provocados por mi inconformidad con la

vida que me había tocado vivir, o si por el contrario eran porque tenía una fantasía desbordante. No lo sé. Lo que sí sé es que, a pesar de hacerme mayor, no dejaba de soñar.

Cuando decidí casarme, lo hice con ilusión y desde luego con el deseo de ser feliz; claro que cuando me propuse esa meta no conté con el dicho tan usado por mi abuela: «El hombre propone y Dios dispone». Si hubiese contado con él, me habría ahorrado tener que soñar para ser feliz. Está claro que no lo fui, y empezó una nueva etapa en mis sueños.

Ahora eran más trágicos. Ya no volaba, sino que corría, corría con todas mis fuerzas. Y durante el tiempo que duraban estos sueños yo era feliz: no me alcanzaban, no lo conseguían por más que lo intentaban. No veía quiénes eran, pero daba igual. Cuando me despertaba lo hacía con alegría, esa sensación de libertad me daba ánimos para afrontar el día: por muy amargo que este fuese me quedaba la noche para soñar. Aunque por mucho que soñase, no podía cambiar la cruda realidad. Así que llegó el momento en que los sueños se convirtieron en pesadillas, y por más que corría apenas avanzaba: siempre me encontraba en el mismo lugar.

Como el destino es lo que es, por casualidad surgió algo en mi vida que me hizo volver a soñar. Las pesadillas cesaron de momento; pero cesaron en el mundo onírico, porque las tuve en la vida real. Llevar adelante el nuevo proyecto que surgió de la casualidad, hizo que mi vida,

si antes era de todo menos fácil y alegre, se convirtiera en un infierno. Aquello que me gustaba y deseaba no era compatible con la persona con quien compartía mi vida; así que hice lo que solía a hacer cuando la realidad me superaba: busqué en la ficción lo que no tenía.

Mis sueños me salvaron de caer en un pozo oscuro; pero como de sueños no se puede vivir, por mucho que disfrutara con ellos (cuando no eran pesadillas) tenía que vivir la vida, y desear con muchas fuerzas todo aquello que me hubiese gustado tener. La mayoría de las veces no eran cosas materiales, no eran cosas que necesitaran dinero; pero no las conseguí. Así que desterré de mi mente la seguridad con que mi amiga me obsequiaba cada vez que yo le comentaba aquello que me gustaría... «Cuidado con lo que desees, se puede hacer realidad». Para nada; a mí no se me realizaban los deseos, pusiese el empeño que pusiese.

Lo que sí hice, y me costó mucho, fue realizar aquel proyecto que me ofrecieron. Durante un tiempo me olvidaba de la realidad cotidiana, me centraba en él; pero como dice otra amiga, «qué poco dura la alegría en casa del pobre». Efectivamente mi alegría duró poco; no porque no siguiera con el proyecto, que sí, pero con obstáculos grandes, enormes más bien. Los salvé como pude, pero dejándome, si no la vida, sí la alegría. Sin embargo, yo he sido siempre muy terca, y si algo me gusta intento por todos los medios hacerlo. En esta

oportunidad también, y volví a soñar; aunque en esta ocasión lo hacía casi, casi, sin querer. Tenía tanta práctica...

Ahora, después de haber vivido tres cuartas partes de mi vida (si vivo tanto como dicen las estadísticas), me pongo a reflexionar, a pensar en lo que han sido esas tres cuartas partes, y me hago una pregunta: si yo, en vez de soñar, despierta o no, hubiese intentado hacer esos sueños realidad, ¿habría tenido una vida distinta? Porque la duda que me asalta es si, al creermelos esos sueños, no habré querido cosas que estaban fuera de mi alcance.

Puede ser también que haya ocurrido lo contrario, que esos sueños me hayan ayudado a hacer cosas que de no haber soñado no se me hubiesen pasado por la cabeza. Creo que nunca voy a lograr aclararlo.

Como últimamente tengo más tiempo para pensar, pienso en todo esto, y hay veces que me sorprende haciéndome unas preguntas que me parecen hasta ridículas, porque según los entendidos todos los seres humanos sueñan, que nos acordemos o no del sueño. Depende del orden. Es decir, que normalmente te acuerdas del último de la noche; si eso es así, está claro que el que recuerdo es con el que me despierto. Esto me genera otra duda: ¿cómo serán los otros? Miedo me da pensarlo.

Lo que veo muy claro es que no se puede vivir de sueños; pero que estos te alegran cuando son agradables; que aunque hay algo que deseas con todas tus fuerzas, no se te va a conceder por muchas fuerzas que pongas. Así

que haciendo mío un pensamiento que leí no hace mucho, yo «Estoy donde estoy porque me he cansado de soñar, y porque cada herida no ha sido más que una razón para ser fuerte».

Con el permiso de Calderón de la Barca: *«Todo en la vida es sueño, y los sueños... sueños son»*.

UNA BUENA DECISIÓN

Cuando la luz del día empezó a reflejarse en los muebles de del dormitorio, Lorenza se incorporó, y después de estirarse sacó un pie de la cama, el derecho solo: el izquierdo estaba escayolado y le costaba más moverlo. No hacía mucho que se lo había roto bajando por una escalera. Aquel día le dolía más que otras veces. «Esto es que va a cambiar el tiempo», pensó, después, con sorna y voz alta, exclamó:

—Esto del tiempo es muy socorrido, se le puede echar la culpa de todo y además puede servir como tema de conversación. ¡Si que estoy mal, ya hasta hablo sola!

Por fin logró levantarse. Sintió que un frío intenso le recorría el cuerpo; claro que tenía que hacer frío en el mes de enero, lo ilógico era lo contrario, que hiciese calor. Buscó las zapatillas. ¿Dónde las habría dejado? Era natural que no se acordase, últimamente lo raro era que se acordase de algo. Encontró sus zapatillas, se puso una bata y fue a despertar a sus hijos; era la hora de ir al colegio. Les preparó el desayuno, como hacía siempre. Tuvo que sentarse, porque la pierna empezaba a dolerle,

y mucho, pero no quería dejar de hacer sus tareas: después de despertar a sus hijos, poner el desayuno en la mesa, preparar las carteras... hacer todo lo que la rutina decía que debía de hacer. Se sentó en una silla, esperó a que sus hijos estuvieran listos para marchar, y los despidió. Decidió que ya era hora de tomarse un respiro y un café, y sobre todo un analgésico; el dolor de su pie había vuelto con fuerza y no le quedaba más remedio que parar y descansar un poco.

Descansar un poco. Descansar, ¿de qué? ¿de la vida que llevaba? ¿De las tareas cotidianas? ¿O del suplicio que desde hacía años venía sufriendo? Porque eso era su vida: un suplicio, un carrusel. Así era, porque un día estaba arriba y al siguiente se daba de bruces con el suelo; cuando esto ocurría, cuando estaba en el suelo, se juraba que aquello tenía que terminar, pero no terminaba: seguía, seguía... y no veía la manera de acabar con ello. Excusas no le faltaban («cuando los niños sean mayores»), —pero en el fondo sabía que eran eso, excusas.

Después de irse los niños entró en salón. Le encontró como siempre, durmiendo en el sofá. Aquello se había convertido en rutina: cuando reñían se iba al sofá; cuando llegaba tarde a casa se iba al sofá; cuando no le apetecía hablar se iba al sofá... ya se había acostumbrado a ello, así que siempre le estaba rogando a Dios que cuando llegase a casa pasase algo que le obligara a ir «al sofá». En esta ocasión la excusa fue su pierna escayolada;

no lo hacía para que ella estuviese cómoda, sino para que no le molestase con ella.

A ella, como es natural, no le importó; al contrario, casi dio gracias por la caída. Se acercó y le preguntó si no tenía que ir al trabajo—

—¿Te importa mucho? —fue su contestación.

No, no le importaba mucho; lo que le importaba era que se quedara en casa, si hacía eso seguramente la liarían y muy gorda. Se marchó hacia la cocina, y en el camino se iba encomendando a todos los santos; no sabía por qué, aquel día había amanecido con la impresión de que iba a pasar algo, y no bueno. La sacó de sus pensamientos la voz de él; bueno, más que la voz, el grito que le lanzó:

—¿Traes el café o no?

Sinceramente no pensaba llevarle el café; pero si lo quería era porque iba a salir, así que lo pensó mejor y le preguntó:

—¿Lo quieres solo?

—Vaya una pregunta tonta, ¿alguna vez tomo el primer café con leche?

La verdad era que no, el primero siempre era negro; el segundo ya era en un bar, con leche y algo para mojar.

Llegó como pudo con el café, temiendo que se vertiera por el camino. Llevaba la muleta en una mano, y con la otra apenas podía asir bien la taza. Cuando la vio llegar no se inmutó, no hizo ademán de levantarse para ayudar. La verdad es que no lo hacía nunca; aunque

en esta ocasión ella pensó que tendría ese detalle. Pero no. Puso la taza sobre la mesa, él la miró con su media sonrisa, la media sonrisa de siempre y que tanto la molestaba. Con esa mueca dejaba bien claro que se reía de ella. No le dio importancia, solo quería que se tomase aquel dichoso café y se fuese. Pero como él la conocía bien, no estaba por la labor de hacerla feliz, así que no cambió su cara irónica al mismo tiempo que miraba a su pierna escayolada. Ella decidió volver a la cocina, se preparó el desayuno e intentó no pensar, al menos de momento, en que la pesadilla seguía en casa.

Sonó un gran portazo en la puerta de entrada al piso. Suspiró aliviada. Durante varias horas estaría tranquila. Pero sabía que aquel día no iba a ser como otros; algo en su interior se lo decía, se lo estaba diciendo desde que se había despertado aquella mañana. Ya de pequeña, en algunas ocasiones solía tener aquel presentimiento; era como un dolor en el estómago, leve pero que no se le iba por más que lo intentara. Recordaba a su madre: cuando se lo decía, esta le contestaba:

—¡A ver si vas a ser bruja! ¡No estaría mal! —y después se reía.

Se enfadaba un poco porque no la creía, pero luego se reía con ella. Siempre la echaba de menos, pero en días con el de hoy, mucho más, ¡qué falta le hacía! Pero le vida es como es; ¿o es como la hacemos? Eso no lo había tenido nunca claro. Si no hubiese hecho las cosas como

las hizo, seguramente su vida hubiese sido de otra manera; pero, ¿quién sabe de antemano su futuro? Según su madre, ella sí lo sabía: aunque no pudo discernir si de verdad sabía lo que le iba a pasar o lo decía viendo el comportamiento de su yerno. Poco antes de morir, cuando estaba muy enferma, le dijo:

—Según están las cosas, tendrías que tomar una decisión, ¡una buena decisión!

Contestó que estaba en ello, pero como era lógico no se lo creyó.

Cuando murió su madre, él estuvo muy atento, tanto que llegó a creer que era posible el milagro. Porque que su marido cambiase hubiese sido un milagro. Pero su amabilidad y atención duró el tiempo justo para despedir a los asistentes al funeral; cuando estuvieron solos en casa no dudó ni un segundo en alzar la voz, como siempre, y dar órdenes. La primera:

—Ve cambiando la cara, que ya no se puede hacer nada. Además, ahora tu madre está en un sitio mejor, por lo menos no la molestarás con tus quejas.

—¿Mis quejas? ¿Qué quejas? Las de tu comportamiento, ¡las de tu mal comportamiento! Yo no tenía que quejarme, ella lo sabía sin que yo hablase. Déjame en paz, y respeta la memoria de una persona que, sin tú merecértelo, te trató mejor que tu madre.

Aquella noche consiguió callarle, pero por poco tiempo. La vida transcurría por el mismo camino. No

obstante, desde la muerte de su madre solo pensaba en la decisión; tenía que tomarla, pero ¿cómo? No encontraba el camino, o tal vez lo que no encontraba era el valor. Porque era eso lo que realmente le faltaba: el valor. Y por eso seguía y seguía; y claro, como ella seguía, él también seguía insultándola, menospreciándola, dejándola, como decía una amiga, a la altura del betún. Lo que no podía entender era que, sabiendo que aquello no estaba bien, siguiera aguantando. ¿Pero cuándo había empezado aquella situación? Esa pregunta se la hacía una y otra vez: ¿cuándo? ¿Fue siempre así? Sí, lo fue. ¿Cómo lo aguantó? Sinceramente, no lo sabía.

Aquella mañana, con la escayola a cuestas, con su presentimiento, que a cada hora que pasaba se hacía más profundo, empezó a pensar, y su imaginación voló a una época en que creía en el príncipe azul. Ahora se sentía ridícula pensando en sus creencias de esperar al príncipe azul. ¡Cuánto la perjudicaron aquellos cuentos de hadas! Pero dejó de leer aquellos cuentos mucho antes de conocerle. Parece ser que se le quedaron en la mente, y la dejaron el cerebro algo tocado; porque si no fue así, ¿cómo se explica que no viera las señales? Y eso que más claras no podían estar: los celos le comían, la envidia de los que la querían le ponían de un humor de perros... pero no lo veía, no lo quería ver. Además, pensaba que aquello no duraría, que en cuanto estuvieran casados, todo aquello cambiaría, serían felices y comerían perdices.

La primera bronca grande fue a los pocos meses de la boda. ¿Y por qué fue? Por una tontería; un desacuerdo tan tonto que ahora no recordaba. En aquella ocasión pensó: «Si es que me tenía que haber callado, la próxima vez, con no abrir la boca, ya está». Y se hizo el propósito de no contestar cuando él estuviese de mal humor. ¡Gran error! Porque no fue la panacea, el callarse no apaciguó los ánimos; al contrario, los exaltó, y las broncas fueron cada vez mayores. Si se callaba, malo; si no se callaba, peor. Pero como todos los maltratadores, sabía cómo hacerse perdonar:

—No sé cómo ha podido ocurrir, no volverá a pasar.

Y a creerle. Unos días tranquilos, y vuelta a empezar.

Cuántas veces se había dicho: «Esto no volverá a pasar, voy a buscar la manera de terminar». Pero... Siempre un pero: «¿Dónde voy a ir sin trabajo?». «Los niños son pequeños, ¿qué van hacer sin el padre?». Excusas, siempre excusas.

«Pero hoy no le voy a dar tiempo a que me dé ninguna excusa, como venga con el mismo humor con el que se ha levantado, hago la maleta y me voy, está decidido».

Por un momento pensó que sería como siempre que se hacía estos propósitos, pero no, esta vez fue distinto. A lo largo del día sufrió una metamorfosis tan radical que le dio miedo. Si al principio de la mañana la idea era «hago la maleta y me voy», cuando llegó la hora de su

regreso esa idea había cambiado por «le hago la maleta y la pongo en la puerta».

Tomada esta decisión, lo que venía después era llevarla a cabo. Para eso sí que necesitaba valor. Se dijo que lo tendría. Pensó en varias maneras de hacerlo, pero todas le resultaron difíciles; veía su pierna y pensaba que si se ponía bruto, con su deficiencia no podría contenerle. No, no sabía cómo lo haría; pero sí sabía que de aquel día no pasaba.

¡Y no pasó! Llegó a la hora de siempre, entró y no saludó ni a ella ni a sus hijos. No les extrañó, estaban acostumbrados a este comportamiento. Pasó por la cocina, que era donde ella se encontraba, la miró y puso la misma sonrisa que cuando la había visto por la mañana. No sabía exactamente cómo le había mirado ella, pero debió de notar algo, porque cambió su sonrisa, o mejor dicho, su mueca burlona. No la habló, se fue directamente al dormitorio y sacó la ropa para el día siguiente. Después fue a la cocina, y con una voz que hacía mucho tiempo que no oía, le preguntó si estaba la cena. Ella le contestó que la tenía puesta en la mesa. La miraba con una cara... Pero ella no se inmutó, le dejó solo, se fue al salón y puso la televisión. Él estuvo mucho tiempo cenando, se imaginó que estaría pensando en todo lo que estaba pasando. La actitud de ella le tenía asombrado; claro que ella tampoco es que estuviera tranquila: tenía un miedo terrible, pero no cejaba en su empeño de poner

punto final a la que hasta entonces había sido su vida. Su pensamiento se dirigió a su madre; le pidió ayuda para poder hacer lo que tanto deseaba, que la iluminara para escoger las palabras adecuadas, y que ella la guiara.

¡Y la escuchó! De pronto le sintió ir hacia ella, y la miró. Ya había cambiado la voz, y volvía a ser la de siempre.

—Esta situación no puede seguir así. O cambias y haces lo que yo quiero, o aquí va a pasar algo muy gordo.

—¿Qué tengo que cambiar? ¿La actitud de hoy o la que he tenido hasta ahora? Si es la primera, te diré que pase lo que pase no la voy a cambiar; pero si te refieres a la de antes quiero dejarte muy claro que no va a volver. Así que tú verás...

—¡Me estás obligando a hacer algo que no quiero, pero lo hare si te empeñas!

—Tú mismo.

—Mañana hablaremos, de momento me voy. Ya dormiré en el trabajo. Te lo repito, me estás obligando, y te vas a quedar más sola que la una.

—A ver si es verdad y te largas.

—¿Qué harías tu sin mí? Te vas a enterar. ¿Tú sola? ¿Tú sola? Estás tonta.

Dio un portazo y se marchó. Se quedó pensando. De pronto le pareció oír la voz de su madre que le decía:

—Tienes que tomar una decisión, una buena decisión.

Sabía que no estaba presente. ¿O sí? No lo estaba segura, pero lo que sí entendía era que había tomado una decisión; si era buena o no ya se vería.

Y se vio. Fue a la mañana siguiente: se levantó temprano, cogió unas bolsas y metió toda la ropa que pudo, después espero a oír sus pasos en la escalera. Cuando le faltaba poco para llegar abrió la puerta, sacó las bolsas, las dejó en la misma entrada, y al llegar él, antes de que pudiera asir el pomo, dio un portazo y cerró. Por la mirilla vio que se había quedado quieto. No lo esperaba, y no pudo reaccionar; cuando lo hizo se encontraba bien parapetada detrás de la puerta. Por supuesto, él llamó; y por supuesto, ella no le abrió.

Primero la insultó, después la amenazó, y por último la rogó; pero fue inútil. Por fin se marchó. Cuando aquella noche volvió a casa ya había cambiado la cerradura, así que no pudo abrir; tampoco pudo abrir al día siguiente, ni al otro... Durante los días que duró su asedio hizo de todo: rogó, amenazó, pidió perdón, volvió a amenazar, hasta que comprendió que la situación no tenía vuelta atrás; se dio cuenta de que ella le había perdido el miedo que durante años le había tenido. Cuando le llegó la citación del juzgado para el divorcio, fue cuando por fin se dio cuenta de que ella había tomado una decisión.

Una buena decisión. La mejor que había tomado en mucho tiempo, y quizás la mejor de toda su vida. Y además, con la conciencia tranquila; después de todo había

sido él quien en su momento había dicho que si no cambiaba de actitud, se iría. Si por casualidad, alguna vez, cuando llamaba, era ella la que se ponía al teléfono y le reprochaba que le hubiese echado de casa, le respondía:

—No, no fui yo la que te eché; recuerda que fuiste tú el que dijiste que te irías. Yo solo te di facilidades para que lo hicieras, pero tú nunca creíste que sería capaz de hacerlo. Pues ya lo ves, lo he hecho, y ¿sabes qué? No me arrepiento, es la mejor decisión que he tomado en mi vida.

VALENTINA

Cuando Valentina abrió los ojos esa mañana aún no había sonado el despertador, cosa muy corriente en ella, que normalmente lo ponía «por si acaso». Pero aquel día no era como los demás. Aquel día era el último que tendría que levantarse obligatoriamente a esa hora. Valentina por fin se jubilaba. Estaba contenta después de tantos años de trabajar asalariada, que era como a ella le gustaba definir el trabajo; porque trabajar, lo que se dice trabajar, estaba claro que lo seguiría haciendo como siempre: su casa, sus hijos, sus nietos... todo eso seguiría igual. Bueno, eso es lo que ella pensaba; pero si hacía caso a lo que su amiga le había comentado, lo que le esperaba en su nueva vida era peor.

—¡Qué equivocada estás! —le había dicho esta—. Cuando una mujer se jubila, lo que le espera no es tranquilidad, bonitos viajes, cine, teatro... ¡No, amiga, no! Lo que le espera es cuidar de los nietos, sobre todo si los hijos trabajan «los dos».

Valentina dejó de pensar en lo que la esperaba después. De momento solo quería disfrutar de aquel día; había quedado con las compañeras después del trabajo

para ir a comer juntas, y sabía por otras compañeras que se habían jubilado antes que ella que le tenían preparada una fiesta. Así que lo mejor era pensar en esa fiesta, en pasarlo bien con aquellas que, durante unos años, habían sido más que compañeras: habían sido amigas.

El ritual del día fue el de siempre. Se levantó, abrió la cama para que se orease bien (eso se lo había enseñado su abuela: «La cama no se puede hacer recién levantada, hay que esperar un poco y dejar la ventana abierta para que se ventile»). Ese había sido siempre el ritual, y seguiría siéndolo, a pesar de los años que hacía que su abuela ya no estaba con ella (viva, porque para Valentina su ella siempre estaría a su lado).

Se dirigió al cuarto de baño, se aseó, y después fue a prepararse el desayuno; otra costumbre que también había heredado de su abuela:

—No se puede salir a la calle con el estómago vacío, hay que desayunar fuerte.

No lo podía evitar. Todo lo que hacía, o casi todo, le llevaba a su abuela: «Ella me dijo, ella me...». Ella, siempre ella.

Desayunó y se dirigió a su cuarto. Cerró la ventana, y se vistió con la ropa que había preparado por la noche; cuando se miró al espejo pensó que aquella indumentaria no correspondía al día tan especial que era. No es que tuviese que vestir de gala, pero le parecía que lo que se había puesto no era lo ideal. Después de haber recogido

su cuarto se cambió, volvió a mirarse, y aceptó su nuevo *look*; así estaba mejor.

Cuando llegó a su lugar de trabajo, sus compañeras ya la estaban esperando para desearle un buen último día. Cada una le dio su opinión para cuando estuviera aburrida:

—Tienes que dedicarte a viajar, ya sabes que a los jubilados les sale más barato.

—Tampoco es necesario que tengas que viajar para pasarlo bien, hay muchas cosas que puedes hacer sin salir de la ciudad.

—Lo mejor es que te dediques a las labores, ya que te gustan mucho...

—Bueno, bueno, ya veré qué hago con mi tiempo; recogeré vuestras ideas y ya veré.

La verdad es que agradecía todos los consejos de sus compañeras, pero de momento no se había planteado qué hacer. En principio descansaría, no estaría pendiente del reloj, e iría dejando que el tiempo decidiera por ella.

Cuando finalizó la jornada cogió su ficha por última vez, fichó y se quedó mirando aquel trozo de papel que tantos y tantos días había tenido en sus manos. Ya no lo volvería a usar. Se reunió con aquellas compañeras que la acompañarían a la comida, se despidió del resto, les prometió que algún día se pasaría por allí para verlas, y salió por la puerta que tan familiar le resultaba. Y por fin se fue. Se le saltaron las lágrimas; no quería llorar, pero allí estaban aquellas gotas saladas borrando su vista. No

sabía si eran de alegría por irse o de tristeza por lo que representaban: se acababan sus días laborales, esperar a las vacaciones para hacer algún viaje de placer, o para visitar a la familia que estaba en otra ciudad. Todo se acababa. Bueno, no todo, porque de aquellos años compartidos con tantas y tantas compañeras habían dejado un buen ramillete de amigas, y estaba segura de que seguirían estando ahí.

La comida transcurrió en buena armonía, y con el deseo de todas de que a Valentina le fuese bien en su nueva etapa. Hubo regalos, hubo brindis, hubo sobre todo un ambiente agradable y feliz. Por fin, la despedida; la mayoría de las que estaban reunidas tenían obligaciones en su casa: hijos y maridos que atender. Y además había que organizar el día siguiente, porque ellas todavía estaban en activo. Despedidas, besos, propósito de volver a reunirse pronto, y... ¡Adiós!

Cuando Valentina llegó a su casa recibió una sorpresa, que desde luego no imaginaba: sus hijos le habían preparado una fiesta. «Como los americanos», pensó cuando vio lo que habían hecho: globos, cintas, cartelitos con frases bonitas... algo que nunca, nunca, antes nadie le había hecho. Cuando todos se marcharon y se quedó sola, se sentó en el sillón. Puso la televisión, pero realmente no veía nada; solo imágenes que no la llenaban, que no le decían nada. Oía voces sin sentido. Apagó el televisor, eran ganas de gastar luz.

Se fue a la cama, pero no podía dormir; cogió un libro, el que tenía a medias, pero tampoco se centraba. Se levantó, encendió el ordenador que le acababan de regalar sus hijos. Quedó maravillada: era la primera vez que estrenaba uno. Hasta ahora, los que había tenido, uno de torre y otro portátil, habían sido de segunda mano (los que su hija había ido desechando). Así que este le hizo mucha ilusión, sobre todo la velocidad que tenía: con el último se desesperaba, pues tardaba mucho hasta ponerse en marcha.

Estaba tan entusiasmada que no se dio cuenta del paso del tiempo. Por fin sus ojos empezaron a cerrarse, y decidió irse a dormir. Esperaba que ahora sí le vendría el sueño y podría descansar de las emociones vividas aquel día, que la habían cansado más que un día de trabajo.

Pero del dicho al hecho... Intentar, lo intentó; pero el sueño no acababa de llegar. Volvió a levantarse, y fue hasta el armario de las medicinas; cogió el bote de pastillas para dormir, que tomaba de vez en cuando.

—No te acostumbres a ellas —le había recomendado su doctora—. Solo cuando te veas mal y no sea posible conciliar el sueño.

Se las había recetado en una ocasión en que el insomnio era superior a lo normal. Desde muy joven arrastraba este problema; pero cuando el día era, como había sido aquel, diferente, era cuando más problemas tenía. Y si no se tomaba esa pastilla no solo no dormiría,

sino que se pondría en un estado nervioso imposible de controlar.

Con su pastilla en el estómago y la certeza del descanso se volvió a su cama y se dispuso a esperar el sueño. Pero antes de que este llegara, a Valentina le dio tiempo a pensar en su vida, en cómo la había vivido.

Se casó muy joven y con un hombre que, según su madre y demás familia, no le convenía; pero ella no les hizo caso. A su madre sobre todo, porque sabía que no le gustaba este ni ningún otro; primero porque era verdad que era muy joven, y segundo porque no se quería quedar sola. Desde que murió su padre, su madre se había dedicado a ella, y como no tenía hermanos se quedaría sola; pero en esos momentos para Valentina esas cosas no tenían importancia. Además, era ley de vida, y lo mismo que su madre dejó sola a la suya cuando se casó, ahora le tocaba a ella. Pero el tiempo dio la razón a la más sabia de las dos, la madre; porque su vida, casi desde el inicio del matrimonio, fue un auténtico desastre. En principio se dijo aquello de:

—Esto será hasta que nos acoplemos y aprendamos a vivir juntos.

Pero no, no fue hasta que se acoplaron; porque después de 20 años de matrimonio, se separaron por no haber conseguido acoplarse. La vida fue muy difícil, ella hacía de padre y madre, y por supuesto la doble jornada (casa y trabajo remunerado). Había tenido suerte con sus

hijos, le habían salido trabajadores y estudiosos, y durante un tiempo su vida fue, si no feliz, al menos tranquila. Durante esta etapa no solo trabajó dentro y fuera de casa, sino que se sacó el graduado escolar; solo tenía la primaria incompleta, también consiguió el graduado en la ESO. Aprendió a manejar el ordenador, no solo para enterarse de los cotilleos de Internet, también para escribir, y aunque no le gustaban demasiado los números, ¡aprendió Excel!

Intentó y consiguió mejorar su cultura, algo imposible en su etapa matrimonial. A su marido no le gustaba, ni poco ni mucho, que ella supiese más que él; claro que lo que no pudo conseguir fue que dejara de leer, y mucho, a escondidas o en su cara. Ella lo hacía aunque fuera motivo de discusión. Ahora no había nadie que se lo impidiera. En eso sus hijos siempre la habían apoyado.

La única pena que empañó esa libertad conseguida con la separación había sido la muerte de su madre, a la que nunca le agradeció bastante la ayuda que había sido para ella, y que nunca le recordara aquello de «ya te lo dije».

Por fin el sueño. Sus ojos se iban cerrando poco a poco, pero aún tuvo tiempo antes de dormirse de hacerse una promesa: no sabía cómo le iría, no sabía si viajaría mucho, no sabía si el hecho de ser abuela coartaría su libertad, no sabía nada de la nueva vida, pero de una cosa

sí estaba segura, y era de que viviese los años que viviese, seguiría aprendiendo, seguiría haciendo todo lo que le permitiese su estado de salud. La edad no sería obstáculo, pues mientras su cerebro funcionase los años no serían los que marcara el calendario, sino su deseo de vivir y conocer aquello que no pudo en otras épocas. Al fin y al cabo, la jubilación solo era una etapa más en el camino de la vida; mañana... ya vería qué le traía el mañana.

Con ese último pensamiento se durmió.

VIVENCIAS

Paré el coche donde él me decía. No sé si mi cara reflejaba el dolor que mi alma sentía (mi alma, o lo que sea que, sin ser algo físico, te pueda doler), pero aguantando el tipo aparqué el coche y salí de él. Caminé despacio. Cualquiera que me hubiese visto no habría imaginado ni por un momento que yo iba obligada, que la persona que caminaba a mi lado me estaba haciendo un daño enorme. No, no podía imaginarlo, porque aquella persona me abrazaba con mimo: representaba un papel, un papel de hombre enamorado. Y he de decir que lo hacía a la perfección.

Durante el camino que nos llevó a ese lugar, del que quiero olvidar el nombre, me había ido diciendo cosas sin sentido, sin sentido para mí, claro, porque luego comprendí que para él sí lo tenía. Yo no sabía adónde nos dirigíamos, así que él me guiaba. Según conducía me hacía mil preguntas, en silencio, claro, no podía hablar; y solo pedía, si de verdad había un Dios, que me ayudase, porque el miedo me atenazaba la garganta y las lágrimas luchaban por salir. Pero no, no podía llorar, porque eso era lo que él quería: verme llorar.

El día había empezado como cualquier otro. Él se había levantado después de haberle llamado varias veces, eso era normal. El mal humor con el que se levantaba por tener que madrugar también era normal. Yo ya estaba acostumbrada, pero no por eso dejaba de molestarme. Le había preparado el café y se lo había tenido que calentar porque, como siempre, se le había quedado frío. Se fue sin decir adiós, como siempre; normal, todo normal. Así que me quedé con la sensación de que aquel día sería un día normal. Cuando llegó al mediodía le puse la comida, las quejas fueron las de costumbre: «¡Está frío!». «¡Está caliente!». «¡Cada día guisas peor!». «¡Al final me voy a tener que ir a comer al restaurante, como siempre!».

Fue después de la comida cuando algo en ese día cambió.

—Me tienes que llevar a entregar —me dijo; más bien me gritó.

—¿A qué hora? —pregunté.

—¿A qué hora va a ser? En cuanto termines de recoger.

Silencio, se acabó la conversación. Ahora venía la pega, porque yo ese día tenía planes: había quedado con unas madres del colegio de mis hijos para preparar una salida cultural con ellos.

—¿No podemos dejarlo para mañana? Lo digo porque hoy había quedado...

—Ya estamos, a ver, ¿con quién has quedado? Siempre igual, hoy voy a esto, hoy a lo otro, ¡siempre lo mismo! ¡Estoy hasta ahí... de tus quedadas!

—¡Escúchame! No me escuchas nunca. Hoy he quedado para preparar la excursión con los niños, te lo dije el otro día y dijiste que sí; no sé por qué hoy te pones así.

—Me pongo como me da la gana, y punto.

Y punto. Y punto y final. Así era la cosa. Cuando salió de casa, dando un portazo, empecé a pensar la forma de compaginar el ir con él y acudir a la cita que tenía con mis amigas. Las llamaría, les diría lo que pasaba, aunque adornándolo un poco; no me apetecía tener que explicar, de cabo a rabo, cómo eran las cosas.

Les aseguré que si volvía pronto me uniría a ellas; si no era sí, les dije que lo que hiciesen ellas estaría bien hecho. La amiga a la que le comuniqué el plan me conocía bien y, cómo no, conocía a mi marido; así que desde el primer momento supo que yo no iría a esa reunión. Pero se lo calló, me quería demasiado como hacer comentarios que sabía que me iban hacer daño.

Cuando mis hijos volvieron del colegio preparé la cosas para ir a buscarle al trabajo. Encargué al mayor que cuidara de sus hermanos; no sabía a qué hora regresaría, así que le di toda clase de instrucciones. Por esa parte yo estaba tranquila, mi hijo era bastante responsable. Pero aquella tarde no las tenía todas conmigo. Era verdad que

su comportamiento no difería mucho del de otras veces, pero algo me decía que a pesar de ser igual era diferente; sería por su mirada, o tal vez el tono de voz, fuese lo que fuese... notaba que me ahogaba, no podía quitarme el presentimiento que me encogía el corazón. A veces, cuando tenía ese presentimiento y se lo contaba a mi madre, esta solía decir que parecía bruja, porque casi siempre acertaba y ocurría algo fuera de lo normal. Deseché esos pensamientos y terminé de recoger la cocina, volví a hablar con los niños, les pedí que hiciesen caso a su hermano, y me marché.

Cuando llegué al taller él ya me estaba esperando. Hizo el ademán de siempre, mirar el reloj, y dijo lo de siempre:

—Ya está bien.

Como siempre.

Abrió el coche, esperé a que él se sentase y le pregunté:

—¿A dónde vamos?

—Tú conduce, ya te diré.

Pero no me dijo, y tuve que preguntar otra vez:

—¿Me quieres decir a dónde vamos? O por lo menos por qué carretera tengo que ir.

—Coge la general y ya te iré diciendo.

Y después, silencio. No me apetecía oírle, pero ese silencio me estaba matando. Tuve de nuevo el presentimiento de que algo iba a pasar; por más que hacía, por más que intentaba centrarme en algo que no fuese él,

no podía. Algo no iba bien, o mejor dicho, algo iba peor que en otras ocasiones. ¿Qué era? Lo único que tenía claro era que tarde o temprano me enteraría.

—Ahora sales de la carretera y entras por ese camino, ¿ves ese edificio de ladrillos rojos? Pues das la vuelta y aparcas.

Aparqué, salí del coche y esperé a que él me dijera a dónde íbamos. Miré el edificio que me había señalado, me quedé perpleja, no era el clásico edificio donde normalmente le llevaba. Este tenía un aspecto muy tétrico. El color de la fachada era de un tono rojizo tirando a tierra, posiblemente, en un principio no habría sido ese su color, pero se notaba que hacía años que no le visitaban los pintores. Divisé unas letras que, al igual que la pintura, también habían conocido mejores épocas: «HOS-TAL». ¿El nombre? Podía ser cualquiera, las letras en este caso no es que estuvieran viejas, es que no estaban.

Cuando llegó a mi lado, con un hilo de voz, pregunté:

—¿Dónde estamos? Sé que estamos en un polígono industrial, pero este edificio no es un taller.

—¡Qué chica tan lista! No, no es un taller; es, como ya dice el cartel, un hostal.

—¿Y por qué estamos aquí?

Llegó a mi lado, me pasó el brazo por encima de los hombros, acercó su rostro al mío y en voz baja me susurró:

—Estamos aquí para enseñarte algo que tú no conoces. Ahí dentro hay alguien que quiere verte, espero

que lo trates bien y no me hagas quedar mal. Te lo advierto, no me dejes mal.

Mientras hablaba me iba apretando el hombro. Sentí un dolor intenso, pero no podía decir si el dolor era físico. No podía respirar, mi cabeza estaba a punto de estallar, ¿qué quería decir con conocer a alguien? ¿Y en ese sitio tan cutre? Preguntas y más preguntas, mientras llegábamos al dichoso edificio. Temí que mis piernas se fueran a doblar de un momento a otro. Aguanté el tipo como pude. No sé cómo lo hice, pero entré en el edificio muy tiesa, como si aquello no fuera conmigo.

Si el exterior del edificio era tétrico, el interior no lo era menos.

—Quédate aquí, ahora vuelvo. Te puedes sentar, ahí hay una silla.

Miré la silla, pero no me senté; no porque no estuviera cansada, sino porque no podía mover las piernas. Pensé que me iba a desmayar, ¿a dónde se había ido? ¿A buscar a ese alguien que me quería presentar? Una idea cruzó por mi mente. ¿Es que me iba presentar a un hombre para hacer...? ¡Dios, pero qué estaba pensando! Aunque la idea no era tan descabellada; a estas alturas de la película yo ya sabía a qué se iba a ese lugar. Lo que no tenía claro era el motivo de estar allí. Era verdad que desde el fatídico día en que nos unió el cura («para toda la vida», dijo), él había obrado de una manera, a mi modo de ver, bastante dictatorial y ofensiva, faltón a más

no poder. Le había visto hacer cosas absurdas para demostrar que el amo era él, pero lo que estaba viviendo en estos momentos era surrealista, ¿qué hacíamos en un motel de mala muerte? Yo entendería que hubiese tenido un arrebató romántico y me hubiese llevado a un lugar para... Aunque me habría extrañado, eso no lo hizo ni en los buenos tiempos, suponiendo que alguna vez los hubiese habido.

—¿En qué piensas?

Me asusté. Tan ensimismada estaba en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que se acaba de abrir una puerta y que por la misma había entrado él. Parecía una aparición. Al entrar había dejado la puerta abierta, y pude ver a una mujer, sentada en una silla baja y vestida de negro, aunque no sé si era de verdad negro u oscuro el traje de la mujer. Seguramente yo lo veía así porque todo lo veía negro.

—¡Vamos, espabila, que es para hoy! Ahora te enterarás del porqué de esta visita.

Le seguí, pasamos por delante de la mujer, esta me miró y sonrió; una sonrisa que me pareció burlona. «¿Cuántas mujeres habrá visto pasar por aquí?», me dije. Tampoco es que me importase mucho, ya tenía bastante con no saber qué me esperaba detrás de aquella puerta que estaba abriendo en ese momento, con una cara que me daba terror. En algunos momentos de la vida en común yo había tenido miedo a esa mirada, pero ahora...

ahora no era miedo, ahora era auténtico pánico. Por un momento pensé que lo que se escondía detrás de esa puerta era un hombre, ¿pero llegaría a eso? Nunca me habría figurado que en unos segundos se puedan llegar a sentir tantas cosas diferentes: «Hay un hombre. Qué tontería, no puede ser. Sí que puede ser, de él se puede esperar eso y más». Pero no había ningún hombre detrás de la puerta. Lo que sí había era una oscuridad total. La ventana tenía echadas las cortinas, unas cortinas que, como el resto del edificio, habían conocido tiempos mejores.

Me quedé parada. Realmente, llevaba parada toda la tarde; lo poco que me había movido desde que bajé del coche lo había hecho casi empujada por él. Mis pies no se habían movido, se habían arrastrado.

—Bueno, pues aquí estamos. ¿No querías hacer algo especial? Pues ya está, esto es algo especial. Aquí no tendré que oír: «¡Los niños, que nos van a oír los niños!». ¿Qué te parece el plan?

¿Qué me parecía el plan? ¿De verdad quería oír la respuesta? No contesté, bajé los ojos, lo menos que me apetecía era mirarle. Me dijo que me fuera quitando la ropa, que aquello se pagaba por horas y no quería gastar más de lo que ya había pagado. Las palabras parecían alfileres, y se me iban clavando en el corazón. No le contestaba, no abría la boca. Si hubiésemos estado en casa seguramente ya me habría gritado, pero me imagino que no quería dar un espectáculo, y por eso no me decía nada,

solo hacía: me sentó de golpe en la cama, y se dedicó hacer aquello que según él había ido a hacer. Cerré los ojos e hice todo lo posible por alejarme de aquel lugar; no podía con mi cuerpo, pero sí lo podía hacer con la mente. Y lo hice.

Volví al presente cuando le oí decir:

—Ahora voy a salir y te voy a traer algo que te gusta.

Le miré. Se vistió rápido y salió de la habitación; cuando cerró la puerta me levanté y fui al cuarto de baño. Abrí el grifo del agua fría. No sabía si habría agua caliente, pero tampoco me importó; lo que yo quería era despejarme. Me lavé la cara con rabia, como si quisiera hacer desaparecer las huellas del bochorno que para mí había sido todo aquello. Me miré en el espejo, y la cara que vi me asustó. A lo mejor no la tenía tan mal como parecía; podría ser que aquel espejo, dada la cantidad de suciedad que tenía, devolviese la imagen distorsionada.

Salí del mal llamado cuarto de baño; en realidad era un cubículo en el que había un lavabo, la taza y en un rinconcito una ducha que no se podía usar porque le faltaba la alcachofa. Allí estaba él, con dos vasos con algo que parecía café, pero con más claridad que la que entraba por las cortinas.

—Café como a ti te gusta, negro. Es de puchero, lo hace la mujer que estaba en la puerta, y está muy bueno.

Lo miré y lo primero que pensé fue: «No me lo tomo». Pero luego rectifiqué; si no lo tomaba la íbamos

a tener. Como pude, y aguantándome las ganas de vomitar, lo tragué.

—¿A que está bueno? Siempre lo hace, y me gusta.

¿Que acababa de decir? «Siempre lo hace, y me gusta». Eso quería decir que no era la primera vez que estaba ahí; y desde luego no conmigo. Esto ya era el colmo: no solo era tirano y cruel conmigo, también era infiel, y a saber desde cuándo. Terminé de tomarme aquel brebaje llamado por él café, recogí el bolso y me acerqué a la puerta. Salí sin esperarle, me daba igual que se enfadase. La mujer seguía en el mismo sitio que cuando entramos, me miró y sonrió, igual que a la entrada, y pareció que estaba dispuesta a decir algo; no le di opción. Por fin en la calle, me dirigí al coche. Él me seguía sin pronunciar palabra. Entramos, me senté al volante, y arranqué casi sin darle apenas tiempo a sentarse. No sé por qué no me decía palabra alguna; en otras ocasiones, por menos, ya me habría armado una buena bronca. No sabía por qué él se portaba de manera diferente a como lo hacía normalmente. Posiblemente estaba satisfecho con su hazaña: me había tratado como a una ramera, que era lo que a veces me llamaba. O puede que no. Fuese lo que fuese, estaba segura de que había conseguido todo lo contrario a lo que quería. Había logrado que yo me rebelase ante la situación que día a día estaba viviendo; la humillación que había vivido me hizo comprender que no podía seguir aguantando la situación en la que estaba

por más tiempo. Tenía que tomar la decisión ya, no podía alargarla más; no podía mentirme y pensar que posiblemente cambiaría y valoraría la familia que tenía, y que pensaría que merecía la pena luchar por ella. No, no lo iba a valorar. Según él lo veía, su comportamiento era normal; la rara, la que no aguantaba, la mala de la película, era yo.

Hicimos el camino de vuelta igual que habíamos salido de aquel horrible lugar, en silencio. Hubo un momento en que se quiso hacer el gracioso y me puso una mano en la rodilla; no dije nada, pero algo debió de ver en mi cara, porque retiró su mano rápidamente.

Es posible que lo que leyó en mi cara fuese la decisión que había tomado. Acababa de decidir que aquel matrimonio tenía fecha de caducidad. No tenía ni idea de cómo lo iba a hacer; mi situación económica era pésima, sin el sueldo de él me iba a ser difícil, pero ya me las arreglaría. Lo que tenía claro, después de la humillación tan grande que había sufrido, era que no pensaba seguir de esa manera. Aquella tarde había sufrido lo indecible, y no estaba dispuesta a consentir que me amargara más la vida. Llegué a aquel lugar muerta de miedo, y salí fuerte como una roca. Pasase lo que pasase, me costase lo que me costase, aquel matrimonio se rompía, y punto.

Qué paz sentí cuando lo tuve tan claro.

SIGO CAYENDO

Estoy aterrada, sintiendo cómo caigo por el precipicio. No puedo verlo, tengo cerrados los ojos. Quiero sujetarme, y no encuentro dónde hacerlo. Sigo cayendo. Por fin abro los ojos, y veo un cielo negro. ¿Es de noche? No lo sé, es posible que ese cielo negro no exista nada más que en mi mente.

Sigo cayendo. ¿Cuándo terminará mi recorrido? Ahora llevo los ojos abiertos, miro al fondo y no lo veo. ¿Es que no existe? Por fin el fondo, o eso creo. Ahora encuentro un saliente y puedo asirme a él, pero es resbaladizo y mis dedos se escurren, mi mano se suelta.

Sigo cayendo. De pronto siento algo que me sujeta, que me agarra el pie. Me quedo parada, ¿habré llegado? De momento creo que sí, estoy a salvo, ¿o no? Sigo sin ver el fondo, y pienso si alguna vez llegaré. No es la primera vez que estoy en caída libre, me he caído muchas veces, pero nunca como ahora, siempre he visto el lugar. ¿Qué me pasa? ¡Precisamente ahora!

De pronto lo veo. Esta caída no es como la demás, no es la caída de mi cuerpo. Esta es de mi alma, suponiendo que el alma exista. ¿Se puede caer? Miro mi

pierna: está enredada en algo, me parece una mano, qué tontería, ¿cómo va a haber una mano? ¿De quién? Pero sigo quieta; eso quiere decir que sí, que estoy enredada en algo. Pienso: «si no hay mano, si no es mi cuerpo, si no es real, entonces solo hay una explicación a lo que estoy sintiendo. ¡Es mi imaginación!». La loca de la casa, llamó alguien, alguna vez, a esta locura que es la imaginación. La mía es grande, muy grande.

—¡Hija, qué imaginación tienes! —decía mi madre. Y era verdad, porque es muy grande.

Nunca he sabido el porqué de estas fantasías que acuden a mi mente, a veces tan reales, que no sé distinguir entre ellas y la realidad; otras, como ahora, ya no sé si es mi imaginación, realidad, o sencillamente estoy soñando. Dicen que se sueñan aquellas cosas que nos preocupan durante el día; si eso es así, si yo estoy soñando, si no es real lo que estoy viviendo, me pregunto: ¿qué me está pasando?

Me muevo, estoy cayendo otra vez, ahora me doy cuenta, ¡estoy soñando! ¡Es verdad! No me caigo de verdad; pero si los sueños son el reflejo de lo que siento, yo tengo miedo a la vida, a la de verdad. De pronto me entran deseos de despertar y poder entender el sueño; y no solo este, tengo la seguridad de que no es la primera vez que veo cómo caigo sin llegar nunca hasta el final.

—¡Despierta de una vez! ¡Hija, por Dios, qué sueño tan profundo tienes! Llevo una hora llamándote.

Me froto los ojos, veo luz, pero en el sueño también hay luz. ¡Sigo durmiendo! ¡Seguro! Aunque hay alguien que me habla. Bueno, también había alguien que me sujetaba el pie. Nada, que el sueño es eterno. ¡Anda, que gracia! ¡Sueño Eterno! No, si al final va resultar que no estoy dormida, que estoy muerta.

—Nada, que no hay manera de despertarla, la tendré que sacar a rastras.

Poco a poco abro los ojos. Veo una figura inclinada sobre mí; vuelvo a cerrarlos, pero ya no tengo la misma sensación de antes. Es posible que ahora sí esté despierta. Por fin compruebo que lo estoy, lo sé porque mi hermana me está pegando gritos, demasiado real para ser un sueño.

—¿Por qué me gritas?

—Porque no hay manera de que despiertes —me contesta ella.

Me levanto, y por un momento tengo la sensación de estar otra vez en el sueño. ¡Esto ya es pasarse! A ver si ahora voy a quedarme así, en la inopia, como diría mi hermana. Le cuento el sueño a ella para que me dé su opinión, ¡en qué hora! Me dice que estoy un poco ida. Bueno, eso también lo pienso yo. Pero después me dice que quizá no sea tan raro el sueño, por lo visto ella había leído que los sueños expresan lo que te preocupa durante el día, no me parece tan rara la cosa. Aunque eso ya lo sabía; pero al decírmelo ella me parece más probable que

pueda ser verdad. No sé por qué, pero la creo; además, es la única explicación que tiene este dichoso sueño.

Consigo levantarme, pero no dejo de pensar en él; está claro que no es la primera vez que sueño, pero que haya sido tan real...

Va pasando la mañana, y yo sigo con mi tema, y tomo una decisión: voy a buscar libros que estén bien documentados sobre la interpretación de los sueños.

Voy a la biblioteca. No hay mucha literatura que pueda aclarar mis dudas; pero me empapo de la poca que hay. Por fin doy con algo que me puede servir. Empieza por el famoso *«El sueño está relacionado con aquello que se vive»*. ¡Vaya por Dios! Eso es lo mismo que me ha dicho mi hermana. Sigo leyendo, reviso bien el libro, encuentro un artículo que me puede servir: *«Soñar con el abismo»*.

¡Este puede ser! Empiezo a leer con avidez. No estoy muy segura de qué relación puede tener un abismo con mi vida, pero nunca se sabe. *«Me encuentro en el fondo de un abismo y...»*. Este artículo no me vale. Sigo buscando, y... este sí, este me vale: *«Voy cayendo hasta llegar al abismo»*. Leo con mucho interés y proceso cada una de las palabras allí escritas.

Se reafirma en lo que yo sé, o creo que sé: *«Los sueños suelen estar relacionados con los acontecimientos vividos durante el día»*. La verdad, no me aclara demasiado; pero sigo leyendo: *«Hay veces que nos sentimos agobiados y no sabemos cómo salir de esa situación que nos agobia»*. Bueno,

esto ya se va poniendo más interesante; es verdad que vivo una situación que me agobia, pero no sé cómo salir de ella, ¡vaya con el librito! ¿A que va a tener razón? Vuelvo a él y por fin lo veo claro: llevo años cayendo sin llegar a caer, pero no sé si llegar al abismo será la solución a mi problema. Por supuesto, el famoso abismo del sueño no es exactamente un abismo como tal; pero sí que es mi meta, porque lo que voy leyendo me está diciendo que para salir de mi «abismo» particular tengo que llegar al suelo y erguirme para empezar a caminar. Entiendo también que he de tocar fondo para poder salir de él. Todo eso está muy bien; pero, ¿puede un sueño enseñarme a hacerlo? Si entiendo lo que dice el libro, el sueño me está indicando el camino a seguir; bueno, algo así.

No sé si el librito me ayudará a superar la situación que vivo; lo que sí sé es que me ha dado en qué pensar. Llevo mucho tiempo mal; pero si hago caso a la gente que me rodea, no tengo por qué, pues mi vida es muy, pero que muy normal. Pero... Siempre el dichoso «pero». Si de verdad el sueño te revela lo que sientes despierta, debo estar muy mal, porque todavía no sé lo que siento. Tal vez sí; pero siempre había pensado que vivir como lo hago es normal, sin embargo... Después de haber leído varias veces el libro, he comprendido que lo que yo vivo no es normal. Que efectivamente, estoy cayendo en un abismo, un enorme y hondo abismo, porque si no es así, ¿por qué siempre estoy como una noria? Me explico:

cuando le veo, el corazón se desboca, las venas parece que quieren salirse de su cauce, todo mi ser tiritita como si estuviésemos en una noche fría de tormenta. Pero ahora lo veo: nada es verdad, yo no soy una noria. Él me hace parecer así. Mi corazón no se desboca por el cariño que le tengo, si lo hace es por temor; sí, temor, temor a él. Por supuesto, mis venas no se van a salir del cauce: siguen el camino de mi corazón, el del miedo. Tirito, claro que tirito; pero no es por miedo a la tormenta. Las tormentas a mí no me dan miedo, pero él sí.

Sí que me da miedo, después de ver la realidad, lo que me queda es poner remedio. ¿Cómo? Para eso necesito valor, mucho valor; pero estoy decidida, quiero descubrir si el famoso abismo es final de mi caída.

Lo primero que hago es reconocer que tengo problemas, que mi vida no es normal, que el trato que recibo no es, ni mucho menos, normal. Hablo con mi hermana, y le cuento lo que he descubierto.

—¡Qué risa! —me dice ella—. De ahora es la cosa... Tu vida no ha sido normal desde que te uniste a él. Porque si es normal que te humille, que te deje a la a la altura del betún, ¡que venga Dios y lo vea!

Mi hermana siempre habla con refranes y frases hechas, cosa que a mí me molesta; pero estoy empezando a pensar que tiene razón. Lo diga como lo diga, está acertando. Así que decido seguir sus consejos, y lo primero que haré es ir a visitar a un abogado, mejor dicho

abogada; pues ella, mi hermana, se ha encargado de pedir cita a una amiga que según dice es la mejor en estas cuestiones. Iré esta tarde sin falta. Una vez decidido esto, ahora viene lo peor.

Lo peor llega cuando por la noche, después de hablar largo y tendido con la abogada, le expongo a mi marido la decisión que he tomado.

—¡De eso nada! —me dice—. Quítatelo de la cabeza. El matrimonio es para toda la vida, así lo dijo el cura y así será.

Le dejo hablar. Estoy preparada. Espero a que él deje de gritar, le miro, me sonrío; después, con calma, como nunca lo había hecho, le digo:

—A mí lo que dijo el cura me da igual, lo que tú pienses me da igual, que tú te enfades me da igual; pero lo que no me da igual es esta situación. Y por eso voy a ponerle fin.

Y lo hago. Me cuesta (como diría mi hermana) sangre, sudor y lágrimas. Pero lo consigo.

Una vez libre por fin, puedo descansar, y dormir bien. Durante el tiempo que ha durado el litigio apenas si dormí algo, y cuando lo hacía despertaba peor que al acostarme, porque las pesadillas eran horribles. Pero esta noche, cuando me he visto sola, sin miedo al sonido de la llave en la cerradura, esta noche sí que he soñado. He soñado con el abismo, pero no era el mismo; este era más claro, y el fondo se veía, o eso parecía. Quizás fuese por

mi estado de ánimo, me sentía feliz, y eso hacía que no pareciese tan oscuro, bajé como en el sueño anterior, pero lo hacía sin miedo, llegué a creer que tocaba el fondo, aunque no estaba segura de que fuese así; seguí bajando, pero sin miedo; sentí que me sujetaban, pero me solté. Pude hacerlo porque al fin he comprendido que aquella bajada al abismo no se va a repetir, porque ahora entiendo el significado del sueño.

Cuando me vi en el fondo de aquello que consideraba abismo, lo entendí todo: el famoso abismo de mis sueños, en realidad, ha sido mi vida durante largo tiempo. He estado viviendo al borde de un abismo, y no lo entendí hasta que mis subconsciente, harto de mandarme señales que yo no descifraba, se plantó y me hizo caer con tanta fuerza que por fin me di cuenta. También me ayudaron las «frasecitas» de mi hermana.

Hoy soy feliz. Mis sueños no me dejan al borde de un abismo. Pero fue gracias a verme caer que he podido levantarme; aunque todavía no llego a comprender cómo un sueño puede cambiar una vida, reconozco que la mía lo ha hecho: cambió por un sueño. Dicho así parece irreal; pero es así, real.

¿Hay que creer en los sueños? Quizás no a pies juntillas. Pero hacerles algo de caso... Yo creo que sí.

UN RECUERDO IMBORRABLE

—¡Próxima estación, Barcelona Sants!

Era el final de mi viaje. La verdad es que no tenía muy claro si debería haber hecho ese viaje o no, pero ya estaba allí. Hacía cinco años que no veía a mi amiga María, no porque no tuviese ganas de verla, sino que por unas causas u otras no había encontrado el momento. A lo largo de esos años de distanciamiento de mi querida amiga, habían sido muchas las excusas puestas para no ir; pero ese verano todo se puso a mi favor: tenía vacaciones que podía aprovechar para viajar sola, y además tenía dinero; ese año a mi padre le habían dado una paga extra de beneficios, ya que la empresa había tenido mucho trabajo y el dueño quiso compartirlo con sus empleados. Y gracias a este hecho, mis padres, en premio a mi buen comportamiento, me habían dejado la paga del 18 de julio para mí solita. De esta manera pude viajar, ¡en el *Talgo*! Algo impensable para mí, pues siempre lo habíamos hecho en un tren de mercancías, porque era más barato.

—¿Va usted a bajar, o se va a quedar aquí todo el día?

Estaba tan absorta en mis pensamientos, que no me había dado cuenta de que estaba entorpeciendo el paso a los pasajeros. Pedí perdón y me hice a un lado. Yo no tenía prisa, ya bajaría; no es que no tuviera ganas de ver a mi amiga, pero me habían dicho tantas cosas, en contra... «Que allí hablan distinto, que son muy suyos, que no son acogedores». Yo no terminaba de creérmelo; mi amiga, siempre que me escribía, decía todo lo contrario.

Por fin bajé del tren. Me quedé extrañada al ver la estación; no sé por qué, me había hecho a la idea de que sería pequeña, casi como la del pueblo de mis abuelos. No sé por qué me había imaginado eso, pues de sobra sabía que era una ciudad grande; quizá fuese por todas las cosas que me habían contado, malas la mayoría. Divisé, casi al final del andén, a mi amiga: corría como una gacela, dando saltitos. Era una manía que tenía desde muy niña; a mí, verla correr así me hacía mucha gracia.

—¡Vaya, sigues riéndote de mí, como siempre! Anda, dame un abrazo, que hace mucho que no nos vemos. Si supieras lo que me he acordado de ti... Bueno, cuéntame. ¿El viaje bien? ¿Cómo están todos? Seguro que se habrán quedado muy tristes sin ti.

—¡Bueno, para ya, pareces una ametralladora! A ver: el viaje bien, mis padres bien; no, no creo que estén muy tristes, porque van a ser muy pocos días. Y ahora, si no te importa, me hablas de ti.

María me abrazó de nuevo y me explicó los planes que había hecho para los días que íbamos a pasar juntas. De momento daríamos un paseo y merendaríamos algo en un café, que según ella se parecía mucho al que íbamos en Madrid. Después daríamos otro paseo hasta la hora de ir a buscar a su novio. Así me enseñaría el mar, pues José, así se llamaba el novio, trabajaba muy cerca del puerto.

La verdad era que, aparte de tener ganas de ver a mi amiga, también había hecho el viaje por ver el mar. María sí lo conocía, pues sus padres eran de Málaga y había ido con ellos de vacaciones; pero yo no, porque mis padres eran de Badajoz y nunca fuimos de vacaciones a otro sitio, siempre al pueblo de los abuelos.

Después de merendar en el café, que según mi amiga se parecía al de Madrid, nos fuimos a pasear por las Ramblas. Me pareció un paseo muy bonito: me gustaron sus comercios, y sus edificios me llamaron la atención. En los últimos tiempos en Madrid no se respetaban los edificios antiguos, y cuando había que remodelar alguno, en vez de conservar al menos su estructura y fachada, se tiraba todo, se hacía nuevo y punto. Cualquier cosa menos preservar el Patrimonio Histórico. En eso, Barcelona nos daba lecciones.

Mientras caminábamos y mi amiga me explicaba, yo, a veces, me desconectaba de sus palabras, y pensaba, pensaba en todo lo que habíamos vivido juntas. Nos conocimos en el colegio, en párvulos, y estuvimos juntas

hasta los 14 años; fue cuando su padre decidió irse a Barcelona. Un hermano suyo le buscó un trabajo mejor pagado, y se fueron. Lo pasé mal; pero como no podía hacer nada, procuré superarlo.

Cuando llegamos al lugar donde trabajaba José, era casi de noche. Después de presentarnos María dijo que le gustaría que fuésemos al Rompeolas; él dijo que mejor dejarlo para el día siguiente, así con la luz del día lo apreciaría más. Pero mi amiga, que sabía lo que a mí me gustaba conocer el mar, dijo que al día siguiente no, que íbamos ahora. Me di cuenta de que el carácter de mi amiga era el de siempre, cuando algo se le metía en la cabeza...

Llegamos al Rompeolas, y de pronto sentí una sensación extraña en el pecho. El corazón empezó a latir con mucha fuerza, no podía creer lo que estaba viendo. ¿Aquello era el mar? Yo lo había visto en el cine, pero era azul, esto que yo tenía delante era una gran mancha negra, muy negra. No podía apartar la mirada, y mientras lo hacía me preguntaba dónde terminaba aquella enorme mancha negra.

—Estás muy callada. ¿Es que no te ha gustado el mar?

—Sí, María, me ha gustado mucho, pero he sentido una sensación muy rara al verlo.

No podía explicar aquella sensación, era algo irreal. Si yo hubiese creído en otros mundos, esa sería la explicación: ¡ese mar era de otro mundo!

Cuando por fin me dormí (después de saludar a todos y contar cómo estaba mi familia, explicarles dónde trabajaba yo y no sé cuántas cosas más), soñé con el mar. En principio le tenía miedo, pero poco a poco me fui confiando y me sumergí. Sentí paz mucha, paz.

Me desperté al entrar mi amiga en la habitación.

—¡Vamos, que ya es hora de levantarse!

La voz de María me sobresaltó, en ese momento no recordaba que no estaba en mi casa.

—Es verdad, quedamos en salir temprano, y ya ves. En fin, ya voy.

Cuando aquel día, después de pasear por el barrio donde vivía mi amiga, fuimos a la playa, sí que vi el mar como yo me lo había imaginado: el color era azul, las olas con su espuma blanca, todo como yo lo había visto en el cine.

Pasaron los días, y llegó el de mi vuelta. Me despedí de todos. Los padres de María me desearon mucha suerte en lo que yo hiciese en la vida, me dieron besos para los míos, y partimos hacia la estación, la despedida de mi amiga fue dura, no sabíamos cuándo nos volveríamos a ver.

Al llegar a mi casa tuve que aguantar un largo interrogatorio. Querían saber cómo era la ciudad, si era verdad que no hablaban como nosotros, cómo me habían tratado, si me había gustado el mar, que... A todo contesté, con gran paciencia; pero no les expliqué nunca lo que sentí al ver el mar en aquel Rompeolas. Y no se lo

dije porque, aún hoy, muchos años después de haber pasado, sigo sin saber cómo explicarlo.

Volví a Barcelona cuando se casó mi amiga; apenas tuve tiempo de recorrer la ciudad. Han pasado muchos años de esa visita que tanto me marcó. He vuelto a ver el mar; pero aunque lo he visto de noche, nunca he sentido aquella sensación, tan rara, tan extraña, y a la vez tan hermosa.

Cuando hablo con alguien de Barcelona, les cuento lo bonita que la vi, lo que me gustó la obra de Gaudí, cuánto admiré los edificios tan majestuosos que conservaban, de todo les hablo, menos del sentimiento tan extraño que tuve viendo el mar una noche en el Rombolá. Y no lo cuento porque no he podido, y todavía no puedo, explicar lo que sentí.

Eso quedará siempre en mi memoria, como un recuerdo imborrable.

DOÑA CONCHA

Cuando a doña Concha le preguntaban la edad, ella solía responder:

—Nací con el siglo, así que echa la cuenta —(se refería al siglo xx).

Su aire de madrileña chula recorría todo su cuerpo, y fue siempre así. Era la pequeña de cinco hermanos, y la preferida de su padre; a pesar de que este tenía fama de ser muy serio, la niña le hacía gracia. Esto enfurecía a sus hermanos, sobre todo a su hermana, que por ser la mayor era la que cargaba con todo el trabajo de la casa, pues su madre tenía bastante con remendarles la ropa o hacérsela nueva, cuando podía comprar algunas telas.

Había veces que su madre regañaba con su padre por lo que la consentía, pero este decía:

—¡Es tan salada! De todas maneras no te preocupes, que le daré un toque de atención, ya verás cómo me hace caso y ayuda un poco en la casa.

La madre asentía con la cabeza, pero sabía que la disposición de su hija duraría poco. Y así era; después de haber ayudado a las labores de la casa y de haber hecho algún recado que otro, Concha volvía a su ser, como

decía su madre. Le gustaba mucho escuchar en la calle, sobre todo a las personas que «sabían». Se quedaba con todo lo que le parecía raro; por ejemplo, cuando oía a alguna mujer decir: «¡Pues a mí, mi marido me ayuda mucho!». No sabía exactamente a qué se refería, ella no había visto nunca que sus hermanos, y mucho menos su padre, hicieran nada en la casa. Ni se lo imaginaba. Cuando veía (en su mente) la imagen de los hombres de su casa, haciendo las labores propias de mujeres, le daba la risa; pero no por ello dejaba de pensar en lo que había escuchado.

Según iba creciendo, Concha se hacía más y más preguntas, algo que para la gente de su entorno no tenía explicación. «¿De dónde le habrá venido esta obsesión?», se preguntaban. Pero no había respuesta, y no la había porque la propia Concha no lo entendía.

Asistió a la escuela, porque su padre se empeñó en que lo hiciera; pero no pudo terminar los estudios que a ella le hubiese gustado. Sus hermanos sí que lo hicieron. Aun así ella fue más tiempo que su hermana, esto la enfadaba, porque una de las cosas que veía mal era precisamente que los varones pudieran hacerlo, y las hembras no.

La vida continuó, más o menos igual, hasta que su hermana mayor se casó. Desde ese momento ya no pudo ir más a la escuela, ahora sí que tenía que ayudar, con cuatro hombres en la casa, la carga para su madre era

enorme. Además, ya no era tan joven. Las ilusiones de Concha se desvanecieron. Ella se veía ya como las mujeres que salían en las revistas que algunas veces le traía su padre: unas veces quería ser «artista»; y otras, se imaginaba que estaba en Londres con aquellas que querían votar. No sabía bien lo que significaba, pero si algunas mujeres eran capaces de dar su vida por defender el voto, es que debía ser algo grande.

La vida continuó, los hermanos se fueron casando, y llegó un momento en que en casa solo quedaron sus padres y un hermano, que parecía que no tenía prisa por irse. Concha se iba haciendo a la nueva situación, aunque la idea de aprender no la echaba en el olvido. Leía todo lo que caía en sus manos. Su padre seguía proporcionándole algún periódico que otro; ella, por su parte, cuando tenía algún dinero, lo gastaba en libros. Su madre la reñía cuando la veía leyendo, y le decía que lo que tenía que hacer era aprender a coser, a guisar y a llevar una casa, que eso era lo que hacían las mujeres, y que a ver si se buscaba un buen hombre, que ya tenía edad.

Pero Concha se resistía a ser como su hermana. Esta se había pasado toda la vida fregando y guisando, y ahora seguía haciendo lo mismo. Era verdad que alguna vez había pensado en el matrimonio, pero temía que si se casaba y a su marido no le gustaba que leyera, iba a tener problemas, porque no estaba por la labor de dejarlo. Así que, aunque había tenido algún pretendiente

que otro, no pensaba, por el momento, hacer caso a ninguno.

Pero en un momento dado, conoció a un mocito que la hizo plantearse el matrimonio. Creyó que sería como con los otros: hablarían unos días y después... Pero con este no pasó así, y la idea de que terminaría casándose con él se hacía cada día más probable.

Paco era un joven agradable, aunque algo serio. Era cajero de un banco; esto fue lo que hizo que sus padres pusieran los ojos en él: veían que el porvenir de su hija, con este hombre, estaba asegurado. A Concha lo del trabajo no le importaba tanto como la manera de ser él, pensaba que si era igual que los demás hombres... Pero por otro lado, se decía que a lo mejor se parecía a su padre, y entonces, sí que podría seguir con sus ideas. De momento seguiría viéndole, y ya se vería.

Se casó a los 26 años (ella decía que muy mayor para la época). Pero no quería dejar a su madre sola, su padre había muerto y su hermano, el que quedaba soltero, se había marchado de Madrid. Así que se lo pensó mucho antes de casarse, pero al fin lo hizo. Quería que su madre se fuera a vivir con ella, pero esta se opuso, se consideraba con fuerza suficiente para valerse por sí misma.

El día de su boda lloró mucho, recordando a su padre. ¡Cuánto le hubiese gustado que la acompañase al altar! Pero la vida es así, y no queda más remedio que vivirla como viene. Los primeros años de matrimonio

fueron más bien monótonos, pero el tener tres hijas en apenas seis años, no la dejó tiempo de relajarse mucho. Su marido no se portaba mal con ella, pero seguía siendo muy serio; y aunque no le faltaba para comer, echaba de menos los pequeños caprichos que le daba su padre: revistas, libros, etc. Tampoco la llevaba al teatro, y eso que alguna vez le había dicho su madre que si algún día querían salir, ella se quedaba con sus nietas. Pero eso a su marido no le parecía bien; las mujeres casadas y con hijos, donde tenían que estar era en su casa. Concha empezaba a darse cuenta de que quizás se había equivocado al casarse; su marido no era como ella había pensado cuando le conoció. Recordaba a su padre cada vez más, pero no estaba dispuesta a ser una mujer sumisa, como sus amigas. Cuando le contaba a su madre lo que pensaba, esta le decía:

—No te quejes, es un buen hombre y muy trabajador, hija, has tenido mucha suerte.

Lo peor era cuando se lo decía a su hermana, que no se andaba con chiquitas: lo más amable que la llamaba era loca, porque según ella, se quejaba de vicio. Y decía que la culpa de todo la había tenido su padre, por consentirla todas las manías. Porque para su hermana, aquello de leer tanto eran eso, manías: las mujeres, con saber llevar la casa y tener contentos a sus maridos, ya tenían bastante.

Después de haber oído las opiniones de su madre y su hermana y darse cuenta de que sus hermanos pensarían

igual, o peor, decidió que no les iba a contar nada más, pero que no iba dejar de pensar como pensaba.

Paco, su marido, ahora era «don Paco»; pues en los últimos años había ido subiendo de escalafón en el Banco. Ya era interventor, ¡nada menos! Y además se podía permitir pagar a una mujer una o dos veces a la semana. Con esto, don Paco creía que su mujer no tendría quejas de él; al contrario, tenía que estarle agradecida. Pero lo que consiguió fue que Concha tuviera más tiempo para ella, y así hacer lo que siempre le había gustado: leer. Como ella no manejaba el dinero, pues su marido le daba lo justo para las compras de casa, no podía adquirir ningún libro; así que optó por cogerle a su marido los periódicos. Porque él sí que compraba los periódicos, y algún libro que otro. De esta manera se enteró de lo difícil que estaba la situación en España. Ella no entendía de política, pero se daba cuenta de que lo que estaba pasando no era nada bueno.

Y no lo era. El año 1931 se le quedó grabado por dos motivos: nació su tercera hija, y se proclamó la Segunda República. Lo primero la hizo muy feliz, pues prefería las niñas a los niños; lo segundo la asustaba un poco, sobre todo porque oía decir a la gente que esto no traería nada bueno. Pero lo que sí la hizo feliz fue que las mujeres pudieran votar, no cabía en sí de contenta que estaba: por fin las mujeres podían hacer lo

mismo que los hombres. Como es natural, cuando se lo dijo a su madre, esta puso el grito en el cielo:

—No me das nada más que disgustos. Tú tienes que hacer como tu hermana, eso es cosa de hombres, y seguro que no se lo has consultado a tu marido.

—Pues no —respondió ella—, ¿por qué tengo que hacerlo? Él hace lo que quiere y a mí no me consulta.

Cuando su madre o su hermana se ponían en ese plan, Concha no contestaba y se iba a su casa; pero con las ideas muy claras: si en España se le concedía el voto a la mujer, ella votaría, tanto si quería su marido como si no.

Y cuando llegó el momento, votó. Y con el dinero que sisaba a su marido, cuando era ella la que hacía la compra, adquiría periódicos que hablaban de la República, y se enteraba de que en España también había mujeres que, como en otros países, luchaban por los derechos de la mujer, cosa que a ella le agradaba. Claro que esto le costaba algún disgusto que otro con su marido, pero le daba igual; no pensaba cejar en su empeño de saber y poner en práctica sus derechos.

Pero la guerra terminó con sus sueños. Su marido le prohibió, terminantemente, sus lecturas, y para estar más seguro de que no leería más, rompió todos los libros y revistas que hablasen de las mujeres, según él, tan «revolucionarias». Y además él estaba con el nuevo régimen, así que se acabaron tantas libertades: las mujeres se tenían que dedicar a sus labores y punto.

Los años siguientes fueron para Concha muy difíciles. Le costaba mucho tener que callar cada vez que en su casa había visitas y oía cosas que no le gustaban; además intuía que su marido estaba metido en algo raro: el dinero entraba en casa con mucha facilidad, aunque para ella eso no fuera motivo de alegría. Don Paco cada vez era más tacaño; se las veía muy negras para comprar algo sin que él se enterase, y por si fuera poco, desde que las hijas se habían hecho mujeres, tampoco tenía ayuda: habiendo cuatro mujeres en casa, no se tenía que pagar a nadie.

No obstante, a pesar de todas las trabas con que se encontraba, ella no dejó de creer que las mujeres tenían derecho a decir lo que pensaban. Así educó a sus hijas, y así aconsejaba, cuando tenía ocasión, a las demás mujeres.

Cuando se acabó la Dictadura y se celebraron las primeras elecciones, y a pesar de que ya pasaba de los setenta años, doña Concha fue muy de mañana a votar. Su hija la tuvo que llevar cogida del brazo; estaba muy mal de las piernas y se sentía muy cansada, pero, por mucho que se lo pidieran, ella no pensaba renunciar a ese derecho. Fue un día muy feliz que le hizo recordar a su padre, cuando la llevaba a pasear por el Retiro y después se pasaban por algún quiosco de prensa, y aunque a regañadientes, él le compraba alguna revista que hablaba de mujeres, de aquellas mujeres que luchaban por el voto femenino.

Doña Concha murió en 1982. Ese año no le fue posible ir a votar, se encontraba postrada en la cama; y aunque no podía apenas hablar, sí que le quedaron fuerza para preguntar cómo habían ido las elecciones y si habían votado muchas mujeres. Cuando su hija le dijo que «tantas o más que hombres», ella no pudo dejar de sonreír. No supo nunca exactamente por qué pensaba como pensaba, pero lo que siempre tuvo claro era que no podía ser de otra manera.

Apenas dos meses después de las elecciones, doña Concha se fue. Don Paco la sobrevivió un año; a principios de 1983 la siguió. Sus hijas dijeron que se había muerto de pena: él no estaba enfermo, pero a su manera había querido mucho a su madre y no pudo soportar su pérdida. Posiblemente fuese así porque, aunque nunca se lo dijo a su mujer, él sabía que ella leía a escondidas; incluso se dejaba sisar, pero no quería que nadie lo supiera. ¡Él era muy hombre para consentir a una mujer que supiera más de lo que debería saber!

LUCRECIA

La vida tiene nombre de mujer, y es una pena que la vida, la vida en general, no esté escrita por mujeres. Porque si esto fuese así, habría mucha vida «escrita», mucha vida «vivida»; por eso, la vida que voy a contar tiene nombre de mujer.

Lucrecia, así se llama nuestra mujer. Ya sé que tiene un nombre sonoro, y podría ser nombre de reina, pero no, no lo es. ¿O tal vez sí? Porque es reina de su casa. Bueno, lo es cuando no está su marido; en ese momento, pasa a ser súbdita. Claro que como su marido para poco en casa ejerce como tal casi, casi, las 24 horas. Pero no creáis que es una reina de esas que llevan corona y tienen lacayos a su servicio, nada de eso; ella se considera reina porque es la dueña de su castillo, un castillo con apenas cuatro paredes, un techo medio derruido, una despensa medio vacía y un ropero que apenas contiene prendas.

Pero este castillo, que está a medias de todo, en cambio está lleno de amor y cariño: el que ella siente por esos cuatro hijos que la naturaleza le ha concedido. Y también llena está su cabeza de ideas, de planes para el futuro, porque esta mujer, de nombre legendario, ha

decidido escribir una historia llena de vida, de vida de mujer, contada por una mujer, con un nombre de mujer: el suyo.

La historia empieza con su salida de la escuela, sin otro título que el de «Las cuatro reglas» (que dicho sea de paso no es un título). Es lo que las niñas estudiaban en la época en la que lo hacía Lucrecia.

—Con saber eso tienes de sobra —le dijo su madre cuando ella preguntó por qué no podía seguir aprendiendo—. Lo que tienes que aprender es a cocinar, coser y fregar.

Y así daba por concluida la conversación que la hija intentaba mantener con su madre.

Tuvo varios pretendientes, pero ninguno del agrado de su padre; según él los veía, no eran muy trabajadores, pues siempre iban arreglados, y el hombre que trabaja en el campo, si no lleva la camisa arrugada, malo. Por fin apareció uno del agrado familiar. Le sacaba varios años, pero eso no importaba; este, aparte de llevar la ropa arrugada, señal de que trabajaba bastante, tenía un olivar y una viña, y además una casa, más vieja que él; pero era una casa muy grande, y eso daba prestigio. Aunque la gran casa había conocido tiempos mejores, aún se mantenía en pie. A Lucrecia no le gustaba este novio, pero tanto insistieron sus padres que al final accedió a casarse con él.

Los primeros meses de matrimonio no fueron demasiado bien. No podía decir que la maltratase, pero

no era, ni mucho menos, lo que ella esperaba del matrimonio. Él hacía prácticamente la misma vida que de soltero; cuando llegaba de trabajar, comía, se echaba la siesta, después se arreglaba y se iba a la plaza, quedaba con el manigero para el trabajo del día siguiente, y después, con los amigos a jugar una partida. Llegada la noche, si no tenía ningún plan mejor, a casa, a cenar y a dormir.

Así un día y otro. Cuando se quedó embarazada, y durante un tiempo, la cosa cambió un poco: ya no estaba tanto tiempo con los amigos. No hacía mucho en casa, pero al menos estaba con su mujer. Cuando nació la niña, las cosas volvieron a ser otra vez igual: él estaba seguro de que sería un niño; y al no ser así, se enfadó tanto que por un tiempo dejó, incluso, de hablar a su mujer. Pero esto no impidió que al año siguiente Lucrecia diera a luz a su segundo hijo; y de nuevo, fue niña.

En cinco años de matrimonio tuvo a sus cuatro hijos; afortunadamente el último fue niño. Como ya había conseguido lo que quería, el marido de Lucrecia decidió que ya no habría más hijos, que bastante le estaba costando mantener a estos. Para cumplir su promesa decidió que lo mejor era, al menos de momento, no acercarse mucho a su mujer.

—Por si acaso —le dijo a un amigo.

—No sabes lo que dices —le contestó este; pero al parecer sí sabía lo que decía.

Esta nueva actitud del marido no ofendió a la mujer; al contrario, para ella fue un descanso, porque no le apetecía ni poco ni mucho tenerle cerca. Lo peor de tener tanta familia era mantenerla: el jornal del padre no daba para mantener a tantos hijos. La única solución era que ella se pusiese a trabajar. Siempre había casas que limpiar; y aunque no fuese mucho lo que pagaban, al menos le daban comida. Cuando se lo dijo a su marido, este puso el grito en el cielo:

—¡De eso nada! ¿Qué quieres, que me llamen medio hombre? Porque eso es lo que dicen del hombre que no puede mantener a su familia.

Así quedó la cosa. Pero a partir de aquel día, Prudencio, su marido, empezó a dar algo más de dinero en casa. Lucrecia no quiso preguntar de dónde salía aquel dinero; a ella solo le importaba dar de comer a sus hijos, lo demás le traía sin cuidado.

Cuando los niños comenzaron la escuela, ella pudo dedicar algo de tiempo a sí misma, y empezó a pensar en el futuro de sus hijos. Su marido le había dejado claro que si alguno de ellos podía ser algo en la vida, este sería el varón; a las mujeres, con prepararlas para un buen matrimonio era suficiente.

Con estas ideas estaba claro que sus hijas serían, como ella, nada. Y eso sí que no. No sabía cómo, pero estaba segura de que sus hijas serían alguien importante. Si su hijo no quería prosperar, allá él, pero sus hijas sí lo

harían. Tomada la decisión, tocaba buscar los medios de llevarla a cabo. Se pasaba el día dando vueltas al asunto, pero no había manera. Pensó en hablar con su madre, pero descartó la idea; si cuando era más joven veía absurdo que las mujeres estudiasen, ahora, con la vejez, sería peor.

Pero algo tenía que hacer. Un día que hacía limpieza, encontró un cuaderno de cuando ella iba a la escuela. No sabía cómo lo podía haber conservado, pues cuando su marido veía algún papel que no fuese suyo, lo rompía. Pero aquello estaba allí, y si estaba sería por algo. El cuaderno en sí no tenía importancia, pero le sirvió para recordar a doña Julia, su maestra. Esta le había dicho, en su día, que era una pena que no la dejaran estudiar más, pues, con lo lista que era, podría haber sido maestra como ella. Así que tomó una decisión: iría a hablar con doña Julia. Quizás ella podría ayudarla; o por lo menos la aconsejaría.

Y así lo hizo. A la mañana siguiente, cuando dejó a los niños en la escuela, fue a visitarla. Hacía mucho tiempo que no se veían. Cuando la maestra la vio entrar en la casa sintió una gran alegría; aunque la encontró muy desmejorada. Pero no quiso decir nada de eso. La invitó a café, y le dijo que le contara algo de su vida, pues desde que se jubiló había perdido contacto con el pueblo, y no sabía nada de lo les ocurría a sus vecinos. Explicó que sus salidas se limitaban a ir a misa, y de vez

en cuando, a visitar a su amiga Concha; en estas visitas solían hablar de libros y de su juventud. La verdad es que no tocaban el tema de la gente del pueblo.

Lucrecia contó todo lo que había sido su vida desde que salió de la escuela. Doña Julia escuchaba con gran atención. Le dolía saber todo aquello; Lucrecia había sido su alumna más aplicada, tenía una gran inteligencia que desgraciadamente había sido desaprovechada. Mientras la escuchaba no dejaba de pensar en cómo podría ayudarla, pero según era el marido de esta le parecía que no iba a ser fácil. «Bueno, alguna manera habrá», se dijo mientras seguía escuchando. «Lo que está claro es que esto no va a quedar así».

—Por lo que veo, querida ex alumna, tu vida no es nada fácil. No es fácil para ti, porque si tú fueras una mujer normal, otro gallo cantaría. Pero mira por dónde, yo te voy a sacar de esa vida, que no es la que te mereces.

Doña Julia tenía razón, su vida no había sido fácil. ¿Pero cambiar? Eso iba a ser imposible.

Claro que Lucrecia no contaba con la testarudez de la maestra. Cuando se despedían, le dijo al oído:

—Tú serás maestra, como yo.

Lucrecia no contestó, se limitó a sonreír, desearle un buen día y salir a toda prisa, porque no tenía comida y si llegaba su marido se armaría la de San Quintín.

En los días siguientes a la entrevista con doña Julia, Lucrecia se sintió rara, era como si algo ajeno a ella

estuviese a punto de pasar; pero no se imaginaba qué podría ser.

Lo supo el martes de la semana siguiente, cuando llegó su marido a casa. Al verle entrar presintió que algo iba a pasar, se puso a la defensiva y esperó el chaparrón.

—¿Se puede saber qué te traes tú con la boticaria?

La cara que puso al escuchar a su marido era todo un poema, ¿qué estaba diciendo? Ella solo había hablado con la maestra.

—¿Qué? ¿No contestas nada? —siguió preguntado.

No sabía qué decir; además, tampoco entendía qué le habrían contado para que él viniese con esas.

—No sé de qué me hablas, yo no he hablado con esa señora, porque no voy a comprar a su botica.

—Pues entonces no me explico por qué ha ido su sobrino al molino, y me ha dicho que tienes que ir unas horas a ayudar a la casa, a la de su tía, y si no te dejo ir me quedo sin trabajo; no solo en su molino, en ningún otro.

Prudencio seguía hablando, pero Lucrecia no le escuchaba. Doña Julia había movido los hilos, y había trenzado una red que le iba a permitir ser aquello que siempre había soñado. No sabía cuánto tiempo le llevaría conseguirlo, pero estaba segura de que lo haría.

Y lo logró, con la ayuda de la maestra y la boticaria. Entre las dos habían trazado un plan: Lucrecia iría todos los días a casa de doña Concha, oficialmente a echar unas

horas; pero no a limpiar, como su marido había supuesto: iría a estudiar. Lo hizo con tanto interés, que en poco tiempo estaba cubriendo alguna que otra baja en la escuela, hasta que pasado un tiempo y con el título de Magisterio en la mano, consiguió la plaza que dejó vacante una de las maestras cuando se jubiló.

Lo conseguido por ella le sirvió de ejemplo a sus hijos. Las dos mayores se fueron a trabajar a Madrid, «con buenos puestos», según decía ella. La pequeña se quedó en el pueblo; le gustaba coser y se convirtió en un gran modista, llegando a tener un taller donde era «la maestra». Lo que no consiguió fue que el chico terminase los estudios; aunque gracias a su benefactora, la boticaria, tuvo un buen puesto en el molino. Porque algo que no sabía Lucrecia era que doña Concha, aparte de la dueña de la botica, era dueña del molino, y se sirvió de ello para hacer chantaje a Prudencio.

• • •

Sentado en la mecedora, contemplando las bonitas flores del patio, Prudencio mira a las dos mujeres que están sentadas a su lado: la mayor teje un bonito jersey para el nuevo nieto. Desde que se jubiló se dedica a hacer labores, sobre todo para los nietos. La otra es muy joven, casi una niña, está sentada en el suelo, absorta en un libro, que según piensa el abuelo debe de ser muy interesante,

porque no levanta la vista de él para nada. Contemplándolas, y aunque no quiere reconocerlo, se siente orgulloso de lo que su mujer consiguió, a pesar de él. Con una media sonrisa asomando a su boca piensa: «Bien que me la jugó la boticaria. Y lo peor es que la saga sigue, porque la que está en el suelo es igual que la abuela. ¡Dichosas Lucrecias! Está claro: la vida la escriben las mujeres, aunque la firmen los hombres».

Índice

Antonia	9
Año 2008.	41
¿Destino?	46
Silvia	46
Pepe	48
Silvia	50
Pepe.	53
Silvia	55
Pepe.	57
Silvia	59
El pecado de la mujer	76
¿Fue un sueño?	84
Jubilación.	89
Me duele el alma	93
Mi abuela.	102
Mi madre ha muerto	106
Morir de amor	114
No te pongas luto	120
Pasión por el cine.	189
Pepa <i>la cana</i>	194
Querella criminal.	203

Renacer	206
Se acabó.	211
Soñar no cuesta dinero.	218
Una buena decisión	226
Valentina	237
Vivencias	245
Sigo cayendo	256
Un recuerdo imborrable.	264
Doña concha	270
Lucrecia	279

Esta edición de *Relatos. Historias de mujeres*
de Ramona Palomares Andújar
se terminó de editar en Madrid,
en el mes de diciembre de 2019



Ramona Palomares Andújar

RELATOS Historias de mujeres



Relatos. Historias de mujeres es una selección de los mejores ejemplos de mujeres que no se conforman con el destino que la vida les ha deparado, y luchan contra él, sobre todo contra la tiranía de la pareja y la sociedad en general. Su meta es ser libres y poder decidir qué hacer con sus vidas. Los relatos abordan diversas tesis y diferentes momentos

históricos en una España que por su lado femenino lleva décadas sufriendo el abuso machista... pero también ganando terreno en los últimos años.

Ramona Palomares Andújar (Madrid, 1948), aficionada a la lectura y la escritura desde pequeña, siempre ha estado muy relacionada con personas que han sentido la misma inclinación. Ha colaborado en distintos periódicos locales, siendo redactora y articulista en la revista de la asociación de mujeres a la que pertenece. Desde 2008 ha ganado varios concursos literarios. Asidua participante en foros literarios en su ciudad de residencia, Torrejón de Ardoz, es autora de un programa sobre mujeres en una radio local, «Ellas hablan».